

2.^a edición

JACQUES PHILIPPE

*La felicidad
donde no se espera*
Meditación sobre las Bienaventuranzas



PATMOS
LIBROS DE ESPIRITUALIDAD

RIALP

LA FELICIDAD DONDE NO SE ESPERA

Meditación sobre las Bienaventuranzas

Jacques Philippe

LA FELICIDAD DONDE NO SE ESPERA

Meditación sobre las Bienaventuranzas

EDICIONES RIALP, S.A.
MADRID

© 2018 *by* Jacques Philippe
© 2018 de la versión española
realizada por Miguel Martín, *by*
EDICIONES RIALP, S. A., Colombia, 63.
28016 Madrid
(www.rialp.com)

No está permitida la reproducción total o parcial de este libro, ni su tratamiento informático, ni la transmisión de ninguna forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, por fotocopias, por registro u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del Copyright. Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita reproducir, fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-321-4941-2

ePub producido por Anzos, S. L.

INTRODUCCIÓN

En este libro, sin pretensiones teológicas o exegéticas particulares, se propone una meditación sobre las Bienaventuranzas del evangelio de san Mateo^[1], y en particular sobre la primera de ellas, la pobreza de espíritu: «*Bienaventurados los pobres de espíritu, porque suyo es el reino de los cielos*». Se ha escrito mucho sobre este asunto, pero es un tema tan importante para la vida de la Iglesia que siempre es necesario volver a él. El papa Francisco no cesa de exhortar a los cristianos a vivir las Bienaventuranzas, único camino de la verdadera felicidad y único medio también de reconstruir la sociedad.

El mundo de hoy está enfermo de su orgullo, de su avidez insaciable de riqueza y poder, y no puede curarse sino acogiendo este mensaje. Para ser fiel a la misión que le ha confiado Cristo de ser «*la sal de la tierra*» y «*la luz del mundo*» (Mt 6, 13-14), la Iglesia debe ser pobre, humilde, mansa, misericordiosa... Hay una llamada muy fuerte hoy a oír esta enseñanza esencial de Jesús, que quizá no hemos comprendido verdaderamente aún ni puesto en práctica. Cuanto más avanza la Iglesia en su historia, más debe irradiar el espíritu de las Bienaventuranzas, para difundir «*el buen olor de Cristo*» (2 Co 2, 15). El Espíritu Santo quiere actuar hoy con fuerza en este sentido, hasta trastornar a veces a su Iglesia. Es absolutamente necesario que cada cristiano difunda el perfume del Evangelio, perfume de paz, de dulzura, de alegría y humildad.

Estoy cada vez más convencido de que la pobreza de espíritu es la clave de la vida espiritual, de todo camino de santidad y de toda fecundidad. Las Bienaventuranzas contienen una sabiduría luminosa y libertadora. Es sin embargo uno de los aspectos del Evangelio que más nos cuesta comprender y practicar. Incluso en el campo de la existencia cristiana, pensamos muy a menudo en términos de riqueza, de cantidad, de eficacia mensurable, mientras que el Evangelio nos invita a una actitud bien diferente.

UNA MIRADA DE CONJUNTO

Antes de entrar en cada una de las Bienaventuranzas, quisiera hacer algunas reflexiones sobre el conjunto.

Este pasaje evangélico no es fácil de comprender, es paradójico, e incluso chocante (cuando era joven sacerdote, tenía cierta dificultad para predicar sobre las Bienaventuranzas); pero poco a poco se da uno cuenta de que es un texto extraordinario, que contiene toda la novedad del Evangelio, toda su sabiduría y su fuerza para transformar en profundidad el corazón del hombre y renovar el mundo.

Es evidente que debemos leer estas palabras de Jesús en su contexto. El pasaje de las Bienaventuranzas se sitúa a continuación de los versículos de Mateo que nos describen la llegada de las multitudes que acuden de todas partes para escuchar a Jesús: *«Recorría Jesús toda la Galilea enseñando en las sinagogas, predicando el Evangelio del Reino y curando toda enfermedad y dolencia del pueblo. Su fama se extendió por toda Siria; y le traían a todos los que se sentían mal, aquejados de diversas enfermedades y dolores, a los endemoniados, lunáticos y paralíticos, y los curaba. Y le seguían grandes multitudes de Galilea, Decápolis, Jerusalén, Judea y del otro lado del Jordán»*[2].

Al ver estas multitudes, subió Jesús al monte, se sentó, se le acercaron sus discípulos y comenzó a enseñarles proclamando las Bienaventuranzas.

Las multitudes que acuden a Jesús tienen sed de curación, de luz, de felicidad. Él responde a esa sed; da a estas personas sufrientes una magnífica respuesta de felicidad, nueve veces repetida, pero en un lenguaje muy diferente del que se podría esperar. Lo que les propone no es una felicidad humana, según la imagen que se presenta habitualmente, sino una felicidad inesperada, encontrada en situaciones y actitudes que no van espontáneamente unidas a la idea de felicidad. Una dicha que no es una realización humana, sino una «sorpresa de Dios», concedida precisamente allí donde se la considera ausente o imposible...

Veremos también que las primeras palabras de Jesús que siguen a las Bienaventuranzas son esas en que, mediante la imagen de la sal y la luz, evoca la gracia singular que reciben sus discípulos y a la que deberán ser fieles:

«Vosotros sois la sal de la tierra. Pero si la sal se vuelve sosa ¿con qué se salará? No vale más que para tirarla fuera y que la pisotee la gente. Vosotros sois la luz del mundo. No puede ocultarse una ciudad situada en lo alto de un monte; ni se enciende una luz para ponerla debajo de un celemín, sino sobre un candelero para que alumbre a todos los de la casa. Alumbre así vuestra luz ante los hombres, para que vean vuestras buenas obras y glorifiquen a vuestro Padre, que está en los cielos»[3].

Jesús es bien consciente de las limitaciones humanas de sus discípulos y de sus defectos, que los relatos evangélicos no hacen nada por disimular, más bien al contrario. Sin embargo, no duda en afirmar que, sin el testimonio de sus vidas, la existencia humana no tendría ya sabor ni sentido, y el mundo caería en espesas tinieblas. Es claro que justamente viviendo las Bienaventuranzas es como podrán cumplir esta vocación al servicio del mundo. Solo el evangelio de las Bienaventuranzas da todo su sentido y su verdad a la existencia humana.

Las Bienaventuranzas constituyen en el evangelio de san Mateo la introducción al Sermón de la Montaña, que se extiende en los capítulos 5 a 7. Este primer gran discurso

de Jesús lo presenta como el nuevo Moisés, que proclama la Ley nueva del Reino. No desde las alturas del monte Sinaí, humeante y temblante, con «truenos y relámpagos, y una densa nube sobre la montaña»[4], sino sobre una simple colina de las riberas del lago de Galilea como dice la tradición. Lo cual no impide a Jesús hablar con fuerza y autoridad, una autoridad que choca a la multitud, pues rompe con el modo de expresarse de los rabinos de su tiempo. La expresión: «*Habéis oído que se dijo... Pero yo os digo...*», aparecerá una y otra vez en las palabras de Jesús, que, sin embargo, afirmará claramente que no ha venido para «*abolir la Ley o los Profetas [...] sino a darles su plenitud*»[5].

En la conclusión del Sermón de la Montaña, la parábola de las dos casas, una construida sobre roca y otra sobre arena, constituye una vibrante llamada a no contentarse con oír esta Ley nueva y decir «*Señor, Señor*», sino a ponerla en práctica, haciendo así la voluntad del Padre que está en los Cielos[6].

Es esencial comprender que esta Ley nueva, promulgada por Jesús en el monte de las Bienaventuranzas, no es solo una ley moral, aunque tenga evidentemente fuertes implicaciones en el campo del comportamiento humano.

Más que un código de conducta, por elevado que sea, es un camino hacia la felicidad del Reino, un itinerario de unión con Dios y de renovación interior de la persona. Nos propone un recorrido de identificación con Cristo, de descubrimiento del Padre, de apertura a la acción del Espíritu Santo. Solo el Espíritu es capaz de darnos la verdadera inteligencia de las Bienaventuranzas y permitirnos aplicarlas a nuestra vida.

LA TRINIDAD EN LAS BIENAVENTURANZAS

Es importante destacar la presencia del misterio trinitario en el evangelio de las Bienaventuranzas. Antes de ser algo que concierne a la conducta humana, es ante todo una revelación nueva, más profunda, inesperada y sorprendente, del misterio mismo de Dios.

En una primera lectura, se advierte claramente que las ocho Bienaventuranzas (ya que la novena no hace más que retomar y ampliar la octava) son en primer lugar un retrato del mismo Jesús. «Las Bienaventuranzas no son solo el mapa de la vida cristiana, son el secreto del corazón del mismo Jesús»[7]. Se podría explicar largamente y meditar cómo Cristo, durante toda su vida y especialmente en su Pasión, es el único verdadero pobre de espíritu y el único que ha vivido íntegramente cada una de las Bienaventuranzas. Todas se cumplen plenamente en la Cruz.

En el Calvario, Jesús ha sido absolutamente pobre, afligido, manso, hambriento y sediento de justicia, misericordioso, limpio de corazón, artesano de la paz, perseguido por la justicia... Practicando a la perfección cada una de las Bienaventuranzas, recibió en plenitud, por su Resurrección y su glorificación, la recompensa prometida, la felicidad del Reino de los Cielos. Más aún, recibió el poder de hacer entrar a todo hombre en este Reino, incluso a los mayores pecadores, como lo atestigua el episodio del Buen Ladrón;

unos instantes antes de su muerte, Jesús promete a este hombre que lo invoca con fe: «*En verdad te digo: hoy estarás conmigo en el Paraíso*»[8].

Jesús afirma en el evangelio de san Juan: «*El que me ha visto a mí ha visto al Padre*»[9]. Las Bienaventuranzas nos muestran por tanto también el verdadero rostro del Padre. Son la revelación de un nuevo rostro de Dios, un rostro que no tiene ya nada que ver con todas las invenciones y proyecciones humanas. Las Bienaventuranzas nos revelan la increíble humildad y la infinita misericordia de Dios. Aunque el Padre sea infinitamente rico y todopoderoso, hay también en el Ser divino un misterio de pobreza, pues no es más que amor y misericordia; es enteramente don, desprendimiento de sí para hacer existir al otro; no vive para sí mismo, sino para sus hijos, como manifiesta la actitud del padre en la parábola del hijo pródigo del evangelio según san Lucas.

Es preciso notar la importancia de la figura del Padre en el Sermón de la Montaña. Es allí donde Jesús enseña la oración del Padre Nuestro y nos dirige esta invitación tan clara: «*Tú [...], cuando te pongas a orar, entra en tu aposento y, con la puerta cerrada, ora a tu Padre, que está en lo oculto; y tu Padre, que ve en lo oculto, te recompensará*»[10]. Es también allí donde nos invita a abandonarnos con confianza en la providencia del Padre, sin inquietarnos por el mañana, pues «*bien sabe vuestro Padre celestial que de todo eso estáis necesitados*». Hacia el final del Sermón, como ya hemos mencionado, Jesús nos pide poner en práctica sus palabras, pues ellas expresan «*la voluntad de mi Padre, que está en los cielos*».

Se puede concluir que el Sermón de la Montaña, y en particular las Bienaventuranzas, es un don de la misericordia del Padre, la promesa de una gracia, de una transformación interior, de un corazón nuevo. La Ley nueva que promulga Jesús es mucho más exigente que la antigua, no se contenta con un comportamiento exterior correcto, sino que pide una verdad, una pureza, una sinceridad que comprometen la profundidad del corazón humano. «*Os digo, pues, que si vuestra justicia no es mayor que la de los escribas y fariseos, no entraréis en el Reino de los Cielos*»[11], y Jesús mostrará en una serie de exhortaciones, precedidas por la fórmula: «*Habéis oído que se dijo... pero yo os digo...*», en qué puntos concretos pide una profunda conversión interior, que alcanza a las disposiciones más íntimas y secretas del corazón.

Con todo, es esencial afirmar una cosa, pues de otro modo no se comprende nada de la Ley nueva instaurada por Jesús: si esa Ley se permite ser más exigente para el hombre —exigencia inaudita que llega hasta a la imitación del mismo Dios: «*Sed vosotros perfectos como vuestro Padre celestial es perfecto*»[12]— es porque la Ley nueva no es solo una ley exterior al hombre, una obligación; es mucho más un don del Padre misericordioso, una promesa extraordinaria de transformación interior por la gracia del Espíritu Santo. La exigencia más fuerte no es más que la señal de una promesa mayor. Dios da lo que pide. Si Jesús nos llama a una justicia que supera la de la Ley antigua, es porque en la Ley nueva hay un don mayor que hace posible esa superación: la revelación de la ternura del Padre, el ejemplo de Jesús, la efusión del Espíritu Santo.

En la predicación del Evangelio se realiza la promesa de la Nueva Alianza anunciada por Jeremías, en la que el Espíritu Santo va a acudir en socorro de la debilidad

del hombre e inscribir en su corazón la ley de Dios, para que al fin sea capaz de cumplirla:

«Mirad que vienen días —oráculo del Señor— en que pactaré una nueva alianza con la casa de Israel y la casa de Judá. No será como la alianza que pacté con sus padres el día en que los tomé de la mano para sacarlos de la tierra de Egipto, porque ellos rompieron mi alianza, aunque Yo fuera su señor — oráculo del Señor—. Sino que esta será la alianza que pactaré con la casa de Israel después de aquellos días —oráculo del Señor—: pondré mi Ley en su pecho y la escribiré en su corazón, y Yo seré su Dios y ellos serán mi pueblo»[\[13\]](#).

También vienen a propósito las palabras de Ezequiel:

«Os daré un corazón nuevo y pondré en vuestro interior un espíritu nuevo. Arrancaré de vuestra carne el corazón de piedra y os daré un corazón de carne»[\[14\]](#).

Las Bienaventuranzas no son otra cosa que la descripción de este «corazón nuevo» que el Espíritu Santo forma en nosotros, y que es el mismo corazón de Cristo.

Mucho más que una ley, que una carga suplementaria, el Evangelio es una gracia, una efusión de misericordia, una promesa de transformación interior por el Espíritu Santo. *«No me avergüenzo del Evangelio, porque es una fuerza de Dios para la salvación de todo el que cree, del judío en primer lugar y también del griego»*, nos dice san Pablo[\[15\]](#).

Hay pues una relación absolutamente esencial entre las Bienaventuranzas y la persona y la misión del Espíritu Santo. Los teólogos medievales, como santo Tomás siguiendo a san Agustín, han reconocido una relación entre las Bienaventuranzas y los siete dones del Espíritu. Puede parecer a primera vista un poco artificial, pero la intuición de fondo es muy justa: es viviendo las Bienaventuranzas como nos abrimos a los dones del Espíritu y, en sentido contrario, solo el Espíritu Santo puede darnos el comprender y practicar plenamente las Bienaventuranzas.

Se podría tomar cada una de ellas y mostrar cómo supone una obra del Espíritu Santo, el único que puede hacer capaz al corazón del hombre de comprenderlas y vivirlas. La pobreza, la mansedumbre, las lágrimas, el hambre y la sed de Dios, la misericordia, la pureza de corazón, la comunicación de la paz, la alegría en la persecución, suponen un corazón transformado por el Espíritu.

En sentido inverso, se puede afirmar que las Bienaventuranzas aluden a situaciones humanas difíciles, pero que son una oportunidad, pues se convierten en la posibilidad de una efusión del Espíritu Santo, que transfigura la limitación humana revelando en ella la presencia de Dios y del Reino.

Es una clave de lectura fundamental para este texto evangélico. Si las Bienaventuranzas son una promesa de felicidad, no se trata de una felicidad o una satisfacción simplemente humana, sino de una visita del Espíritu Santo, de un consuelo divino. El Espíritu Santo está como atraído por las situaciones y actitudes mencionadas por las diferentes Bienaventuranzas. Reposa de manera muy especial en el hombre que es pobre de corazón, manso, humilde, sufriente, misericordioso, perseguido... En

situaciones en que no es perceptible ninguna perspectiva de felicidad humana, donde tampoco se experimenta ninguna búsqueda de satisfacción humana, he aquí que, de repente, se da una sorprendente felicidad, un don gratuito del Espíritu consolador, que viene a descansar sobre el hombre. Eso afirma san Pedro en su primera epístola, en el caso de la persecución: «*Bienaventurados si os insultan por el nombre de Cristo, porque el Espíritu de la gloria, que es el Espíritu de Dios, reposa sobre vosotros*»[\[16\]](#). Pero se podría mostrar que cada una de las ocho Bienaventuranzas describe una situación o actitud que provoca una efusión del Espíritu sobre la debilidad humana, una irrupción de la gracia en la vida de la persona.

Las Bienaventuranzas describen así las condiciones esenciales que permiten a la persona humana estar plenamente abierta a la acción del Espíritu. En la medida en que el hombre emprende con fidelidad y confianza el camino que ellas indican, está disponible para la acción del Espíritu. La cuestión fundamental de la existencia cristiana es la siguiente: ¿cómo volverse plenamente acogedor de la obra del Espíritu, de la acción de la gracia divina? Entregados a nuestras solas capacidades humanas, no podemos nada; solo la acción del Espíritu puede transformarnos y permitirnos cumplir nuestra vocación. «*El Espíritu es el que da vida, la carne no sirve de nada*»[\[17\]](#). El evangelio de las Bienaventuranzas es, en esta perspectiva, una respuesta de Jesús a la pregunta: ¿cómo recibir al Espíritu Santo?

Se puede por tanto decir que las Bienaventuranzas son a la vez frutos del Espíritu Santo y las condiciones para recibirlo. Esta afirmación no es contradictoria, sino la expresión de esta circularidad que es propia de la vida espiritual y de la interacción misteriosa que se opera entre la gracia divina y el actuar humano.

LAS BIENAVENTURANZAS, CAMINO DE MADUREZ HUMANA

Las Bienaventuranzas no son solo una revelación más profunda del misterio de Dios, son también, se podría decir, un tratado completo de vida espiritual. Nos indican a qué estamos llamados en cuanto cristianos, qué significa verdaderamente vivir el Evangelio. Son la descripción de la verdadera madurez humana y espiritual. Retrato de Cristo, son también el retrato del cristiano adulto en Cristo, libre en el Espíritu, hijo del Padre. Nos describen el cumplimiento más acabado de la existencia humana. Son un camino de humanización. Son también un camino de fecundidad y nos indican cómo dar un fruto que permanezca, cómo comunicar el amor a nuestro alrededor, cómo engendrar a otros en la vida verdadera.

He tenido ocasión de impartir cursos sobre la paternidad espiritual del sacerdote y uno de los puntos fundamentales que desarrollo es el siguiente: el sacerdote puede desplegar la hermosa gracia de paternidad que es propia del sacerdocio solo en la medida en que se convierte en un hombre de las Bienaventuranzas. Eso se aplica a toda paternidad y maternidad en la Iglesia, y a toda fecundidad. Las Bienaventuranzas no hacen más que explicitar las leyes fundamentales según las cuales la existencia humana puede ser hermosa y fecunda. El mensaje evangélico no es una ley que se superpone a la

existencia humana (y que la volvería más difícil y complicada); es por el contrario lo que trae a la luz las leyes profundas que rigen la realidad humana; describe las condiciones de posibilidad de un amor auténtico, libre y fecundo. Acoger el Evangelio significa ir directamente a la profundidad, la simplicidad, la unidad de toda vida humana, percibir su sentido último y comprender así las condiciones de la verdadera felicidad.

COHERENCIA Y UNIDAD

Las Bienaventuranzas forman un conjunto extremadamente coherente. Cuando se quiere profundizar en una de ellas, nos remite de continuo a las demás, como veremos al meditarlas una a una. No se puede vivir en verdad ninguna de ellas si no se viven también todas las demás. No se pueden separar, forman un todo indisoluble.

Cada una tiene por cierto su especificidad y su valor propio. Dicho esto, no es menos cierto que, en cada una de ellas, la persona descrita en el primer miembro de la frase (el pobre, el manso, el misericordioso, etc.) es siempre la misma persona: el discípulo de Jesús, pero en los aspectos diferentes que está llamado a vivir. De modo análogo, la recompensa que se anuncia en la segunda parte de la frase (poseer el Reino, ser consolado, ser llamado hijo de Dios, etc.) es siempre la misma y única recompensa, pero en sus diversas facetas. Es siempre el acceso al Reino lo que se concede, la entrada en la riqueza del misterio de Dios, con sus diferentes manifestaciones.

Conviene, cuando meditemos las Bienaventuranzas, contemplar en la segunda parte de cada una, qué gracia se nos ofrece: poseer el Reino, ser consolado, recibir la tierra en herencia, ser saciado, obtener misericordia, ver a Dios, ser llamado hijo de Dios... ¿Qué más se puede desear? Eso debería llevarnos al gozo y la alegría, como nos invita la novena frase de Jesús.

Esta unidad profunda de las Bienaventuranzas y la necesidad de acogerlas todas no impiden que cada cristiano tenga su manera personal y única de vivirlas. Cada uno tiene su puerta de entrada privilegiada en el misterio del único Reino. Según nuestra vocación personal, en función también de las distintas etapas de nuestra vida, estamos llamados a poner en el centro de nuestra existencia una u otra de las ocho Bienaventuranzas. No es difícil, y eso se ha hecho ampliamente, mostrar cómo tal o cual santo en la historia de la Iglesia ha manifestado de manera luminosa una u otra de las Bienaventuranzas.

Eso debe ser objeto de mi oración: pedir a Dios que me enseñe, en esta etapa de mi vida de hoy, cuál es la Bienaventuranza sobre la que debo centrar mi atención y mis esfuerzos, y que será un poco la clave de mi progreso actual. Espero que mi libro pueda ayudar a ver más clara esta cuestión.

ASPECTO PERSONAL Y COMUNITARIO DE LAS BIENAVENTURANZAS

Las Bienaventuranzas son una llamada a la conversión personal, una transformación interior que concierne ante todo al individuo. Pero implican también una

dimensión comunitaria, que no siempre se ha considerado como merece.

Las Bienaventuranzas hacen posible toda vida compartida. Sin humildad, misericordia, mansedumbre... ninguna comunidad de vida se sostiene.

Añadiría que no pueden ser vividas verdaderamente más que en el marco de una vida en común (¿cómo reconocerse pobre sin la confrontación con otros?, ¿cómo practicar la mansedumbre, la paciencia y la humildad sin la convivencia estrecha con otros?). La vida común es el lugar privilegiado para vivirlas, para adquirir la experiencia de su verdad y su fecundidad. No sorprende que muchas comunidades religiosas e instituciones de vida evangélica se refieran en sus reglas a las Bienaventuranzas. Habría también mucho que decir sobre el matrimonio y la familia como lugar privilegiado para comprenderlas y practicarlas. La familia es la primera y más esencial de todas las comunidades cristianas, y ¿dónde se puede hacer mejor la experiencia de la propia pobreza y de la del otro, sino en la vida estrechamente compartida de los cónyuges y de los miembros de una misma familia?

Las Bienaventuranzas muestran todo su sentido, su belleza y su irradiación, cuando se convierten en la regla de vida de una comunidad. Los «pobres del Señor», según la expresión bíblica sobre la que volveremos, siempre han sentido la necesidad de unirse, de vivir como hermanos, de animarse mutuamente, de compartir, de encontrarse para celebrar juntos el amor y la fidelidad del Señor. Se reconocen apenas se ven, se sienten miembros de la misma familia espiritual. Se podrían mencionar un cierto número de realidades históricas: los grupos piadosos de los *Anawim* (pobres de Yahweh) en la historia de Israel, cuya piedad, aspiraciones y actitudes del corazón se reflejan en muchos salmos; la Iglesia de Jerusalén descrita en los Hechos de los Apóstoles, el movimiento franciscano de los comienzos; algunas comunidades nuevas suscitadas hoy en la Iglesia por el Espíritu Santo... Siempre hubo en la Iglesia esos lugares privilegiados para testimoniar de modo visible y luminoso el esplendor de este mensaje evangélico, y es de desear que haya cada vez más, y que sean muchas las familias que escuchen esta llamada, más fuerte hoy que nunca, para modelarse según el espíritu evangélico y no según el espíritu mundano.

REALIDAD PRESENTE Y CUMPLIMIENTO ESCATOLÓGICO

Hay evidentemente, en las Bienaventuranzas del evangelio de san Mateo, un aspecto escatológico: la felicidad que prometen no se vivirá en plenitud hasta que venga el Reino de Dios. En la tierra, tendremos una cierta participación, un preguiso. Dicho esto, el Reino está ya en medio de nosotros; si emprendemos con determinación y fidelidad el camino que ellas nos señalan, haremos la experiencia de su verdad profunda y recibiremos una parte de los bienes y la felicidad que nos prometen. Caminamos en la fe y la esperanza, todavía no en la luz y la posesión. Si avanzamos con toda la sinceridad de nuestro corazón, no dejaremos de conocer el consuelo del Espíritu Santo y recibir las arras de la herencia que nos es prometida, de manera aún parcial, pero suficientemente

real y sólida para animarnos con fuerza a perseverar viviendo según la sabiduría del Evangelio.

Vamos ahora a recorrer cada una de las Bienaventuranzas según el orden del evangelio de san Mateo. Trataremos con mayor amplitud de la primera, la Bienaventuranza de los pobres, y, en esta ocasión, trataremos de comprender y explicitar el tema esencial de la pobreza espiritual. Al hacerlo, hablaremos ya de algunos aspectos de las demás Bienaventuranzas, que completaremos después al tratar de cada una de ellas.

[1](#) Mt 5, 1-12.

[2](#) Mt 4, 23-25.

[3](#) Mt 5, 13-16.

[4](#) Ex 19, 16.

[5](#) Mt 5, 17.

[6](#) Cfr Mt 7, 24-27.

[7](#) Jean-Claude Sagne, *La quête de Dieu*, Éditions de l'Emmanuel, p. 89.

[8](#) Lc 23, 43.

[9](#) Jn 14, 9.

[10](#) Mt 6, 6.

[11](#) Mt 5, 20.

[12](#) Mt 5, 48.

[13](#) Jr 31, 31-34.

[14](#) Ez 36, 26.

[15](#) Rm 1, 16.

[16](#) 1P 4, 14.

[17](#) Jn 6, 63.

LA POBREZA DE ESPÍRITU

«El único bien es amar a Dios con todo el corazón y ser aquí abajo pobre de espíritu»[\[18\]](#).
Teresa de Lisieux

«Se experimenta una gran paz siendo absolutamente pobre, por no contar más que con el buen Dios»[\[19\]](#).
Teresa de Lisieux

«No temas, cuanto más pobre seas, más te amará Jesús»[\[20\]](#).
Teresa de Lisieux

La primera de las Bienaventuranzas proclamadas por Jesús es «*Bienaventurados los pobres de espíritu, porque suyo es el Reino de los Cielos*». El texto griego utiliza la expresión *ptochos to pneuma*, «pobres en el espíritu», pero se encuentran a veces otras traducciones: «Bienaventurados los que tienen un corazón de pobre», «Bienaventurados los que tienen un alma de pobre», en todo caso eso es legítimo.

Esta primera Bienaventuranza es la fuente de todas las demás y las contiene en germen. Se podría mostrar que cada una de las Bienaventuranzas que siguen supone una cierta forma de pobreza de corazón. En el centro del Evangelio y de la persona de Jesús, hay un misterio de pobreza que es del todo esencial y sin el cual no se estaría en una lógica cristiana. «*Conocéis la gracia de nuestro Señor Jesucristo, que, siendo rico, se hizo pobre por vosotros, para que vosotros seáis ricos por su pobreza*»[\[21\]](#), dice san Pablo.

Eso no es, sin embargo, fácil de comprender. Incluso en el ámbito de la vida espiritual, razonamos casi siempre en términos de riqueza, de acumulación, de adquisición de ciertos bienes. Se necesitan tiempo y experiencia para captar la verdad profunda de este texto.

Como ya dije, estoy cada vez más persuadido de que la pobreza espiritual es la clave de la vida espiritual, de la santidad, de toda fecundidad, así como de la verdadera felicidad. Solo los pobres reciben plenamente la gracia del Espíritu Santo, la revelación del misterio de Dios. «*Yo te alabo, Padre, Señor del cielo y de la tierra, porque has ocultado estas cosas a los sabios y prudentes y las has revelado a los pequeños*», dice Jesús en el evangelio de san Lucas[\[22\]](#).

Hay una pobreza negativa (miseria material o moral, vacío interior...) que, por supuesto, hay que combatir, y es lo que hace la Iglesia desde siempre. Pero hay también una pobreza que es buena, fuente de vida y de alegría, a la que Jesús nos invita y de la

que dan testimonio los santos. «No, no hay alegría comparable a la que gusta el verdadero pobre de espíritu», dice Teresa de Lisieux[23].

¿En qué consiste esta pobreza espiritual? Si me pidiesen que la resumiera en una frase, diría que es esencialmente una forma de libertad, *la libertad de recibirlo todo gratuitamente y darlo todo gratuitamente*.

Cuando Jesús envía a sus apóstoles en misión, les habla así: «*Id y predicad: “El Reino de los Cielos está al llegar”. Curad a los enfermos, resucitad a los muertos, sanad a los leprosos, expulsad a los demonios. Gratuitamente lo recibisteis, dadlo gratuitamente*»[24].

Lo más chocante en la misión de los discípulos es que Jesús los envíe en una gran precariedad material, de modo que se vean impulsados a no apoyarse más que en Dios y a adquirir así la experiencia de su providencia. Y, al mismo tiempo, les promete que una gracia muy fuerte les va a acompañar: gracia de curación, autoridad sobre los poderes del mal, capacidad de comunicar la paz... Sobre su pobreza reposará la fuerza del Espíritu.

La frase: «*Gratuitamente lo recibisteis, dadlo gratuitamente*» me parece una de las frases clave de la enseñanza de Jesús. Resume a mi parecer toda la esencia de la vida cristiana, de la existencia según la lógica del Reino; lo que Jesús llama la «justicia del Reino», cuando dice, por ejemplo: «*Buscad primero el Reino de Dios y su justicia, y todas estas cosas se os añadirán*»[25].

Esta lógica consiste, por una parte, en recibirlo todo gratuitamente del amor y la misericordia de Dios, en recibir no según nuestros méritos o según un «derecho» cualquiera que pudiéramos reivindicar, sino según la riqueza de su generosidad y de su bondad. Comprender que los dones de Dios no son para conquistarlos, sino para acogerlos, lo que es bien diferente. Por otra parte, consiste en dar todo lo que hemos recibido, en compartirlo con la misma generosidad y gratuidad de las que nos hemos beneficiado por parte de Dios.

La pobreza de corazón es a fin de cuentas la libertad de recibirlo todo gratuitamente, sin que nuestro «ego», sus pretensiones y reivindicaciones, se interpongan ya. Supone una muerte a sí mismo, un desprendimiento radical, pero que conduce a una transparencia perfecta a la acción de Dios, a la alegría de recibir y de dar libremente.

Con todo, se necesita mucho tiempo y una larga lucha para llegar a esta libertad. Exige una transformación en profundidad de nuestra existencia, de nuestro modo de relacionarnos con Dios, con nosotros mismos y con los demás, como vamos a desarrollar a continuación.

LA POBREZA EN EL ANTIGUO TESTAMENTO

Para comprender bien el sentido de la pobreza de espíritu y cómo adquirirla progresivamente, vamos a comenzar por examinar las raíces de esta noción en el Antiguo Testamento. Al proclamar las Bienaventuranzas, Jesús saca a la luz la novedad del Evangelio, pero esta novedad encuentra su preparación en la historia de Israel y no se puede comprender el mensaje de las Bienaventuranzas, en particular el de pobreza, si no

se tiene en cuenta el desarrollo progresivo en el Antiguo Testamento de una visión positiva de la pobreza. Luego veremos, sobre la base de esta meditación y de los textos del Evangelio, cómo practicarla, lo que significa ser pobre en la relación con Dios, la relación con uno mismo, la relación con el otro, la relación con la vida.

Cuando el Antiguo Testamento afronta el tema de la pobreza, lo hace evidentemente según distintas aproximaciones complejas. Vamos a abordarlas todas. En las capas más primitivas, la pobreza es a menudo vista como una realidad negativa, es decir, un signo de la reprobación divina, mientras que la riqueza por el contrario se interpreta como una bendición de Dios. En otros textos (algunos pasajes de los profetas en particular), la pobreza se verá como un escándalo, una injusticia clamorosa e intolerable en Israel; habrá, pues, llamadas vigorosas a remediar todas las formas de injusticia social, a cuidar de los pobres y de los extranjeros, etc. Estos textos conservan, evidentemente, su actualidad. Se volverá con vigor sobre esta polémica contra los ricos egoístas e indiferentes, y sobre esta defensa en favor de los pobres que contemplamos en los textos del Nuevo Testamento, en especial en los evangelios (por ejemplo en la parábola del rico malvado y del pobre Lázaro[26]) o en las palabras terribles de Santiago:

«Atended ahora los ricos: llorad a gritos por las desgracias que os van a sobrevenir. Vuestra riqueza está podrida, y vuestros vestidos consumidos por la polilla; vuestro oro y vuestra plata están enmohecidos, y su moho servirá de testimonio contra vosotros y devorará vuestras carnes como si fuera fuego. Habéis atesorado para los últimos días. Mirad: el salario que habéis defraudado a los obreros que segaron vuestros campos, está clamando; y los gritos de los segadores han llegado a los oídos del Señor de los ejércitos»[27].

¡Qué actuales resultan estas palabras, en un mundo en que las desigualdades entre pobres y ricos son cada vez mayores, donde las injusticias ligadas al amor del dinero son tan frecuentes y donde la sangre de los pobres grita ante Dios!

Lo que va a interesarnos principalmente ahora es que, en el Antiguo Testamento, sobre todo después de la destrucción de Jerusalén y el exilio a Babilonia, se ve desarrollarse poco a poco una visión positiva de la pobreza, una espiritualidad de la pobreza se podría decir, con la emergencia de la figura de los «pobres del Señor». Eso se constata en varios textos de los profetas (en particular Isaías, sobre todo en la segunda parte del libro), en algunos escritos sapienciales, y muy especialmente en los Salmos donde este tema está muy presente.

Se encuentra en estos escritos toda una constelación de términos asociados a la idea de pobreza: pobre, débil, pequeño, humillado, afligido, oprimido, indigente, hambriento, corazón roto... Se encuentran también algunas situaciones sociales marcadas por la precariedad: viuda, huérfano, extranjero... En esta constelación figuran términos que describen situaciones de hecho (condición social difícil, situación de humillación, de desamparo, de prueba...), pero también términos que evocan disposiciones interiores como la humildad, la mansedumbre, la sencillez, la esperanza en Dios...

Me parece que la idea fundamental o, mejor, la experiencia espiritual de la que la Escritura quiere dar testimonio, es bastante sencilla. ¿Quién es el pobre en el Antiguo

Testamento? Es una persona que se encuentra en una situación humana dolorosa, de precariedad, de sufrimiento, de humillación o cualquier otra cosa análoga, y que, a causa de esta situación, no puede contar más que con Dios. Sin apoyo ni socorro en la tierra, desamparado, objeto frecuente del desprecio de los ricos y poderosos, no le queda más que una cosa, clamar ante el Señor: «*No te alejes de mí, que la angustia se acerca y no hay quien me socorra*»[28]. Pero, por eso mismo, esta persona tiene, antes o después, la experiencia de la bondad y la fidelidad de Dios para quien confía en él. Se tiene pues en el punto de partida una realidad dolorosa y negativa, pero que deviene extremadamente positiva. Toda la riqueza de la bondad, de la misericordia, de la ternura de Dios acaba por manifestarse para este pobre, que entra así en un verdadero conocimiento de Dios. Este no es ya una palabra vacía, un concepto abstracto, un hábito de pensamiento, sino el Dios vivo y misericordioso, el Dios de ternura y piedad que cantan los salmos.

Eso supone, sin embargo, que la pobreza no es solo una situación de hecho, sino que origina poco a poco actitudes interiores de humildad, de pequeñez, de apertura a Dios, de esperanza confiada en su misericordia.

Esta situación de pobreza va ligada con frecuencia a condiciones materiales, pero no siempre. Se encuentran en la Escritura algunos bellos ejemplos de pobreza en el sentido que acabo de mencionar, en personas materialmente ricas. Es el caso de David, que se convertirá poco a poco en la tradición bíblica en un ejemplo de pobreza interior, a raíz de su arrepentimiento después de su pecado[29], a causa también de sus desgracias: expulsado de Jerusalén por la rebelión de su hijo Absalón, subirá llorando el Monte de los Olivos[30].

La oración de la reina Ester es otro precioso ejemplo. Ella no está ciertamente en situación de pobreza material, sino de sufrimiento y angustia interior. Se está preparando una persecución contra los judíos, a los que Amán quiere exterminar, y la reina, que no puede quedar pasiva ante la amenaza a su pueblo, decide intervenir ante el rey y presentarse a él con riesgo de su vida. La ley estipula que toda persona que se presente ante el rey sin ser convocada será condenada a muerte. Antes de esta gestión, Ester ayuna, hace penitencia y suplica a Dios: «*Bendito eres, Dios de Abrahán, Dios de Isaac y Dios de Jacob. Ven en mi ayuda, pues me encuentro sola y no tengo otro auxilio fuera de ti, Señor, porque me amenaza un gran peligro [...]. Así que ahora ayúdame, que estoy sola y no tengo a nadie sino a ti, Señor, Dios mío [...]. Libéranos de la mano de nuestros enemigos; convierte nuestro luto en gozo y nuestros dolores en salud*»[31].

El pobre no tiene más apoyo, seguridades humanas, pero si se vuelve hacia Dios, este se convierte en su refugio y su descanso.

LA TERNURA DE DIOS PARA CON EL POBRE

Una de las afirmaciones más recurrentes en el Antiguo Testamento, y en los salmos en particular, es la de la ternura de Dios para con el pobre que acude a él. Veamos algunos ejemplos. Vale la pena releer todos estos textos y conservarlos en nuestro corazón, hasta tal punto expresan la bondad y fidelidad de Dios hacia el hombre.

En la segunda parte de Isaías, encontramos estos pasajes:

«No temas, gusano de Jacob, los débiles de Israel, Yo te ayudaré, oráculo del Señor y Redentor, el Santo de Israel»[32].

«¡Cielos, aclamad! ¡Tierra, alégrate! ¡Montañas, romped en gritos de júbilo!, que el Señor ha consolado a su pueblo, y ha tenido piedad de sus pobres. Sion había dicho: “El Señor me ha abandonado, mi Señor me ha olvidado”. ¿Es que puede una mujer olvidarse de su niño de pecho, no compadecerse del hijo de sus entrañas? ¡Pues, aunque ellas se olvidaran, Yo no te olvidaré! Mira: te he grabado en las palmas de mis manos»[33].

«Esto dice el Altísimo y Sublime, el que habita eternamente y cuyo Nombre es santo: “Habito en un lugar alto y santo, pero también con el contrito y humilde de espíritu, para reanimar el espíritu de los humildes y vivificar el corazón de los contritos»[34].

«Esto dice el Señor: “Los cielos son mi trono, y la tierra, el estrado de mis pies. ¿Qué Templo me vais a poder construir, y qué lugar para mi descanso? Todo esto lo ha hecho mi mano, y todas estas cosas son mías —oráculo del Señor—. En esto me voy a fijar: en el pobre y en el de espíritu contrito, y en el que teme a mi palabra»[35].

Veamos ahora algunas citas de los Salmos:

«Él no se olvida nunca del pobre, ni se frustra jamás la esperanza de los afligidos»[36].

«Pues no desprecia ni desdeña la miseria del mísero, ni le oculta el rostro; cuando a Él clama, le escucha»[37].

«Guía a los mansos en la justicia, enseña su camino a los humildes»[38].

«Cuando el pobre invoca, el Señor le escucha, y lo salva de todas sus angustias»[39].

«El Señor está cerca de los contritos de corazón, y salva a los de espíritu abatido»[40].

«Soy pobre y necesitado, pero el Señor se cuida de mí»[41].

«Él levanta del polvo al indigente, y del estiércol hace subir al mísero, para hacerlo sentar entre los príncipes, entre los príncipes de su pueblo»[42].

«El Señor guarda a los sencillos: estaba yo hundido y me salvó»[43].

Una de las afirmaciones fundamentales de la Escritura es que, en los tiempos mesiánicos, los pobres serán privilegiados. Habrá un cambio de situación: los que eran humillados, excluidos, serán puestos en el primer lugar. Se encuentra esto, por ejemplo, en el libro de Isaías:

«Aquel día los sordos oirán las palabras del libro, y, desde la oscuridad y las tinieblas, los ojos de los ciegos verán. Los humildes aumentarán su alegría en el Señor, y los más pobres exultarán en el Santo de Israel»[44].

O bien en el Salmo 71, 12-13, que describe al rey ideal con el que sueña Israel:

«Porque él librará al desvalido que clama y al pobre que no tiene amparo. Tendrá piedad del débil y del desvalido y salvará la vida de los indigentes».

Esta reversión de los tiempos mesiánicos la cantará María en su *Magnificat*: *«Derribó de su trono a los poderosos y ensalzó a los humildes»*[\[45\]](#).

LA PRUEBA DEL TIEMPO

Lo que hace difícil el asunto es que esta intervención de Dios en favor del pobre no es siempre inmediata. Las promesas de las Bienaventuranzas parecen a veces contradichas por la realidad: ¡cuántos pobres parecen olvidados!, ¡cuántas personas lloran y no son consoladas!, ¡cuántos tienen hambre y sed de justicia y no son saciados!

Sin embargo, Dios es fiel, todas sus promesas se cumplirán; ni una iota de la ley pasará, afirma Jesús.

La intervención de Dios para socorrer al pobre se hace esperar a veces, tiene sus retrasos, que son misteriosos. Siempre aparece la prueba del tiempo, de la duración, del silencio aparente de Dios... Un grito frecuente de los muchos salmos de desamparo es: *«¿Hasta cuándo?»*, *«¿cuánto tiempo?»*. Se encuentra repetido cuatro veces seguidas en el Salmo 12:

*«¿Hasta cuándo, Señor, seguirás olvidándome?
¿Hasta cuándo me esconderás tu rostro?
¿Hasta cuándo ha de estar angustiada mi alma,
con el corazón atormentado todo el día?
¿Hasta cuándo prevalecerá mi enemigo sobre mí?
¡Mira, escúchame, Señor, Dios mío!».*

Es de notar que este conjunto doloroso de preguntas se termina en un acto de esperanza:

«Yo confío en tu misericordia; mi corazón se goza en tu salvación. Cantaré al Señor por el bien que me hace».

Se encuentra en otros salmos este paso del cuestionamiento doloroso a la esperanza. Por ejemplo, en el Salmo 41:

«A Dios diré: “Roca mía, ¿por qué me has olvidado, por qué he de andar abatido por la opresión del enemigo?” [...] ¿Por qué te abates, alma mía, por qué te me turbas? Espera en Dios, que aún podré alabarle, salvación de mi rostro y Dios mío».

La respuesta de Dios es segura, pero nunca es previsible ni programable... Es el tiempo de la paciencia, dolorosa, pero que termina sin embargo por ser positivo, pues opera un trabajo secreto, madura un deseo, prepara un espacio interior para acoger la

respuesta cuando venga. «*Es bueno esperar en silencio la salvación del Señor*»[46]. La respuesta de Dios será tanto más buena y rica cuanto la espera sea más larga y penosa...

Una de las formas de la pobreza interior que debemos aceptar es experimentar que no somos dueños de los tiempos y momentos, que no podemos manipular a Dios, obligarle a entrar en nuestros planes y previsiones. Su intervención sigue siendo libre y soberana, imprevisible. Disponer de un plan controlable en el tiempo es una seguridad humana enorme, que facilita el esfuerzo. Pero no existe un plan en el que podamos hacer entrar a Dios. «*No sabéis el día ni la hora*», dice Jesús en el Evangelio[47].

Esta pobreza de no controlar los tiempos y momentos es dolorosa, pero es la llamada a una esperanza más pura, sin apoyo humano. Engendra poco a poco la paciencia, la humildad, la mansedumbre. Madura el deseo que un día será satisfecho más allá de lo que esperábamos.

LA POBREZA COMO ESPERA Y COMO GRACIA. LA EXPERIENCIA DEL DESIERTO

Un texto fundamental del Antiguo Testamento para comprender el sentido de la pobreza espiritual es el capítulo 8 del Deuteronomio. Se encuentra en ese capítulo un fragmento de un largo discurso de Moisés al pueblo, que es una síntesis magnífica de lo que podría llamarse «la experiencia del desierto». Estos cuarenta años errantes después de la salida de Egipto y antes de la entrada en la Tierra prometida han sido una experiencia fundante para Israel, simbolizan una realidad que forma parte de todo camino espiritual.

«Debes recordar todo el camino que el Señor, tu Dios, te ha hecho recorrer por el desierto durante estos cuarenta años, para hacerte humilde, para probarte y conocer lo que hay en tu corazón, si guardas o no sus mandamientos. Te humilló y te hizo pasar hambre. Luego te alimentó con el maná, que desconocíais tú y tus padres, para enseñarte que no solo de pan vive el hombre, sino de todo lo que sale de la boca del Señor. El vestido que llevabas no se gastó, y tus pies no se hincharon en estos cuarenta años. Reconoce en tu corazón que el Señor, tu Dios, te corrige como un hombre corrige a su hijo. Guarda, por tanto, los mandamientos del Señor, tu Dios, marchando por sus caminos y temiéndole»[48].

El Señor quiso hacer pasar a Israel, como a cada uno de nosotros, por una experiencia paradójica, un camino doloroso de pobreza, de humillación, pero, al mismo tiempo, una bella experiencia de fidelidad por parte de la Providencia: Dios alimentó a su pueblo con el maná, su ropa no se gastó ni su pie se hinchó.

Lo que persigue esta experiencia de pobreza es que el hombre sepa lo que lleva realmente en su corazón, que se conozca de verdad, que caigan las ilusiones y las apariencias. También despertar en el corazón del hombre un hambre nueva, el hambre de Dios. En la pobreza, en el centro de la prueba, el hombre descubre que ningún alimento, ninguna satisfacción o seguridad humana puede ya bastarle. Se ve obligado a dirigir su deseo hacia Dios. El Señor le da a conocer entonces y le concede un alimento nuevo, desconocido hasta ahora: el maná, el alimento que viene de la boca misma de Dios, las palabras de verdad y de amor que dirige a sus hijos, el soplo de la boca divina que le

sostiene discretamente. La prueba es un tiempo de humillación, pero también de gracia, porque obliga a abrirse a nuevos alimentos, a nuevos recursos distintos de los que antes se estaba acostumbrado. A un alimento menos sensible, mucho más delicado, pero el único capaz de fortalecernos. Ya no son las ollas de carne y el pan de Egipto lo que alimenta, sino esta especie de rocío sutil, del que no se puede hacer provisión, dado cada día por el Señor y que corresponde exactamente a la necesidad de cada uno, ni más ni menos[49]. Alimento que ha permitido al pueblo recorrer todo el camino hacia la Tierra prometida.

Al pobre que confía en Él, Dios se entrega él mismo en alimento. Este hermoso misterio encuentra su cumplimiento supremo en la Eucaristía. Para apreciar verdaderamente la Eucaristía y recibirla en toda su riqueza, es preciso un corazón de pobre.

POBREZA, HUMILDAD, MANSEDUMBRE

En la Biblia hebrea hay varios términos para expresar la noción de pobre o de pobreza. El principal es el término *anaw* (*anawin* en plural). Según el contexto, se puede entender como «pobre», como «humilde» o como «manso», y se encuentran estas tres traducciones posibles en nuestras biblias modernas (y ya incluso en antiguas traducciones al griego de la Biblia hebrea). Esta observación es muy significativa, pues se trata de expresiones que vuelven a encontrarse en las Bienaventuranzas del Evangelio, y en otros textos del Nuevo Testamento.

Se encuentra este término *anaw* en un pasaje interesante del libro de los Números, que se refiere a la persona de Moisés. Durante el Éxodo, Moisés estaba acompañado por su hermano Aarón y su hermana María. Las relaciones entre ellos conocieron un momento difícil, con ocasión de un matrimonio contraído por Moisés que no gustó a los otros dos, como atestigua este texto del libro de los Números:

«María y Aarón murmuraron contra Moisés por causa de la cusita que había tomado por esposa —pues se había desposado con una mujer cusita—, y dijeron: —¿Acaso el Señor ha hablado solo con Moisés? ¿No ha hablado también con nosotros? Y el Señor los oyó.

Pero este hombre, Moisés, era muy humilde, más que ningún otro hombre sobre la faz de la tierra. De improviso, el Señor dijo a Moisés, a Aarón y a María: —Salid los tres hacia la Tienda de la Reunión. Y salieron los tres. El Señor bajó en una columna de nube, se puso a la entrada de la tienda, llamó a Aarón y María, y salieron ambos. Y dijo: —Escuchad, pues, mis palabras: cuando hay entre vosotros un profeta del Señor, mediante visiones yo me doy a conocer, en el sueño yo le hablo.

Esto no lo hago con mi siervo Moisés. Ningún otro es tan fiel en toda mi casa. Conversamos cara a cara. Mediante visión, no por enigmas, contempla la figura del Señor. ¿Cómo no teméis murmurar contra mi siervo Moisés?

Se encendió la ira del Señor contra ellos y el Señor se marchó. La nube se apartó de encima de la tienda y María quedó leprosa, blanca como la nieve. Aarón se dirigió a María y vio que estaba leprosa. Entonces Aarón dijo a Moisés: —Por favor, señor mío, no cargues contra nosotros este pecado que tan neciamente hemos cometido. ¡Que ella no sea como un aborto que, cuando sale de las entrañas de su madre, tiene consumida la mitad de su carne!

Moisés clamó al Señor diciendo: —Oh Dios, ¡cúrala, por favor!

Y el Señor dijo a Moisés: —Si su padre le hubiera escupido en la cara, ¿no quedaría avergonzada siete días? Así pues, que sea confinada siete días en el campamento, y que después sea admitida de nuevo. María fue confinada siete días en el campamento y el pueblo no se puso en marcha hasta que María no se reincorporó[\[50\]](#).

No sabemos por qué el matrimonio de Moisés no gustó a sus hermanos; la cuestión es que con ocasión de este episodio se expresa otro agravio, más profundo y sin duda latente desde largo tiempo. No es otro que una cierta envidia de la posición de Moisés. ¿Por qué ponerle a él por delante? ¿Acaso no nos habla también a nosotros el Señor?

Frente a estas críticas y a esta amargura, vemos la humildad y la mansedumbre de Moisés, señalada de manera tan hermosa como «*muy humilde, más que ningún otro sobre la faz de la tierra*» (que se podría traducir también: el hombre más manso que ningún otro sobre la faz de la tierra). No se encoleriza, no se defiende, permanece en silencio. Es el mismo Dios quien interviene para defender a su servidor y castigar a María volviéndola leprosa. Además, Moisés rogará por la curación de su hermana. Dios que no puede negar nada a su servidor, va efectivamente a curarla, dejándola fuera del campamento durante siete días, para que pueda reflexionar un poco sobre su conducta...

Las palabras de Dios al tomar la defensa de Moisés son muy hermosas, manifiestan la relación única que él tiene con el Señor, mucho más estrecha que la de ningún otro profeta: Dios le ha confiado toda su casa, y le habla cara a cara, etc. Es por ser Moisés tan humilde, tan pobre de corazón, por lo que Dios le ha hecho entrar en su intimidad y ha podido confiarle tantas cosas.

¿CÓMO SE CONVIERTE ALGUIEN EN EL HOMBRE MÁS HUMILDE DE LA TIERRA?

Este título que se da a Moisés de «el hombre más humilde sobre la faz de la tierra» es muy hermoso. Se ve aquí una prefiguración de la mansedumbre y la humildad de Cristo.

Nos podemos preguntar de dónde le viene a Moisés tanta humildad. La humildad puede venir de dos fuentes diferentes. Hay una humildad que viene del sufrimiento, de las pruebas de la vida, en las que el hombre hace la experiencia de sus limitaciones, de su debilidad, y se va haciendo progresivamente más humilde. Eso es absolutamente necesario: «Se necesitan muchas humillaciones para hacer un poco de humildad», decía Bernadette de Lourdes. Deberíamos estar muy agradecidos al Señor por todas las situaciones de la vida que nos empobrecen, nos humillan, nos hacen conocer nuestra debilidad y nuestra miseria. Teresa de Lisieux dirá: «El Todopoderoso ha hecho cosas grandes en mi alma, y la mayor es haberle mostrado su pequeñez y su impotencia»[\[51\]](#). Una parte de la humildad de Moisés ha brotado ciertamente de esta fuente.

Pero hay otra fuente de humildad, mucho más profunda y radical: la experiencia de Dios. Si Moisés era tan humilde, más que todos los demás, es porque su experiencia de Dios era mucho más profunda: ¿no había pasado él cuarenta días y cuarenta noches en el monte Sinaí, hablando con Dios en la nube?

Se podría decir que hay una «pobreza desde abajo» y otra «pobreza desde arriba»: una que viene de la experiencia humana; otra de los empobrecimientos más radicales, que opera el Espíritu Santo.

«Feliz el alma que posee esta celestial bienaventuranza, que es pobre de espíritu por el Espíritu de Dios, a quien la gracia ha convertido en pobre y no la necesidad de los infortunios de la vida», proclama Catherine de Bar, una santa fundadora del siglo XVII[52].

Es lo que experimentan los santos en las «noches del espíritu» que atraviesan en algunos momentos. Sin recurrir a ese lenguaje, con frecuencia mal comprendido, digamos simplemente que el encuentro con Dios, especialmente en una auténtica experiencia de oración, conoce necesariamente fases dolorosas de pobreza interior. Por el contrario, no hay acceso a una verdadera pobreza interior sin una gran fidelidad a la oración, lugar de verdad donde el hombre se descubre radicalmente pobre y desnudo ante Dios. Teresa de Jesús, en el *Castillo interior*, se expresa así: «A mi parecer jamás nos acabamos de conocer, si no procuramos conocer a Dios; mirando su grandeza, acudamos a nuestra bajeza, y mirando su limpieza, veremos nuestra suciedad; considerando su humildad, veremos cuán lejos estamos de ser humildes»[53]. El primer paso de la humildad es reconocer que no la tenemos.

Cuanto más profundo es el encuentro con Dios, más humilde se hace el hombre. Teresa de Jesús resume así la acción de Dios en el alma para hacerla humilde: «Cuando es el espíritu de Dios, no es menester andar rastreando cosas para sacar humildad y confusión, porque el mismo Señor la da de manera bien diferente de la que nosotros podemos ganar con nuestras consideracioncillas, que no son nada en comparación de una verdadera humildad con luz que da aquí el Señor [...]. Esto es cosa muy conocida: el conocimiento que da Dios para que conozcamos que ningún bien tenemos de nosotros; y mientras mayores mercedes, más»[54].

La humildad es la señal de la verdadera experiencia de Dios. El encuentro con el Dios vivo destruye todo orgullo: conociendo a Dios en su poder, su majestad, el hombre comprende que él no es nada, que no es nada ante Dios. Toda verdadera experiencia de Dios revela al hombre sus límites, su pecado, su pobreza radical. La pureza implacable de la luz divina, como un rayo de sol al atravesar una habitación oscura que revela las menores motas de polvo, da al alma la evidencia de su miseria y de su incapacidad absoluta.

Esto se percibe en muchos pasajes de la Escritura. Job, después de que Dios le ha hablado, comprende que no tiene más que callarse: «Solo de oídas sabía de ti, pero ahora te han visto mis ojos. Por eso me arrepiento y hago penitencia sobre el polvo y la ceniza»[55]. Isaías, después de haber visto a Dios en el santuario repleto de nube, rodeado de serafines cuya voz proclamando la santidad divina hace retemblar los montantes de las puertas, exclama: «¡Ay de mí, estoy perdido, pues soy un hombre de labios impuros!»[56]. Pensemos también en Pedro que, después de la pesca milagrosa, se arroja a los pies de Jesús diciendo: «Apártate de mí, Señor, que soy un hombre pecador»[57].

Añadiría también que el hombre, en la medida en que profundiza en su encuentro con Dios, descubre la humildad extraordinaria de Dios, que baja hasta él, habla su lenguaje, se pone a la altura de la debilidad humana. Solo Dios es verdaderamente humilde, solo Dios es capaz de anonadarse, como vemos en el misterio de Cristo. ¿De qué altura podría bajar el hombre? No hay verdadera humildad más que en la participación en la humildad de Dios, que se nos revela en Cristo, especialmente en la obediencia y humillación de la Cruz.

La verdadera humildad no es una creación humana. Lo máximo de lo que somos capaces es de una falsa modestia. Es necesario, como dice san Pablo, dejarse revestir de la humildad de Cristo.

Se puede afirmar lo mismo respecto a la mansedumbre, que es uno de los más hermosos frutos de la humildad (como, en sentido opuesto, la dureza es un fruto del orgullo). Solo Dios es manso. Toda verdadera mansedumbre es una participación en la mansedumbre divina. La fuente de toda humildad y toda mansedumbre es el corazón de Cristo, como atestigua el evangelio de san Mateo: «*Llevad mi yugo sobre vosotros y aprended de mí que soy manso y humilde de corazón, y encontraréis descanso para vuestras almas*»[\[58\]](#).

La experiencia de Dios, y la fe, llevan consigo una nota de humildad. La fe supone una docilidad, una receptividad, una obediencia de la que solo es capaz el humilde. En la verdadera fe, dice el papa Francisco en la encíclica *Lumen Fidei*, no hay arrogancia. El hombre que posee una auténtica fe cristiana tiene siempre conciencia aguda de que se trata de un don gratuito y no de algo de lo que se pueda enorgullecer.

«La luz del amor, propia de la fe [...] no se impone con la violencia, no aplasta a la persona. Naciendo del amor puede llegar al corazón, al centro personal de cada hombre. Se ve claro así que la fe no es intransigente, sino que crece en la convivencia que respeta al otro. El creyente no es arrogante; al contrario, la verdad le hace humilde, sabiendo que, más que poseerla él, es ella la que le abraza y le posee. En lugar de hacernos intolerantes, la seguridad de la fe nos pone en camino y hace posible el testimonio y el diálogo con todos» (*Lumen Fidei*, n. 34).

Es claro también que todo amor verdadero es humilde: cuando se ama a alguien, sobre todo cuando ese amor es compartido, se tiene siempre conciencia de que este amor es del orden de una gracia, un regalo, y no una creación personal de la que podría uno vanagloriarse...

La humildad es tan esencial porque es a la vez la señal y la condición de todo amor auténtico. Amar es dejar toda pretensión de autosuficiencia, toda arrogancia, toda dominación, todo afán de posesión, toda superioridad, hacerse pequeño ante el otro y acogerlo en su propia pobreza y su debilidad. No hay amor verdadero y durable más que entre dos pobres de corazón. Los ricos están siempre en competencia, en concurrencia. Solo los pobres saben amarse y acogerse. Dios se hizo pobre porque él es amor.

EL RESTO POBRE DE ISRAEL

Para seguir explorando el sentido de la pobreza espiritual en el Antiguo Testamento, y particularmente el de la palabra *anaw* que la designa, vamos a interesarnos ahora en otro texto muy diferente, donde el misterio de la pobreza constituye su centro. Se trata de un texto de Sofonías, profeta del siglo séptimo antes de Cristo. Como en muchos libros proféticos, hay en primer lugar, en la predicación de Sofonías, invitaciones a la conversión y, después, una mirada sobre el porvenir, anunciando una intervención de Dios y desembocando en magníficas promesas de restauración para Jerusalén. Pero el cumplimiento de estas promesas se producirá después de un tiempo de dolorosas humillaciones y purificaciones, en la línea de Isaías cuando habla del «resto» fiel de Israel.

La conversión a la que el profeta invita es esencialmente una eliminación de todo orgullo.

«Buscad al Señor todos los humildes de la tierra, que cumplisteis sus mandatos. Buscad la justicia, buscad la humildad; quizá así seáis preservados el día de la ira del Señor»[59].

Más adelante, en un pasaje muy importante, Sofonías ve al pueblo del porvenir, el Israel renovado, como un pueblo de pobres:

«Aquel día no serás avergonzada por ninguna de las fechorías con que te rebelaste contra Mí; porque entonces apartaré de ti a quienes se jactan en su altivez, para que no vuelvas a engreírte en mi monte santo.

Dejaré en medio de ti un pueblo humilde y pobre. Y pondrán su esperanza en el Nombre del Señor. Los restos de Israel no cometerán iniquidad, ni hablarán mentira, ni se encontrará en su boca lengua dolosa. Ellos podrán apacentarse y reposar sin que nadie los espante»[60].

Destacan en este texto las afirmaciones siguientes:

— Israel será curado de su pecado y de las fechorías cometidas contra Dios, liberado de toda vergüenza. Esta curación será esencialmente una purificación de todo orgullo, de toda pretensión humana. Se reencuentra aquí uno de los temas fundamentales de la predicación de Isaías: *«Porque hay un día del Señor de los ejércitos que está sobre todo arrogante y altanero, y sobre todo el que se ensalza, para humillarlo [...]. La arrogancia del hombre será doblada, la altanería humana, humillada. Aquel día será exaltado solo el Señor, y los ídolos desaparecerán del todo»*[61].

— Esta purificación será radical y Dios no dejará subsistir en Israel más que «un pueblo humilde y pobre» (*ani y dal*, pobre y débil, sin importancia...).

— Pero los frutos de esta purificación serán muy positivos: este «resto» encontrará *refugio* en el nombre del Señor. Dios será su fuerza, su seguridad incommovible. Este pequeño pueblo será establecido en la *verdad*: no más mentiras, ni arrogancias... Cada uno estará en la verdad ante Dios, ante sí, ante los demás.

— Podrán *apacentarse*, Dios mismo les dará el alimento que necesitan. En fin, podrán *reposar sin que nadie les espante*. Estarán en paz, descansarán en Dios, no tendrán ningún miedo ni inquietud.

El profeta anuncia, pues, que pasarán por un empobrecimiento radical, pero con frutos muy positivos: santidad, verdad, libertad, seguridad, paz, fortaleza... El pobre encuentra en Dios todo lo que necesita.

Este texto describe la pedagogía de Dios para con Israel. Dios permite para el pueblo pruebas y humillaciones dolorosas, empobrecimientos severos, para preparar un resto del que nacerá el Mesías; ese pueblo formado por justos que se encuentra al comienzo del Nuevo Testamento, personificado en María. La continuación del libro de Sofonías, las magníficas promesas de salvación, se utiliza en la liturgia a menudo en relación con la Virgen: *«Canta de gozo, hija de Sion, alborózate, Israel, alégrate y disfruta de todo corazón, hija de Jerusalén. El Señor revocó tu sentencia, echó afuera a tus enemigos; el Señor, Rey de Israel, está en medio de ti; no temerás más la desgracia. Aquel día se dirá a Jerusalén: “¡No temas, Sion, no desfallezcan tus manos! El Señor, tu Dios, está en medio de ti como poderoso Salvador. Él disfrutará de ti con alegría, te renovará su amor, se regocijará en ti con canto alegre como en los días de fiesta»*[62].

Se puede añadir también que el texto que hemos citado más arriba se aplica no solo a la historia de Israel, sino también a la de la Iglesia. No somos mejores que nuestros padres. No se pueden evidentemente interpretar todas las vicisitudes de la historia de la Iglesia con una única clave de lectura, pero hay ciertamente, en la historia de las comunidades eclesiales, periodos de humillación y de purificación dolorosa, para hacerlas pobres y humildes, prepararlas según el ideal de las Bienaventuranzas. Ninguna comunidad ni ninguna persona escapa a estas crisis, son necesarias.

Destaquemos en fin que el texto de Sofonías expresa también la pedagogía de Dios para cada uno de los creyentes. Uno de los componentes fundamentales de todo itinerario espiritual (por no decir el componente fundamental) es la destrucción de todo orgullo, de toda arrogancia, de toda pretensión e ilusión humana. *«De manera que ningún mortal pueda gloriarse ante Dios»*, dirá san Pablo[63]. Se podrían entender así las palabras del profeta como una palabra de Dios dirigida personalmente a cada uno de nosotros: erradicaré de ti todo orgullo y dejarás de presumir, no dejaré subsistir en ti más que un corazón humilde y pobre, y encontrarás entonces en Dios tu único refugio, tu verdad, tu alimento, tu fuerza y tu paz.

Para desarrollar y profundizar en este tema de la pobreza espiritual, realidad que debe marcar todos los aspectos de nuestra vida, es interesante examinar ahora cómo puede expresarse en las relaciones fundamentales que constituyen la existencia humana: la relación con Dios, consigo mismo, la relación con el prójimo y, en fin, la manera de relacionarse con la existencia en general. En última instancia, la pobreza de espíritu no es más que una relación verdadera con Dios, consigo mismo, con el prójimo y con la vida. Verdad que es fuente de libertad y de alegría.

SER POBRE EN LA RELACIÓN CON DIOS

Como hemos dicho más arriba, ser pobre es en primer lugar estar en la verdad ante Dios: reconocer nuestra limitación radical de criatura, nuestra total dependencia de su

amor. Es también reconocer nuestra condición de pecadores que tienen tanta necesidad de misericordia y de perdón. «*Si llevas cuenta de las culpas, Señor, Señor mío, ¿quién podrá quedar en pie?*», dice el Salmo 130.

Esta toma de conciencia conduce a la humildad, al arrepentimiento, pero nunca a la tristeza o al desánimo. La esperanza en la infinita misericordia divina debe acompañar siempre a la conciencia del pecado: sin eso no estamos en la verdad plena. El amor de Dios será siempre mayor que nuestras faltas. «*Israel espera en el Señor; pues en el Señor está la misericordia, en Él, la redención abundante*», dice el mismo salmo. Quien se reconoce pobre es objeto especial de la ternura de Dios: «*En esto me voy a fijar: en el pobre y en el de espíritu contrito, y en el que teme a mi palabra*»[\[64\]](#).

Ser pobre en la relación con Dios es además reconocer que todo lo hemos recibido como un don gratuito de su misericordia. Todo lo que somos, todo lo que tenemos, todo el bien que realizamos es algo que nos es dado y de lo que nunca podemos envanecernos: «*¿Qué tienes que no hayas recibido? Y si lo recibiste, ¿por qué te glorías como si no lo hubieras recibido?*», nos dice san Pablo[\[65\]](#).

Algunos meses antes de la muerte de Teresa de Lisieux, una de sus hermanas le pregunta: ¿qué significa ser pequeño ante el Buen Dios? Teresa menciona varios aspectos de la pequeñez, entre otros este:

«Ser pequeño es no atribuirse a sí mismo las virtudes que se practican, creyéndose capaz de algo, sino reconocer que el Buen Dios pone este tesoro en la mano de su niño para que lo use cuando lo necesite; pero siempre es el tesoro del Buen Dios»[\[66\]](#).

No suele ser esa nuestra actitud espontánea. Tendemos a sentirnos propietarios de los dones de Dios, a utilizar por ejemplo el bien que hacemos para fabricarnos un pequeño pedestal sobre el que nos subimos, para juzgar a los demás y creernos superiores a ellos. Es legítimo alegrarnos del bien que hacemos. Utilizarlo para alimentar nuestro orgullo y despreciar a los demás no lo es en absoluto.

Notemos de paso la hermosa relación que hay entre pobreza espiritual y humildad, por una parte, y entre pobreza y agradecimiento, por otra. Cuando se es pobre de corazón, siempre se es agradecido. No se considera nada como debido, pues uno se sabe indigno de cualquier cosa, desprovisto de todo mérito; se considera el bien que haya en nuestra vida como un regalo, y eso alimenta nuestro agradecimiento. Todo el bien que uno hace, en lugar de atribuírselo a sí mismo y envanecerse, lo percibe sencillamente como un don de Dios, del que se asombra y se alegra. Es la actitud de María: «*Ha hecho en mí cosas grandes el Todopoderoso*», canta en casa de Isabel.

A la inversa, se puede decir que nada hace crecer más la humildad que el agradecimiento. Dar gracias a Dios es atribuírselo todo a Él, reconocer que todo viene de su amor generoso. La humildad verdadera no tiene nada de triste; es, por el contrario, una fuente de alegría, la alegría de recibirlo todo gratuitamente de la mano de Dios y de agradecérselo.

«La alabanza inmola y destruye el orgullo del hombre —dice el padre Cantalamessa—. Quien alaba a Dios le sacrifica la víctima más agradable que existe: su propia gloria. Es ahí donde reside la fuerza

purificadora de la alabanza. En la alabanza se esconde la humildad».

Podríamos preguntarnos: ¿por qué tenemos una tendencia tan fuerte a apropiarnos de los dones de Dios para hinchar nuestro «ego»? Semejante impulso proviene evidentemente de la necesidad psicológica de reconocimiento. Necesitamos que nuestra vida y nuestra persona tengan un valor a nuestros propios ojos y ante los demás. Esa necesidad es legítima. Pero la manera frecuente de satisfacerla, atribuyéndonos la gloria de nuestras buenas obras, no lo es. Y, además, es totalmente ineficaz.

El valor de mi persona no se deriva de mis esfuerzos por amplificar y alimentar mi «ego», sino del hecho de reconocerme como hijo de Dios, amado gratuitamente y necesitado de recibirlo todo de su misericordia. Nuestra única verdadera riqueza es el amor infinito que Dios nos tiene y las palabras que nos dirige: «*Todo lo mío es tuyo*»[67]. Este tesoro, nadie podrá quitárnoslo jamás. El error está en pretender hacer de nosotros mismos nuestro tesoro, enriquecernos con nuestras propias realizaciones; es un intento abocado al fracaso. Solo Dios y su inagotable misericordia deben constituir nuestra verdadera riqueza. «*No amontonéis tesoros en la tierra, donde la polilla y la herrumbre los corroen y donde los ladrones socavan y roban. Amontonad en cambio tesoros en el cielo, donde ni la polilla ni la herrumbre corroen, y donde los ladrones no socavan ni roban. Porque donde está tu tesoro allí estará tu corazón*»[68].

Nos liberamos así de muchas preocupaciones y tormentos. Dejamos de mirarnos continuamente al espejo, dejamos de preguntarnos sobre lo que valemos o no valemos, y lo que piensan o dejan de pensar los demás de nosotros, y comenzamos a olvidarnos de esas cosas, para mirar y acoger solo a Dios en nuestra vida.

CUANTO MÁS POBRES SEAMOS, MÁS RICOS SEREMOS

Cuanto más empobrecidos estemos de nosotros mismos, más ricos seremos respecto a los dones de Dios. Con frecuencia es nuestra falta de humildad lo que impide a Dios colmarnos tanto como quisiera. Por su gran humildad Dios pudo confiar tanto en Moisés. Esto dice Catherine de Bar a este propósito:

«Dios solo desea llenarnos de sí y de sus gracias, pero nos ve tan llenos de orgullo y de estima de nosotros mismos que eso es lo que le impide comunicarse. Pues si un alma no está fundada en la verdadera humildad y en el desprecio de sí, es incapaz de recibir los dones de Dios. Su amor propio los devoraría, y Dios se ve obligado a dejarla en sus pobreza, en sus tinieblas y esterilidades para sostenerla en su nada. Tan necesaria es esta disposición de humildad»[69].

Ser pobre en espíritu significa aceptar la total dependencia de la misericordia de Dios. No tener nada, no ser nada por sí mismo, pero recibirlo todo, con una conciencia muy viva de la gratuidad absoluta de los dones de Dios, de los que nunca podemos envanecernos. Paradójicamente, eso es una fuente de libertad y felicidad. Ya no tenemos que preocuparnos por nosotros.

«Siempre se quiere ser algo, si no es en las criaturas, es en Dios. Y no hay nada más difícil de encontrar en el mundo que a una persona que se contente con ser nada para que Dios lo sea todo en ella. Será todo en Dios, y Dios lo es por sí mismo. Ese es todo mi estado y mi único contento, que nada puede interrumpir, ni siquiera mis imperfecciones y pecados. No esperes nada de ti, pero espéralo todo de Nuestro Señor Jesucristo»[\[70\]](#).

SIERVOS INÚTILES

Un texto del Evangelio nos da luces importantes sobre la pobreza de espíritu en la relación con Dios. Es la parábola de la humildad en el servicio, en el evangelio de san Lucas:

«Si uno de vosotros tiene un siervo en la labranza o con el ganado y regresa del campo, ¿acaso le dice: “Entra enseguida y siéntate a la mesa?”. Por el contrario, ¿no le dirá más bien: “Prepárame la cena y disponte a servirme mientras como y bebo, que después comerás y beberás tú?”. ¿Es que tiene que agradecerle al siervo que haya hecho lo que se le había mandado? Pues igual vosotros, cuando hayáis hecho todo lo que se os ha mandado, decid: “Somos unos siervos inútiles; no hemos hecho más que lo que teníamos que hacer”»[\[71\]](#).

Reconozcamos que es una parábola de Jesús que no nos gusta mucho, no nos parece muy amable con el pobre siervo que tanto trabaja. Preferiríamos que el amo le felicitase largamente a su vuelta del trabajo y le hiciese descansar. Reparemos sin embargo en una cosa: algunos pasajes del Evangelio tienen un tono muy diferente y aparentemente contradictorio con el de nuestra parábola.

«Dichosos aquellos siervos a los que al volver su amo los encuentre vigilando. En verdad os digo que se ceñirá la cintura, les hará sentar a la mesa y acercándose les servirá»[\[72\]](#). No tenemos, pues, que preocuparnos en lo que concierne a la bondad del amo respecto a aquellos siervos suyos que trabajen bien: recibirán mucho más de lo que han hecho.

¿Qué significa entonces esta parábola? A pesar de su apariencia un poco severa, es, como todas las parábolas de Jesús, una parábola de amor y de libertad. ¿En qué sentido?

Nos invita en primer lugar a no creernos indispensables. Lo cual, a fin de cuentas, es muy liberador. Creernos indispensables nos conduce a preocupaciones de las que el Señor quiere alejarnos.

Pero, sobre todo, Jesús nos invita a adoptar esta otra actitud: comprender que todo el trabajo que hacemos por Dios (o por los demás) no nos da «derechos» sobre él, derecho a una consideración o a una recompensa particular. Haber hecho el bien debe empujarnos al agradecimiento, eso es todo. Sin reivindicaciones. Nuestra relación con Dios estará entonces basada en un dar y recibir que es gratuito, y no se fundamentará en un mercadeo, en cálculos más o menos conscientes.

Si no adoptamos esta perspectiva corremos el riesgo de ser siempre desgraciados y quedar permanentemente descontentos. Nuestra relación con Dios se fundamentará entonces en una contabilidad, como quien compara dos columnas: en la primera escribiríamos lo que le hemos dado a Dios, y en la otra, lo recibido a cambio: y nunca

estaremos satisfechos con esa cuenta, a causa de nuestras heridas psíquicas, de nuestras comparaciones, de nuestra envidia, de nuestro amor propio, etc.

Por el contrario, si me digo a mí mismo: “No he hecho más que mi deber, soy un siervo inútil, el bien que he realizado es un puro don de Dios que no me autoriza a pedir nada a cambio...”, entonces seré libre y estaré siempre satisfecho. Si, como dice Jesús, mi mano derecha ignora lo que hace mi izquierda (Mt 6, 3), si no busco establecer ninguna correlación ni proporcionalidad entre lo que doy y lo que recibo, si no reclamo nada a cambio de lo que he dado, siempre estaré contento. Recibiré entonces mucho, no en función de un mérito que presento, sino en función de la generosidad de Dios. Apoyándose más en la generosidad de Dios y menos en los méritos personales, se gana siempre. Porque aquella es infinita, y estos, bastante limitados...

Es este un aspecto muy importante de la pobreza de corazón: no reclamar nada, no reivindicar nada por el bien que hemos realizado. Hacer lo que tenemos que hacer, y confiar luego totalmente en Dios. Eso no es siempre fácil de vivir en la práctica, pues supone mucho desprendimiento y mucha confianza en Dios.

El pobre de espíritu es quien acepta ser salvado por pura misericordia, y no en virtud de sus méritos u obras personales. Recibe la salvación como una gracia y no como algo merecido, resultado de sus esfuerzos. Se presenta siempre ante Dios con las manos vacías. Tiene conciencia de que haber podido servir a Dios (más que al mundo o a sí mismo) es ya una gracia inmerecida y que, si se da una recompensa por el servicio realizado (¡y se recompensará!), será también por pura gratuidad.

El pobre no se apoya de ningún modo en sus propias obras para adquirir esa confianza, sino exclusivamente en la misericordia de Dios. Veamos una reflexión de Teresa de Lisieux durante su última enfermedad. La fatiga le impedía cumplir su deber de recitar el oficio por los difuntos de su comunidad. En eso ella descubre una gracia.

«No me puedo apoyar en nada, en ninguna de mis obras para tener confianza. Hubiese querido poder decirme: “Estoy dispensada de todas mis oraciones por los difuntos”. Pero esta pobreza ha sido para mí una verdadera luz, una verdadera gracia. Pensé que no había podido nunca en mi vida saldar una sola de mis deudas con el Buen Dios, pero que eso era para mí como una verdadera riqueza y una fuerza, si yo quería. Entonces he rezado así: Oh, Dios mío, os lo suplico, pagad la deuda que he contraído con las almas del Purgatorio, pero hacedlo como Dios, para que resulte infinitamente mejor que si yo hubiera rezado los oficios de difuntos. Y me acordé con gran consuelo de estas palabras del *Cántico* de san Juan de la Cruz: “Toda deuda paga”. Yo había aplicado eso siempre al Amor... Siento que esta gracia no puede pagarse... ¡Era demasiado dulce! Se experimenta una paz muy grande al ser absolutamente pobre, por no contar más que con el Buen Dios»[\[73\]](#).

No se trata de pereza, como se muestra en el pasaje siguiente del *Cuaderno amarillo*:

«Oh! qué pocas religiosas perfectas hay, que no lo hagan todo de cualquier manera y a medias, diciéndose: “No estoy obligada a eso o aquello, al fin y al cabo”... “No es nada malo hablar aquí, ni es

malo contentarme con esto”... ¡Qué pocas son las que lo hacen todo lo mejor posible! Y son, sin embargo, las más felices».

Se constata aquí el muy hermoso equilibrio de Teresa: una gran generosidad y fidelidad incluso en las cosas pequeñas, pero una confianza que descansa siempre solo en Dios y no en sus propias obras.

Somos siempre deudores de Dios, pero no estamos inmersos en una culpabilidad angustiada, sino en una confianza y alegría filiales. Estamos contentos, apoyándonos en él y no en nosotros. Estamos felices debiéndoselo todo, pues no perseguimos ninguna autosuficiencia: somos como niños pequeños que se sienten felices de recibirlo todo de la mano generosa de su padre y de depender absolutamente de él para todo. La pobreza es una dicha, pues nos hace dependientes de Dios y nos adhiere más completamente a él. El objetivo de la vida no es glorificarnos a nosotros mismos y estar satisfechos con nuestro proceder, sino glorificar la infinita misericordia de Dios, a la que debemos todo.

SER POBRE EN RELACIÓN CON UNO MISMO

¿Qué significa ahora ser pobre de espíritu consigo mismo? De hecho, ya hemos hablado de eso: no mirarse, no considerar más que el amor gratuito de Dios por nosotros, poner toda nuestra confianza en Él y no en mí.

Un aspecto esencial es reconocer —y sobre todo aceptar— nuestra pobreza y nuestras limitaciones. Aceptarme tal como soy en mi fragilidad, en mi debilidad, en mis imperfecciones. Consentir en mi debilidad radical y reconciliarme con ella, porque pongo mi esperanza no en mí mismo, en mi perfección personal, sino en Dios, y solo en Él.

Veamos las palabras de Teresa de Lisieux en una carta a su hermana María del Sagrado Corazón, que era también su madrina. Esta tenía tendencia a entristecerse por su falta de fervor sensible, después de que Teresa hubiese compartido con ella sus deseos ardientes del martirio, que había sentido en un retiro.

«¡Ah!, me doy bien cuenta de que no es eso en absoluto lo que agrada al Buen Dios en mi pequeña alma. Lo que le complace es verme amar mi pequeñez y mi pobreza, es la esperanza ciega que tengo en su misericordia... Ese es mi único tesoro, querida Madrina, ¿por qué no sería también el vuestro?...

»[...] Es preciso reconocernos pobres y sin fuerzas, y eso es lo difícil, pues “*el verdadero pobre de espíritu, ¿dónde podríamos encontrarlo? Hay que buscarlo muy lejos*”, dice el salmista... No dice que haya que buscarlo entre las almas grandes, sino “muy lejos”, es decir en la bajeza, en la nada... ¡Ah!, permanezcamos bien lejos de todo lo que brilla, amemos nuestra pequeñez, amemos no sentir nada. Entonces seremos pobres de espíritu y Jesús vendrá a buscarnos, por lejos que estemos, y nos transformará en llamas de amor... ¡Oh, cómo querría poder haceros comprender lo que siento!... Es la confianza y nada más que la confianza lo que debe conducirnos al Amor»[\[74\]](#).

Este texto expresa de manera muy bella cómo el consentimiento en la propia pequeñez, fundado en una total confianza en Dios, atrae la gracia divina, que podrá transformarnos y conducirnos a las cimas de amor, inalcanzables con nuestras propias fuerzas. La pobreza radical, reconocida y aceptada, se convierte en un lugar de efusión del Espíritu Santo.

No se trata pues de negar o de huir de nuestra pobreza, sino de vivirla como mejor podamos, esperándolo todo de la misericordia de Dios. Entonces el acudirá en nuestro socorro. No es un hándicap, sino una oportunidad. Esto permite a san Pablo decir que la fuerza de Dios *«se perfecciona en la flaqueza. Por eso, con sumo gusto me gloriaré más todavía en mis flaquezas, para que habite en mí la fuerza de Cristo [...]; pues cuando soy débil, entonces soy fuerte»*^[75] .

Eso no significa renunciar a crecer, ni hundirse en la pereza o en la mediocridad, sino más bien evitar el desaliento o la inquietud cuando palpamos la experiencia de nuestras limitaciones humanas. Es preciso aceptarlas, y aprovecharlas para poner únicamente en el Señor toda nuestra esperanza.

SER POBRE EN RELACIÓN CON EL PRÓJIMO

La pobreza de corazón en la relación con otro puede expresarse de muchas maneras. Vamos a ver algunas. Profundizaremos en ellas más adelante, al meditar cada una de las Bienaventuranzas.

En estrecha relación con la pureza de corazón, que se menciona en la sexta bienaventuranza, está el rechazo de poseer, de apropiarse del otro. La renuncia a toda forma de dominio, de manipulación, de utilización del otro con fines personales. El otro es una persona, y eso significa que en ningún caso puede convertirse en un medio para satisfacer mis propios intereses. Es normal, por supuesto, recibir y aceptar del otro lo que puede darme (el prójimo es con frecuencia un inmenso regalo de Dios, por su presencia, su afecto, su apoyo...), pero ese don debe ser libre. Tengo que prohibirme, por tanto, todas aquellas formas de manipulación, a veces sutiles e inconscientes, mediante las cuales pretendo obligar a otro a conformarse con lo que yo quiero, en lugar de respetarlo en su alteridad: presión, chantaje, seducción, reproches, enfados, etc. Es legítimo acoger lo que se nos da, pero no «quitarlo».

Debo aceptar que el otro, incluso la persona más cercana a mí, se me escurra y (¡felizmente!) no encaje del todo en los planteamientos que pretendía imponerle. Esta pobreza es una gracia, porque me obliga a una constante conversión y a una apertura al otro en lo que tiene de único, de irreductible a mi universo personal. Me obliga también a no exigir, del otro, lo que solo Dios puede darme.

La pobreza de corazón consiste en renunciar a todo dominio sobre el otro, y conformarse con esperarle humildemente, en la mansedumbre y la paciencia, sin presionarle, sin apropiármelo. El otro no me pertenece más que en la medida en que él se entrega libremente. No puedo imponerle nada. Hay por supuesto situaciones en que, en virtud de la responsabilidad que nos incumbe respecto a otro (responsabilidad educativa,

autoridad legítima en el marco de la vida social o eclesial), podemos exigir o imponer algunas cosas. Pero eso es un servicio para el bien común y el de la persona, nunca para la satisfacción de nuestras necesidades personales. Y es un servicio ejercido en el respeto a la identidad, y al ámbito propio de la libertad de cada persona: servir al otro y no servirse del otro. *«Porque siendo libre de todos, me hice siervo de todos»*, dice san Pablo[76].

Ser pobre delante del otro significa también rebajarse por amor. *«Lo propio del amor es rebajarse»*, dice Teresa de Lisieux. Renunciar a toda posición de dominio, de superioridad, para hacerse pequeño ante el otro, en espíritu de humildad, de servicio, como Jesús, que lavó los pies a sus discípulos. *«Yo estoy en medio de vosotros como quien sirve»*[77]. *«Que el mayor entre vosotros sea vuestro servidor»*[78]. *«Que nadie busque su provecho, sino el de los demás»*[79].

Esta actitud de pobreza y de desprendimiento queda ilustrada de manera muy hermosa por la actitud de Juan Bautista en el evangelio de san Juan: él se borra ante Cristo, aceptando con alegría que las multitudes, e incluso sus mismos discípulos, le dejen a él para ir en pos de Jesús. No se apropia de nadie, sino que los conduce a Cristo:

«Se originó una discusión entre los discípulos de Juan y un judío acerca de la purificación. Y fueron a Juan a decirle: “Rabbi, el que estaba contigo al otro lado del Jordán, de quien tú diste testimonio, está bautizando y todos se dirigen a él”. Respondió Juan: “No puede el hombre apropiarse nada si no le es dado del cielo. Vosotros mismos me sois testigos de que dije: ‘Yo no soy el Cristo, sino que he sido enviado delante de él’. Esposo es el que tiene la esposa; el amigo del esposo, el que está presente y le oye, se alegra mucho con la voz del esposo. Por eso, mi alegría es completa. Es necesario que él crezca y que yo disminuya”»[80].

Otro aspecto esencial de la pobreza de corazón hacia el prójimo es la misericordia y el perdón. Renunciar a todo rencor, a todo deseo de venganza, a hacer justicia por nosotros mismos, perdonar las deudas, supone una gran pobreza de corazón. Volveremos largamente sobre este punto a propósito de la quinta bienaventuranza, la de los misericordiosos.

Ser pobre ante el prójimo es también no querer decir siempre la última palabra, y dejar de lado el orgullo de llevar siempre la razón ante los demás. Ser pobres es no justificarse sin cesar y aceptar, a veces, ser incomprendido. Es guardar silencio. Por supuesto, a veces será legítimo e incluso necesario explicarse, disipar un malentendido, restablecer una verdad que no ha sido percibida por el otro: pero sin querer siempre defender nuestra «imagen de marca» y reivindicar nuestros derechos. Hay que saber remitir nuestra causa a Dios, y no pretender siempre ser comprendido y aceptado por quienes nos rodean.

Ser pobre es querer pasar oculto a los ojos de los hombres, para no ser conocido más que por Dios. Las cosas más bellas y preciosas son también las más escondidas. Que nuestra vida esté escondida en Dios. *«Tú, en cambio, cuando ayunes, perfuma tu cabeza y lávate la cara, para que no adviertan los hombres que ayunas, sino tu Padre, que está en lo oculto; y tu Padre que está en lo oculto, te recompensará»*[81].

Una hermosa forma de pobreza de corazón es también la generosidad con el otro. Recordemos las palabras de Jesús: *«Al que quiera entrar en pleito contigo para quitarte la túnica, déjale también el manto. A quien te fuerce a andar una milla, vete con él dos. A quien te pida, dale; y no rehúyas al que quiera de ti algo prestado»*[82]. Sin duda no podremos dar siempre a los demás lo que desean de nosotros, pero, con mucha frecuencia, nos dejamos apresar por cálculos humanos, temores, avaricias que cierran nuestro corazón. Si fuéramos más libres y generosos, tendríamos una honda experiencia de la fidelidad y de la providencia de Dios.

POBREZA EN LA RELACIÓN CON LA VIDA

Diremos, en fin, algo sobre la pobreza de corazón en un cuarto aspecto: el de la manera de situarnos ante la vida y todo lo que esta comporta de alegrías y penas, de eventos felices o difíciles. Ahí aún, se podría afirmar que esta pobreza no es en el fondo más que una relación justa con la existencia.

Frente a todo lo que la vida nos da de bueno y agradable, la actitud justa es acogerlo con sencillez y agradecimiento, pero sin apegarse a ello de manera posesiva e inquieta. *«El Señor me lo dio, el Señor me lo quitó. Bendito sea el Nombre del Señor»*, dice Job[83]. Hemos de permanecer en una libertad y desprendimiento de fondo. El único bien al que debemos apegarnos absolutamente es Dios; todo lo demás es relativo. Acojamos lo que la vida nos da, pero que nuestro corazón no quede esclavizado por nada.

Ser pobre es también aceptar las pérdidas que la vida trae consigo, materiales, afectivas, espirituales, etc. Es necesario a veces tomar algunas decisiones de pobreza, pero será bueno recordar que las verdaderas pobreza no son las que se eligen, son las que la vida nos impone. Hemos de tener la confianza de que estos empobrecimientos (pérdidas, decepciones, sufrimientos...), aunque suelen ser dolorosos, son fuente de gracia cuando los aceptamos. Nos hacen descubrir el amor y la fidelidad de Dios como la única verdadera riqueza que puede colmar nuestras expectativas y que nada ni nadie nos puede quitar.

Recordemos las palabras de Jesús a Pedro: *«En verdad, en verdad te digo: cuando eras joven te ceñías tú mismo y te ibas adonde querías; pero cuando envejecas extenderás tus manos y otro te ceñirá y llevará adonde no quieras»*[84]. En este contexto, se trata del anuncio del martirio del apóstol. Pero podemos comprender estas palabras en un sentido mucho más general, como una invitación de Cristo a seguirle y aceptar los momentos en que la vida nos conduce por caminos que no son los que hubiésemos espontáneamente escogido.

Ser pobre significa aceptar nuestra vida, y no dominarla ni controlarla. Una de las enfermedades del Occidente moderno es querer controlarlo todo, planificarlo todo, decidirlo todo, someter por completo la realidad a la voluntad humana. Cosa que es evidentemente imposible, cualesquiera sean los progresos técnicos. Esta pretensión de omnipotencia no puede conducir sino a la decepción y a la angustia. Hay que pensar, por

el contrario, que las situaciones que más nos hacen crecer son precisamente las que no dominamos. Cuando no podemos cambiar las circunstancias exteriores, afrontamos el reto de cambiarnos a nosotros mismos. Y es eso lo que importa, a fin de cuentas.

Ser pobre significa saber abandonarse, dejarse conducir con confianza por los caminos imprevisibles de la vida. Aceptar la realidad. Pasar de una sabiduría humana a la sabiduría misteriosa de Dios. Precisamente cuando renunciamos a querer dominar la vida, y consentimos en acogerla tal como se nos da día tras día, la vida adquiere todo su sentido y su belleza. «*Quien pretenda guardar su vida la perderá; y quien la pierda la conservará viva*»[85].

Eso supone aceptar no comprenderlo todo, no tener respuesta para todas nuestras cuestiones. Aceptar la limitación de nuestra inteligencia para abandonarse en la fe... Es también una bienaventuranza: «*Bienaventurados los que sin haber visto hayan creído*»[86].

Es oportuno que nos planteemos a veces esta pregunta: ¿cuál es mi actitud de fondo ante la vida? Por dar un ejemplo, nuestra actitud es a menudo la siguiente: somos como una persona que participa en un festejo y a quien le dan un gran plato colmado de distintos manjares. Algunos nos gustan mucho y otros no. Estamos tentados de retirar del plato lo que no nos gusta y ponernos más de lo que más nos gusta...

Se puede hacer eso con un plato, pero no con la existencia. Sería una catástrofe pretender elegir ciertos eventos de la vida, aceptar los que nos convienen y rechazar los demás. Pero, ¿qué criterio usaríamos? ¿Sabemos de verdad lo que es bueno para nosotros? Hemos experimentado que algunas situaciones, deseadas ardientemente, se revelan al final decepcionantes. Por el contrario, otros eventos, que no hubiésemos querido a ningún precio, los vemos luego como preciosas oportunidades de crecimiento humano y espiritual. No se trata, pues, de hacer una elección entre los diferentes aspectos de la vida; es preciso por el contrario «elegirlo todo», según la expresión de la pequeña Teresa, es decir, aceptarlo todo, y no «aguantar» nada de mala gana. Hay que consentir con todo lo que nos sucede: «*Todo lo que te sobrevenga, acéptalo, mantén ánimo grande en los reveses humillantes*»[87]. El ejercicio más alto y más fecundo de la libertad no es elegir, sino consentir. No por pasividad o fatalismo, sino por confianza en la vida como don de Dios. Por supuesto que hay en la vida decisiones que tomar, para hacer el bien y evitar el mal, y tenemos el derecho y el deber de remediar en lo posible las situaciones negativas en que nos encontremos. Si estoy enfermo, debo cuidarme. Pero todo eso debe hacerse sobre una base de acogida y de aceptación de las situaciones por las que atravesemos. También hay que elegir entre las actitudes interiores buenas y malas, pero aceptando todas las situaciones que sobrevengan.

Otro modo de vivir la pobreza de corazón en relación a la propia existencia es contentarse con el instante presente, sin pretender volver sobre el pasado ni programar el porvenir. Solo nos pertenece el instante presente. Aceptemos el pasado, y confiemos el porvenir a la providencia divina, sin hacer provisiones. Olvidemos el camino recorrido y, cada día, partamos de cero, sin apoyarnos en el bien que hicimos, sin inquietarnos por el mal cometido en el pasado, y recomencemos cada mañana a creer, a esperar, a amar.

El último punto que mencionaré es este: ser pobre significa no hacer de ningún bien una seguridad. Cuantas más seguridades humanas se buscan, más inquietud se experimenta... Nuestra única seguridad es la misericordia infinita de Dios. Todo lo demás (bienes materiales, talentos, cualidades, virtudes, competencia, formación, relaciones, amistades, soportes afectivos, instituciones...), hay que acogerlo cuando se nos ofrece, procurarlo cuando es legítimamente posible, pero sin buscar en ello una seguridad o un soporte que nos dé confianza. Es decir, solo debemos apoyarnos en la misericordia de Dios. Oigamos a san Juan Eudes:

«Estemos en guardia para no apoyarnos, ni en el poder o en el favor de nuestros amigos, ni en nuestros bienes, ni en nuestro espíritu, ni en nuestra ciencia, ni en nuestras fuerzas, ni en nuestros buenos deseos y resoluciones, ni en nuestras oraciones, ni incluso en la confianza que nos parece tener en Dios. No es que no debamos emplear todo eso, y aportar por nuestra parte lo que podamos para vencer el vicio, ejercitarnos en la virtud y conducir y cumplir los asuntos que Dios ha puesto en nuestras manos, ocupándonos de las obligaciones que lleva consigo nuestra condición. Pero debemos renunciar a todo apoyo y a la confianza que nos pueden inspirar esas cosas, y apoyarnos en la pura bondad de nuestro Señor»[\[88\]](#).

POBREZA DE ESPÍRITU Y VIRTUDES TEOLOGALES

Para concluir nuestra reflexión sobre la pobreza de espíritu, es interesante ponerla en relación con las virtudes teologales: la fe, la esperanza y la caridad. Son el corazón de la vida cristiana. Son nuestra riqueza, y nos introducen en toda la riqueza de Dios. Pero hay también un cierto misterio de pobreza que es propio del ejercicio de las virtudes teologales.

La fe supone una cierta forma de pobreza. *Creer* es aceptar no verlo todo siempre, no comprender siempre, caminar a menudo en la oscuridad. Es avanzar fiándose de otro, entregarse a una verdad que nos supera y que no dominamos. Es entrar en una forma de obediencia, confiar nuestra vida a la palabra de otro, entregarse. Abrahán, nuestro padre en la fe, partió sin saber adónde iba.

La esperanza también es una forma de pobreza. Esperar no es poseer, como lo explica san Pablo en la Carta a los Romanos, sino aguardar con confianza lo que aún no tenemos: *«Porque hemos sido salvados por la esperanza. Ahora bien, una esperanza que se ve no es esperanza; pues ¿acaso uno espera lo que ve? Por eso, si esperamos lo que no vemos, lo aguardamos mediante la paciencia»*[\[89\]](#).

En cuanto al amor, supone también, según hemos dicho, una actitud de pobreza interior. Amar es vivir no para sí, sino para el otro. Amar a alguien es consentir en una dependencia, renunciar a una autosuficiencia. Amar verdaderamente exige renunciar a toda dominación, a todo poder sobre el otro, a toda posesión. Eso obliga a respetar la libertad del otro.

Si el ejercicio de las virtudes teologales supone una cierta forma de pobreza, se puede decir a la inversa que la pobreza es el campo privilegiado donde crecen las

virtudes teologales. Si la pobreza es una gracia, es porque nos obliga, por decirlo así, a no vivir solamente según las pautas habituales, a no contentarnos con los recursos humanos que nos son familiares, sino a creer, a esperar, a amar de manera más profunda y más pura. Nos da la oportunidad de poner por obra las virtudes teologales en toda su intensidad y fecundidad.

Meditar sobre la pobreza de espíritu y las Bienaventuranzas es también considerar cómo practicar la fe, la esperanza y el amor en las situaciones concretas de nuestra existencia. Continuemos pues nuestro recorrido.

[18](#) Manuscrito A, 32 vº.

[19](#) Cuaderno amarillo, 6 agosto, 4.

[20](#) Carta 211 a su hermana Celine.

[21](#) 2 Co 8, 9.

[22](#) Lc 10, 21.

[23](#) Ms C, 16 vº, 14.

[24](#) Mt 10, 8.

[25](#) Mt 6, 33.

[26](#) Lc 16, 19-31.

[27](#) St 5, 1-6.

[28](#) Sal 21, 12.

[29](#) 2 S 11 y 12.

[30](#) 2 S 15, 30.

[31](#) Est 4, 17.

[32](#) Is 41, 14.

[33](#) Is 49, 13-16.

[34](#) Is 57, 15.

[35](#) Is 66, 1-2.

[36](#) Sal 9, 19.

[37](#) Sal 21, 25. Salmo de la Pasión.

[38](#) Sal 24, 9.

[39](#) Sal 33, 7.

[40](#) Sal 33, 19.

[41](#) Sal 39, 18.

[42](#) Sal 112, 7.

[43](#) Sal 114, 6.

[44](#) Is 29, 18-19.

[45](#) Lc 1, 52.

[46](#) Lm 3, 26.

[47](#) Mt 25, 12.

[48](#) Dt 8, 2-6.
[49](#) Ver el cap. 16 del Éxodo.
[50](#) Nm 12, 1-15.
[51](#) Ms C, 4.
[52](#) *Adorer et adhérer*, Cerf, p. 109.
[53](#) 1 Moradas, Cap. 2, 9.
[54](#) Libro de la Vida, Cap. 15, 14.
[55](#) Jb 42, 5-6.
[56](#) Is 6, 5.
[57](#) Lc 5, 8.
[58](#) Mt 11, 29.
[59](#) So 2, 3.
[60](#) So, 3, 11-13.
[61](#) Is 2, 12-18.
[62](#) So 3, 14-17.
[63](#) 1 Co 1, 29.
[64](#) Is 66, 2.
[65](#) 1 Co 4, 7.
[66](#) Cuaderno amarillo, 6 agosto.
[67](#) Lc 15, 31.
[68](#) Mt 6, 19-21.
[69](#) Catherine Mectilde de Bar, *op. cit.*, p. 113.
[70](#) *Ibid.*, p. 116.
[71](#) Lc 17, 7-10.
[72](#) Lc 12, 37.
[73](#) Cuaderno amarillo, 6 agosto.
[74](#) Carta 197.
[75](#) 2 Co 12, 9-10.
[76](#) 1 Co 9, 19.
[77](#) Lc 22, 27.
[78](#) Mt 23, 11.
[79](#) 1 Co 10, 24.
[80](#) Jn 3, 25-30,
[81](#) Mt 6, 17-18.
[82](#) Mt 5, 40-42.
[83](#) Jb 1, 21.
[84](#) Jn 21, 18.
[85](#) Lc 17, 33.
[86](#) Jn 20, 29.

[87](#) Si 2, 4.

[88](#) El Reino de Jesús, 2.^a parte, 30.

[89](#) Rm 8, 24-25.

BIENAVENTURADOS LOS QUE LLORAN

«Al atardecer se hospeda el llanto, al amanecer, el júbilo».
(Sal 29, 6)

«Has cambiado mi llanto en danza, has desatado mi saco y me has vestido de alegría».
(Sal 29, 12)

«Tus consuelos solazan mi alma».
(Sal 93, 19)

UNA PROMESA DE CONSUELO

La segunda bienaventuranza es una promesa de consuelo para los afligidos. Toda lágrima, toda aflicción será objeto de un consuelo del que Dios mismo se encargará. Esta promesa puede a veces requerir un tiempo para verse cumplida, y es preciso entonces saber perseverar en la espera y la paciencia: *«Languidecen mis ojos por tu promesa, mientras dicen: “¿Cuándo me consolarás?”»*[\[90\]](#). Los tiempos de Dios no son siempre los nuestros... Pero Dios es fiel y el momento de la consolación vendrá ciertamente. *«Los que siembran con lágrimas cosechan entre cantares de alegría»*[\[91\]](#).

El tema del consuelo es uno de los más bellos de la Escritura, tanto en el Antiguo Testamento como en el Nuevo.

Comienza a aparecer principalmente en la segunda parte del libro de Isaías, a partir del capítulo 40, al que se ha podido llamar el «Libro de la Consolación de Israel». Después de la ruina de Jerusalén y la destrucción del Templo, el tono de la predicación profética cambia: las invitaciones vigorosas a la conversión y las amenazas de castigo dejan lugar, una vez llegada la desgracia, a un mensaje de consuelo y esperanza. *«Consolad, consolad a mi pueblo, dice vuestro Dios. Hablad al corazón de Jerusalén y gritadle que se ha cumplido su servidumbre, y ha sido expiada su culpa; que ha recibido de la mano del Señor el doble por todos sus pecados»*[\[92\]](#).

La continuación del texto invita a *«preparar el camino del Señor»*, a estar disponible para una intervención futura de Dios en favor de su pueblo. Vendrá con fuerza y ternura, como un pastor que conducirá a su rebaño:

«Mirad, el Señor Dios viene con poder, y su brazo le somete todo. Mirad que trae su recompensa, y su premio va por delante. Apacienta su rebaño como un pastor, lo congrega con su brazo, lleva los corderillos en su regazo, y conduce con cuidado a las que están criando» (40, 10-11).

El tema vuelve varias veces más adelante en el libro:

«¡Cielos, aclamad! ¡Tierra, alégrate! ¡Montañas, romped en gritos de júbilo!, que el Señor ha consolado a su pueblo, y ha tenido piedad de sus pobres. Sion había dicho: “El Señor me ha abandonado, mi Señor me ha olvidado”. ¿Es que puede una mujer olvidarse de su niño de pecho, no compadecerse del hijo de sus entrañas? ¡Pues, aunque ellas se olvidaran, Yo no te olvidaré!» (Is 49, 13-15).

Las palabras más tiernas para expresar el misterio de Dios que consuela a sus hijos afligidos son las que encontramos en el capítulo 66 (un pasaje que impresionó mucho a Teresa de Lisieux y que lo cita varias veces):

«Mirad: Yo hago discurrir hacia ella [Jerusalén], como un río, la paz, y, como un torrente desbordado, la gloria de las naciones. Os amamentaréis, seréis llevados en brazos, y acariciados sobre las rodillas. Como alguien a quien su madre consuela, así Yo os consolaré, y en Jerusalén seréis consolados» (66, 12-13).

En la tradición judía, el Consolador (en hebreo, *Menahem*) es uno de los nombres del Mesías. Esta palabra hebrea se ha convertido en un pronombre, y se usa así en el mundo judío hasta el día de hoy. El relato de la Presentación de Jesús en el Templo en el evangelio de san Lucas nos habla del anciano Simeón como de un hombre justo y religioso que *«esperaba la consolación de Israel»*. Tuvo la dicha de ver cumplida su esperanza el día en que sostuvo en sus brazos al niño Jesús, según la promesa del Espíritu Santo de que no vería la muerte antes de haber contemplado a Cristo, el Mesías del Señor[93].

El tema del consuelo divino se encuentra con frecuencia en san Pablo. Habla de Dios como aquel que *«consuela a los humildes»* (2 Co 7, 6), *«el Dios de la paciencia y la consolación»* (Rm 15, 5). En su oración, pide el consuelo de Dios para los cristianos de Tesalónica:

«Que nuestro Señor Jesucristo, y Dios nuestro Padre, que nos amó y gratuitamente nos concedió un consuelo eterno y una feliz esperanza, consuele vuestros corazones y los afiance en toda obra y palabra buena»[94].

El Apóstol entiende este consuelo como una renovación de la esperanza, que considera a la Escritura una de sus principales fuentes:

«Porque todas las cosas que ya están escritas fueron escritas para nuestra enseñanza, con el fin de que mantengamos la esperanza mediante la paciencia y la consolación de las Escrituras»[95].

Comentaremos más adelante el texto principal de san Pablo sobre este asunto, en el capítulo primero de la segunda Carta a los Corintios.

Volviendo a un pasaje de Isaías que presenta a Dios como quien *«enjugará las lágrimas de todos los rostros»* (Is 25, 8), los últimos capítulos del libro del Apocalipsis (que es principalmente un mensaje de consuelo y esperanza para la Iglesia perseguida)

ofrecen un magnífico pasaje sobre la consolación que Dios concederá al llegar su Reino y la venida de la nueva Jerusalén:

«Vi un cielo nuevo y una tierra nueva, pues el primer cielo y la primera tierra desaparecieron, y el mar ya no existe. Vi también la ciudad santa, la nueva Jerusalén, que bajaba del cielo de parte de Dios, ataviada como una novia que se engalana para su esposo. Y oí una fuerte voz procedente del trono que decía: “Esta es la morada de Dios con los hombres: habitará con ellos y ellos serán su pueblo, y Dios, habitando realmente en medio de ellos, será su Dios. Y enjugará toda lágrima de sus ojos; y no habrá ya muerte, ni llanto, ni lamento, ni dolor, porque todo lo anterior ya pasó”. El que estaba sentado en el trono dijo: “Mira, hago nuevas todas las cosas”»[96].

EL MESÍAS SUFRIENTE Y CONSOLADOR

Un hecho merece destacarse cuando consideramos el libro de Isaías. La aparición del tema de la consolación en la segunda parte del libro (a partir del capítulo 40 que comienza con las palabras *«Consolad, consolad a mi pueblo...»*) coincide con la de otro tema muy importante: la imagen del «Siervo sufriente», este misterioso personaje elegido por Dios, revestido de la unción del Espíritu Santo para liberar a los cautivos y ser luz de las naciones, pero también golpeado por la humillación y el sufrimiento: *«Despreciado y rechazado de los hombres, varón de dolores y experimentado en el sufrimiento [...]. Fue maltratado, y él se dejó humillar, y no abrió la boca; como cordero llevado al matadero»*[97].

Este personaje representa a la comunidad de Israel, pero prefigura también el mesianismo sufriente que se cumplirá en la persona de Cristo. Por los sufrimientos que aceptó, es portador de una gracia de consuelo y de paz:

«El Señor me ha dado una lengua de discípulo para saber alentar al abatido con palabra que incita» (50, 4).
«El castigo, precio de nuestra paz, cayó sobre él, y por sus llagas hemos sido curados» (53, 5).

La presencia simultánea en el segundo Isaías de los dos temas que acabamos de mencionar nos revela una cosa fundamental: la fuente de toda consolación verdadera se encuentra en el misterio de la Pasión del Señor. Gracias a los sufrimientos y a la cruz de Cristo, no hay ya ninguna pena ni sufrimiento humanos que no puedan recibir consuelo y paz, para quien se acerca con confianza a Jesús o se deja visitar por él. Es solo en Jesús donde toda persona que atraviesa una prueba encontrará, en última instancia, el consuelo y la paz que necesita. Como dirá la Epístola a los Hebreos, *«por haber sido puesto a prueba en los padecimientos, es capaz de ayudar a los que también son sometidos a prueba»*[98]. *«Porque no tenemos un sumo sacerdote que no pueda compadecerse de nuestras debilidades, sino que, de manera semejante a nosotros, ha sido probado en todo, excepto en el pecado»*[99].

Me parece que también se puede considerar lo siguiente: la consolación divina no es algo que vendrá simplemente después de la prueba, poniendo fin a esta; como si el sufrimiento y el consuelo fuesen cosas opuestas e independientes una de otra. Es más

conveniente verlas diciendo que el consuelo nace en el seno mismo de la prueba, cuando esta es aceptada en la fe y vivida en comunión con el Señor. La cruz es una realidad cruel y brutal, pero derrama ríos de paz y tranquilidad sobre quienes la contemplan con fe, reconociendo en ella la señal indudable del amor y la fidelidad de Dios.

¿QUÉ LÁGRIMAS RECIBIRÁN CONSUELO?

Quizá hubiésemos debido comenzar este capítulo por esa cuestión, pero quisiera ahora mencionarla en esta segunda Bienaventuranza: ¿de qué lágrimas se trata? ¿Qué llantos serán objeto del consuelo divino?

Varias respuestas son posibles, por supuesto.

Hablemos en primer lugar de las lágrimas del arrepentimiento. Cuando el corazón humano es tocado por la gracia del arrepentimiento, cuando toma conciencia de la gravedad de su pecado, cuando constata su orgullo, su dureza de corazón, su egoísmo, etc., y se pone a llorar sinceramente sus pecados, recibe muy pronto una gracia de consuelo y de paz. El arrepentimiento verdadero me impulsa a arrojarme a los pies del Señor para invocar su misericordia; no tardo entonces en gustar su perdón y su ternura, y las lágrimas del arrepentimiento purifican y liberan mi corazón. La pecadora del Evangelio que se arrojó a los pies de Jesús, los regó con sus lágrimas, los ungió con perfume y los secó con sus cabellos, recibió un inmenso consuelo cuando el Señor le dijo: «*Tus pecados quedan perdonados... Tu fe te ha salvado; vete en paz*»[\[100\]](#).

«Quien llora su pecado es más grande que quien resucita a los muertos», decían los Padres del desierto. Comparan las lágrimas con un nuevo bautismo en el que el corazón se lava de sus faltas. «Ellas lavan el corazón, purifican los miembros, curan el alma enferma»[\[101\]](#).

Esas lágrimas procuran el consuelo de experimentar la infinita misericordia del Señor, su ternura de padre que acoge al hijo pródigo. Otorgan el alivio de sentirse lavado y purificado, reconciliado consigo mismo, y la paz de constatar que, «*aunque el corazón nos reproche algo, [...] Dios es más grande que nuestro corazón*» (1 Jn 3, 20). La misericordia de Dios será siempre mayor que mi pecado, y «*donde se multiplicó el pecado, sobreabundó la gracia*» (Rm 5, 20).

Llorar nuestro pecado es una gran gracia. Claro que no se puede medir el arrepentimiento únicamente por un criterio sensible; el arrepentimiento consiste en reconocer verdaderamente las faltas y en la voluntad de corregirse. Dicho esto, cuando las lágrimas que derramamos son tan reales como las de san Pedro tras sus negaciones, eso es un inmenso beneficio. Hay que pedir esta gracia que logra fundir la dureza de nuestros corazones.

Otra clase de llantos que serán seguidos también por el consuelo son las lágrimas de la compasión. «*Llorad con los que lloran*», nos dice san Pablo[\[102\]](#). Emocionarse y conmoverse por el sufrimiento de otro, de una manera que nos mueve a cuidarle, conlleva también un gran consuelo. La compasión, si no se contenta con ser un

sentimiento, sino que se convierte en un amor efectivo que se inclina hacia el otro, hace nacer en nosotros la alegría de amar gratuitamente. «*Mayor felicidad hay en dar que en recibir*», dice una frase del Señor que nos transmite san Pablo[103]. Y Jesús nos dice: «*Cuando des un banquete, llama a pobres, a tullidos, a cojos y a ciegos; y serás bienaventurado, porque no tienen para corresponderte*»[104]. Con mucha frecuencia, consolando a los demás queda uno mismo consolado.

A veces, las lágrimas son ya ellas mismas un consuelo, cuando provienen del amor, cuando el corazón de la persona es tocado por la ternura de Dios hasta el punto de no poder contener el llanto. Un día, una hermana de Teresa de Lisieux la encuentra en un gran recogimiento. «¿En qué piensas?», le pregunté. “Medito el *Pater*”, me respondió ella. “¿Es tan dulce llamar al Buen Dios nuestro Padre!...” Y se le llenaron de lágrimas los ojos»[105].

El don de lágrimas es considerado en el Oriente cristiano como uno de los más preciados carismas y un signo de la presencia del Espíritu Santo. Se cita el caso de san Arsenio, anciano senador romano convertido en monje en Egipto en el siglo V, que tenía los párpados hinchados y había perdido las pestañas a fuerza de llorar, pues no cesaba de orar vertiendo lágrimas, tanto en una dulce y silenciosa alabanza como en la intercesión por todo el sufrimiento del mundo. Los santos no lloran por ellos mismos, lloran por el sufrimiento de los hombres, lloran porque Dios no es bastante amado. «*Ríos de agua derraman mis ojos porque no observan tu Ley*»[106]. Estas lágrimas contienen ya un cierto consuelo, pues son expresión de un amor muy puro.

EL PADRE DE LAS MISERICORDIAS Y DIOS DE TODA CONSOLACIÓN

Volvemos ahora un poco atrás para desarrollar más el consuelo relativo a otra clase de lágrimas distintas de esas por las que hemos comenzado nuestra reflexión sobre la segunda bienaventuranza: las que nacen de la aflicción y el sufrimiento. Vamos a interesarnos por el más importante de los pasajes de san Pablo donde aparece Dios que consuela a los que son probados, el primer capítulo de la segunda carta a los Corintios. Ese texto merece una lectura atenta.

Después del saludo usual, la carta presenta en el versículo 3 un himno de acción de gracias, en el estilo típico de las oraciones judías de bendición, donde Pablo da gracias a Dios por la consolación que ha recibido tras un tiempo de prueba. Da a Dios uno de los títulos más bellos que se encuentran en la Escritura: «*Padre de las misericordias y Dios de toda consolación*» (v. 3).

«Bendito sea el Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo, el Padre de las misericordias y Dios de toda consolación, que nos consuela en todas nuestras tribulaciones, para que también nosotros seamos capaces de consolar a los que se encuentran en cualquier tribulación».

Hay que ir al versículo 8 para comprender las razones que tiene Pablo para alabar así al Señor. Es ahí donde alude a una prueba muy dolorosa que le vino en Asia (la

provincia romana de Asia, en el oeste de la Turquía actual) y de la que ha sido librado: *«No queremos que ignoréis, hermanos, la tribulación que nos sobrevino en Asia, porque nos vimos abrumados hasta el límite, por encima de nuestras fuerzas, tanto, que ya no esperábamos salir con vida. Es más: aun dentro de nosotros hemos sentido la sentencia de muerte»*. Sorprendentemente, Pablo no da ningún detalle sobre esta prueba extrema, por encima de sus fuerzas (¡lo que no es nada, conociendo al personaje!) y que ha estado a punto de costarle la vida. ¿Enfermedad? ¿Malos tratos o lapidación? ¿Comparecencia ante un tribunal que pudiera condenarle a muerte, a la que escapó por poco? No se sabe. Un periodista de hoy hubiera escrito páginas y páginas sobre el suceso, pero Pablo no es de esas personas que se apiadan de sí mismas, hacen una tragedia de su vida y adoptan el papel de víctima, como es la moda de algunos en la época actual. Si comparte esta prueba, es únicamente para animar a los creyentes que están a su cargo, testimoniarles la fidelidad de Dios y los beneficios que pueden nacer de la tribulación.

El primer aspecto benéfico, que el Apóstol pone en evidencia en este sufrimiento, es que le ha permitido *«que no confiásemos en nosotros mismos sino en Dios, que resucita a los muertos»*. La prueba nos ha dado la medida de nuestros límites y nos invita a apoyarnos solo en Dios.

La frase siguiente —*«Él nos libró de un peligro mortal, y seguirá librándonos. En Él tenemos puesta la esperanza de que continuará librándonos»*— evoca otro fruto de la prueba atravesada por Pablo: al tener la experiencia de la fidelidad de Dios que le ha librado, se fortalece su esperanza para el futuro.

El pasaje concluye en el versículo 11: *«Cooperando también vosotros con la oración a favor nuestro, para que la gracia que se nos concedió por las plegarias de muchos, sea agradecida por muchos en nuestro nombre»*. Este versículo muestra que Pablo tiene conciencia de que, si ha sido librado en esta prueba, es sin duda gracias a la oración de la comunidad cristiana, y la invita a dar gracias. Ha comprendido mejor hasta qué punto tenemos necesidad de la oración de unos por otros en los tiempos difíciles; su comunión en la oración con los demás creyentes se ha fortalecido también, después de su experiencia de tribulación y liberación.

Nos remontamos ahora al principio de la acción de gracias de san Pablo, en el versículo 3, donde descubriremos otros frutos de su prueba:

«Bendito sea el Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo, el Padre de las misericordias y Dios de toda consolación, que nos consuela en todas nuestras tribulaciones, para que también nosotros seamos capaces de consolar a los que se encuentran en cualquier tribulación, mediante el consuelo con que nosotros mismos somos consolados por Dios. Porque, así como abundan en nosotros los padecimientos de Cristo, así abunda también nuestra consolación por medio de Cristo. Pues, si somos atribulados, es para consuelo y salvación vuestra; si somos consolados, es para vuestro consuelo, que muestra su eficacia en la paciencia con que soportáis los mismos sufrimientos que nosotros».

Pablo ha sido liberado y consolado por Dios, y experimenta que este consuelo recibido de Dios le da la capacidad de consolar a otros en cualquier tribulación. Un hermoso fruto de comunión y caridad nace de lo que él ha vivido. Todo lo que él vive, sea tribulación o consuelo, no es solo para él, sino también para los demás. Hay algo

aquí que me parece muy bello e importante. El hecho de pasar por la prueba nos permite comprender y reconfortar a los demás en sus propias dificultades. Una gracia de compasión y de empatía nace de la prueba. Solo quien ha pasado por el sufrimiento puede comprender y consolar a los demás.

Aunque Dios permite a veces que pasemos por tiempos dolorosos, es para que conozcamos nuestras limitaciones y pobreza, pero más aún para ayudarnos a comprender a los demás, para que no juzguemos desde fuera, sino que adquiramos una proximidad interior con los que son probados.

La experiencia muestra que toda persona que atraviesa un tiempo de gran prueba vive una cierta soledad: el sufrimiento nos pone al margen de la vida «normal». Los demás van bien, son felices, festejan, y yo estoy solo con mis problemas... Lo que más reconforta a la persona que experimenta este sentimiento de soledad es que alguien pueda decirle: «Te comprendo, yo sé lo que es eso; yo también he pasado por ahí...». No digo que sea obligado pasar por todos los sufrimientos de la vida para comprender a los demás, pero es necesario conocer al menos algunos. Saber lo que es encontrarse caído, solo, miserable, impotente y desolado... Entonces, se puede uno acercar a otro con un lenguaje y actitud verdaderos. No hemos de ser como esos falsos consoladores, a imagen de los amigos de Job, que, con el pretexto de consolarte, vienen a darte lecciones y hacen tu carga más pesada aún. Hemos de ser, por el contrario, personas capaces de adoptar la actitud justa, de callarse cuando hay que callarse, de encontrar las palabras apropiadas para animar al otro cuando la palabra es posible. No es fácil situarse de manera justa ante quien sufre. A veces, el sufrimiento nos da miedo; a veces, somos torpes y solo conseguimos herir más con nuestras palabras... Pasar como Pablo por una dolorosa prueba, y tener la experiencia de la fidelidad de Dios, es una preciosa escuela para comprender y ayudar eficazmente a los demás.

Digamos, en fin, algo sobre el versículo 7: *«Y es firme nuestra esperanza acerca de vosotros, porque sabemos que, así como sois solidarios en los padecimientos, también lo seréis en la consolación»*. Me parece entender otra enseñanza interesante: lo que ha vivido Pablo le ha fortalecido también en su esperanza respecto a los demás. Si atraviesan momentos de sufrimiento, vivirán también tiempos de consolación. Pablo tiene una mirada de esperanza para el sufrimiento de quienes quiere. Eso es muy importante.

Encontrar la actitud correcta ante el sufrimiento de otro no es fácil. A veces, somos indiferentes, pasivos. A causa de nuestros miedos o de nuestros egoísmos, no nos atrevemos a hacernos cargo del sufrimiento de alguien. Nos apartamos y seguimos a lo nuestro, como el sacerdote y el levita en la parábola del Buen Samaritano del Evangelio, que no se ocupan del hombre que han dejado medio muerto los bandidos al borde del camino después de asaltarle (cf. Lc 10, 30-31). A veces, por el contrario, me atrevería a decir que somos demasiado compasivos. El sufrimiento del otro, sobre todo si se trata de una persona a la que queremos, nos desespera y nos desanima.

En Pablo, por el contrario, se encuentra una actitud muy justa en relación con las personas a su cargo. Por una parte, está lleno de ternura y compasión; tenemos muchos

ejemplos en sus cartas: «¿Quién desfallece sin que yo desfallezca? ¿Quién tiene un tropiezo sin que yo me abraza de dolor?»[107]. «Como una madre que da alimento y calor a sus hijos, así, movidos por nuestro amor, queríamos entregaros no solo el Evangelio de Dios, sino incluso nuestras propias vidas, ¡tanto os llegamos a querer!»[108]. «[...] hijos míos, por quienes padezco otra vez dolores de parto, hasta que Cristo esté formado en vosotros»[109].

Pero, por otra parte, Pablo acepta que sus hijos sufran, nunca se desanima o trastorna por eso, tiene siempre una mirada de esperanza ante el sufrimiento del otro, como ante el suyo propio. Sabe que Dios es fiel y que después del tiempo de la prueba vendrá el del consuelo y los frutos.

BUSCAR EL CONSUELO EN DIOS

Muchas veces no recibimos el consuelo divino porque buscamos demasiado el de los hombres. Se encuentra con frecuencia en la Escritura la idea de que Dios solo es verdadero refugio y descanso para quien es probado. «Porque has sido refugio para el débil, refugio para el pobre en su angustia»[110].

No se trata de despreciar toda ayuda humana. Forma parte de la verdadera humildad reconocer que necesitamos la ayuda de los demás. Debemos acoger el apoyo y la ayuda que nos proporciona el prójimo, dejarnos consolar y amar con sencillez y humildad. Pero no hay que buscar eso con avidez, ni reprochar a los demás que no nos comprendan o no nos ayuden como quisiéramos. Dios permite en ocasiones que no encontremos ese apoyo en los demás, para ser él mismo nuestro sostén. En la prueba, es necesario a veces saber callarse, perseverar en la oración, buscar luz y alivio en la palabra de la Escritura, contemplar la cruz de Cristo para encontrar poco a poco un camino de consolación. Más que desahogarnos con los demás, es mejor llorar ante Dios, según las palabras del salmo: «Tú llevas la cuenta de mi vida errante; recoge mis lágrimas en tu odre»[111].

El don de la consolación puede concedérsenos por Dios a través de las personas que él pone en nuestro camino, pero, a veces, es él mismo quien se encarga. El consuelo es verdaderamente una acción propia del Espíritu Santo. No es simplemente algo emocional, sino más profundo: encontrar una paz, una fuerza, una esperanza. Una paz en contraste con lo que hemos vivido en el pasado, una fuerza para hoy, una esperanza para el porvenir. Ser consolado es también comprender que lo que hemos vivido, que parecía un mal, se revela como un bien precioso. Es comenzar a entrar en la acción de la gracia.

CONVERTIRNOS EN CONSOLADORES

La última reflexión que voy a proponer sobre la segunda Bienaventuranza es la importancia de la vocación cristiana como misterio de consolación. Estamos invitados a recibir de Dios la paz que él quiere concedernos, pero no es solo para nosotros mismos, es para que seamos consoladores para todos los que lo necesiten.

Hay una gran necesidad de consuelo en el mundo de hoy, pues hay muchos sufrimientos, a menudo escondidos y silenciados, que no encuentran el alivio al que aspiran. El grito de la Escritura: «*He esperado ser compadecido, pero nada, consoladores, pero no los hallé*»[\[112\]](#), resuena más fuerte que nunca. Pienso que la mayoría de la gente tiene más necesidad de consuelo y aliento que de reproches. Es claro que debemos dar testimonio de la verdad del Evangelio, recordar algunas verdades necesarias, pero ser cristiano no significa dar lecciones continuamente a los demás, es mucho más inclinarse con amor y misericordia ante la angustia del mundo, y devolver la confianza y la esperanza.

Si vivimos plenamente las Bienaventuranzas, estaremos en condiciones de convertirnos en consoladores para todos los corazones rotos. Ese es un aspecto muy hermoso de la vocación cristiana. La Iglesia tiene un ministerio universal de consolación. Está encargada de proclamar a todo hombre y toda mujer las palabras de aliento del Apocalipsis: «*No llores, porque el león de la tribu de Judá, la raíz de David, ha vencido*»[\[113\]](#).

La unción mesiánica, magníficamente descrita en el capítulo 61 de Isaías, reposa en Cristo, en la Iglesia y cada uno de los bautizados, en los sacerdotes de modo particular en virtud de su sacerdocio. Es más urgente que nunca desplegarla, pero, para llegar a eso, es necesario tener un corazón de pobre.

*«El Espíritu del Señor Dios está sobre mí,
porque el Señor me ha ungido.
Me ha enviado para llevar la buena nueva a los pobres,
a vendar los corazones rotos,
anunciar la redención a los cautivos,
y a los prisioneros la libertad;
para anunciar el año de gracia del Señor,
el día de la venganza de nuestro Dios;
a consolar a los que hacen duelo,
a restaurar a los que hacen duelo en Sion
dándoles diadema en vez de ceniza,
óleo de gozo en vez de luto,
manto de alabanza en vez de espíritu abatido».*

[90](#) Sal 118, 82.

[91](#) Sal 125, 5.

[92](#) Is 40, 1-2.

[93](#) Cf. Lc 2, 25-26.

[94](#) 2 Ts 2, 16-17.

[95](#) Rm 15, 4.

[96](#) Ap 21, 1-5.

[97](#) Is 53, 3.7.

[98](#) Hb 2, 18.

- [99](#) Hb 4, 15.
- [100](#) Lc 7, 48. 50.
- [101](#) Matta el Maskine, *L'expérience de Dieu dans la prière*, p.257.
- [102](#) Rm 12, 15.
- [103](#) Hch 20, 35.
- [104](#) Lc 14, 13-14.
- [105](#) Sor Geneviève, *Conseils et Souvenirs*, p. 81.
- [106](#) Sal 118, 136.
- [107](#) 2 Co 11, 29.
- [108](#) 1 Ts 2, 7-8.
- [109](#) Ga 4, 19.
- [110](#) Is 25, 4.
- [111](#) Sal 55, 9.
- [112](#) Sal 69, 21.
- [113](#) Ap 5, 5.

BIENAVENTURADOS LOS MANSOS

«Una cosa pido al Señor, esta solo busco: habitar en la Casa del Señor todos los días de mi vida, para gozar de las delicias del Señor».
(Sal 26, 4)

Ya hemos hablado de la mansedumbre al evocar la figura de Moisés, el hombre más humilde y manso sobre la faz de la tierra, y del término hebreo *anaw*, que significa a la vez pobreza, humildad, mansedumbre.

La mansedumbre es una de las más preciosas expresiones del amor, que por desgracia es muy rara hoy en un mundo tan competitivo y duro como el nuestro. La mansedumbre tiene mucha fuerza para atraer y abrir los corazones.

DIOS, FUENTE DE TODA MANSEDUMBRE

Según hemos dicho, la mansedumbre es ante todo una cualidad divina. Hay en Dios una fuerza, una potencia extrema, un «fuego devorador» (Hb 12, 29), pero simultáneamente hay en Él una infinita mansedumbre, mencionada varias veces en los salmos: «*Alabad al Señor, porque el Señor es bueno. Entonad salmos a su Nombre, porque es amable*»[\[114\]](#). «*Copiosas son tus misericordias, Señor*»[\[115\]](#). Y la Escritura nos invita a experimentarlo: «*Gustad y ved qué bueno es el Señor*»[\[116\]](#).

Dios posee una ternura, una delicadeza que superan todo lo que podemos imaginar, y de la que los santos y místicos han tenido experiencia. San Juan de la Cruz evoca la extrema delicadeza de los toques del Verbo de Dios en su obra *Llama de amor viva*: «¡Dichosa y mucho dichosa el alma a quien tocares delgada y delicadamente, siendo tan terrible y poderoso!»[\[117\]](#).

La mansedumbre es también una nota característica de la acción del Espíritu Santo, que es a la vez fuerza y mansedumbre. San Pablo la enumera en su célebre lista de los frutos del Espíritu, en su Carta a los Gálatas (Ga 5, 23).

El corazón de Jesús es manso y humilde, y en este bello pasaje del Evangelio presenta estas cualidades como las principales de su alma: «*Venid a mí todos los fatigados y agobiados, y yo os aliviaré. Llevad mi yugo sobre vosotros y aprended de mí que soy manso y humilde de corazón, y encontraréis descanso para vuestras almas: porque mi yugo es suave y mi carga ligera*»[\[118\]](#).

Aunque la muchedumbre se apretaba alrededor de Jesús, evidentemente por las curaciones que operaba, también acudía en virtud de esta mansedumbre que tocaba y abría los corazones. Se sabe que, en algunos fariseos y doctores de la ley, sobre todo entre los saduceos, abundaba la arrogancia y la dureza con los pobres y los pecadores, y mostraban un gran desprecio por el pueblo sin instrucción. Por el contrario, el pueblo encontraba en Jesús una actitud del todo opuesta, una acogida llena de bondad. Se ve a veces en el Evangelio a la gente sencilla encantada cuando Jesús reprende a algunos doctores; encontraban así alivio ante el desprecio que estos hacían pesar sobre el pueblo.

Esta mansedumbre de Cristo se menciona con frecuencia en el Nuevo Testamento, en particular por san Pablo: «*Yo personalmente, Pablo [...], os exhorto por la mansedumbre y la benignidad de Cristo...*»[\[119\]](#).

Encuentra su manifestación suprema en el momento de la Pasión, cuando Jesús se deja conducir al suplicio como un cordero que no abre la boca: «*Al ser insultado, no respondía con insultos; al ser amenazado, no amenazaba, sino que ponía su causa en manos del que juzga con justicia*»[\[120\]](#).

El cristiano está invitado a imitar esta mansedumbre de Jesús, asociada a la humildad y la paciencia: «*Por tanto, como elegidos de Dios, santos y amados, revestíos de entrañas de misericordia, de bondad, de humildad, de mansedumbre, de paciencia*»[\[121\]](#). «*Con toda humildad y mansedumbre, con longanimidad, sobrellevándoos unos a otros con caridad*»[\[122\]](#).

Notemos que esta mansedumbre se pide especialmente a quienes dirigen la Iglesia (cf. 2 Tm 2, 25), que tienen la inmensa responsabilidad de ser iconos de Cristo, el Buen Pastor. Nada se opone más a la caridad pastoral, de la que deben dar testimonio, que la dureza, la intransigencia, la cólera.

No se puede practicar la mansedumbre más que asumiendo la que tiene Dios. El contacto con Dios, en particular en la oración, hace que poco a poco el hombre descubra la infinita mansedumbre de Dios y se deje revestir por ella, que elimina progresivamente toda dureza y amargura de su corazón. Solo el contacto íntimo con el corazón de Jesús puede curar la dureza del corazón humano. Se trata de «*revestirse del Señor Jesucristo*», según la hermosa expresión de san Pablo (Rm 13, 14).

«Si tú en tu amor, ¡oh buen Jesús!, no suavizas el alma, siempre perseverará en su natural dureza»[\[123\]](#), dice san Juan de la Cruz.

El corazón humano no puede ser verdaderamente manso si no se deja pacificar por Dios, y liberarse así de sus agitaciones, miedos e inquietudes. Humildad, mansedumbre y paz son frutos del Espíritu que van juntos. Solo el corazón pobre y humilde puede acoger la paz divina y ser artífice de paz a su alrededor. Volveremos sobre esto al hablar de la séptima Bienaventuranza: «*Bienaventurados los pacíficos, porque serán llamados hijos de Dios*».

La mansedumbre de que habla el Evangelio no es blandenguería, ni debilidad, ni dejadez. Supone por el contrario una gran fortaleza interior, para resistir a la ira, a la pasión, para refrenar la violencia en las reacciones. No dejarse arrastrar por la violencia supone una gran valentía. Juana de Arco supo tomar las armas para liberar a su país,

porque era necesario, pero su corazón nunca albergó el odio; cuidaba con amor a los heridos ingleses.

LA TERCERA BIENAVENTURANZA Y EL SALMO 36

La tercera bienaventuranza es de hecho una cita del Salmo 36. Examinar ese salmo nos ayudará a comprenderla mejor:

«Descansa en el Señor y espera en Él. No te irrites por el que prospera en su camino, por el hombre que trama insidias. Desiste de la ira y depón tu enojo, no te irrites, no sea que obres mal; pues los malhechores serán aniquilados, pero los que esperan en el Señor heredarán la tierra. Un poco más y ya no existirá el impío; si observas su puesto, ya no está. En cambio, los mansos heredarán la tierra, y gozarán de una gran paz» (7-11).

Este salmo evoca una cuestión, siempre actual, que se encuentra con frecuencia en el Antiguo Testamento: ¿por qué hay tanta injusticia en el mundo? ¿Por qué a menudo son los malos los que prosperan mientras el justo conoce la desgracia?

El salmo invita a quien se plantea esta situación a no dejarse llevar por la ira y la amargura, pues se hará daño a sí mismo. El triunfo del mal es provisional: quédate tranquilo y confiado, pon toda tu esperanza en el Señor. El mal desaparecerá, los mansos poseerán la tierra y gozarán de una gran paz. Se encuentra en la continuación del salmo esta misma promesa de «poseer la tierra» para los justos (v. 29), para los que esperan en el Señor (v. 34).

Se puede resumir así la invitación del salmo: cualquiera que sea el mal al que te enfrentes, no te turbes ni te enfades. Sé humilde y manso, tranquilo y pacífico, persevera en la práctica del bien que se te pide y pon en Dios tu esperanza. Así triunfarás de todo. Se te dará la tierra en heredad. Eso no quiere decir que no se tenga el derecho (¡y el deber!) de reaccionar, a veces fuertemente, contra la injusticia, pero sin que el corazón se deje invadir por malos sentimientos (irritación, resentimiento, pérdida de esperanza, etc.) que pueden, a fin de cuentas, volvernos injustos y hacernos cómplices de lo que pretendemos combatir.

LA MANSEDUMBRE EVANGÉLICA Y SUS ASPECTOS

Se puede arrojar luz sobre diferentes aspectos de la mansedumbre, en función de lo que se puede oponer al término «mansedumbre».

En cuanto se opone a la *dureza*, la mansedumbre es bondad, ternura, benevolencia, no es ajena a la Bienaventuranza de los misericordiosos.

Es también lo contrario de la *amargura*: estar tranquilo y confiado, no dejarse devorar por las amarguras o rencores ante la injusticia, ante situaciones dolorosas. La mansedumbre se emparenta así con la Bienaventuranza de los limpios de corazón y la de los pacíficos.

La mansedumbre se opone también a la *rigidez*. Es la agilidad de quien acepta las cosas como son, quien no se empeña contra la realidad y los acontecimientos. La docilidad también de quien se deja guiar, de quien no es «cabezota», sino que se deja enseñar y conducir, como evoca el salmo: «*Guía a los mansos en la justicia, enseña su camino a los humildes*»[\[124\]](#). Cosa que la relaciona más bien con la pobreza de espíritu.

¿QUÉ SIGNIFICA «POSEERÁN LA TIERRA»?

La recompensa asociada a la tercera bienaventuranza puede entenderse de varias maneras diferentes.

En un primer sentido, es la promesa de entrar en la Tierra prometida, en el Reino de Dios, la recompensa más general de las Bienaventuranzas, que se encuentra en la primera y en la octava. Cada una de las Bienaventuranzas, a su modo, es una puerta de entrada en el Reino de Dios, en la tierra que «mana leche y miel», la tierra de abundancia, donde se cumplirán en plenitud todas las promesas de Dios y donde serán satisfechos todos los deseos del hombre. Sabiendo que el Reino es Cristo mismo, la verdadera «tierra de los vivos», según la expresión del teólogo ortodoxo Olivier Clément.

El término «tierra», referido al Reino, remite a la Tierra prometida, a menudo evocada como la «tierra del descanso». En ella el pueblo, después de las luchas de su duro éxodo, encontrará el descanso y la paz. «*Hasta que el Señor, vuestro Dios, conceda descanso a vuestros hermanos, y tomen posesión también ellos de la tierra que el Señor, vuestro Dios, va a darles al otro lado del Jordán. Entonces podréis volver cada uno a la heredad que os he dado*»[\[125\]](#).

Un segundo modo de comprender la fórmula «poseerán la tierra» o «recibirán la tierra en heredad» (esta posesión no deriva de un derecho, sino de un don gratuito de Dios), es que la mansedumbre abre los corazones, permite conquistar el corazón humano. Así como el corazón se deja poseer por la dureza y el orgullo, así también la humildad y la mansedumbre tienen el poder de adueñarse de los corazones. Dostoievski, por boca del starets Zósimo, habla así en *Los hermanos Karamazov*:

«Ante ciertas dificultades, y sobre todo ante el pecado, nos preguntamos a veces: ¿hay que recurrir a la fuerza, o más bien al amor humilde? ¡Decidid siempre el amor humilde! Someteréis así al mundo entero. La humildad llena de amor es la fuerza más tremenda de todas: nada puede oponerse a ella».

Una tercera manera de interpretar la posesión de la tierra es esta: para quien vive las Bienaventuranzas, para quien es de corazón humilde, pobre y manso, todo acaba por conducir a su bien. Todo lo que existe en el mundo, todas las circunstancias, felices o desgraciadas, los éxitos y los fracasos, le benefician y contribuyen a su crecimiento. Practicar las Bienaventuranzas conduce a una inmensa libertad. El pobre se convierte en rey y disfruta de la soberana libertad de los hijos de Dios.

Santa Faustina se expresa así en su diario:

«Todo lo que existe sobre la tierra está a mi servicio, los amigos y los enemigos, los éxitos y las adversidades, todo debe contribuir a servirme, se quiera o no. No me preocupo de eso en absoluto. Trato de ser fiel a Dios, de amarlo hasta el olvido completo de mí misma. Él tiene cuidado de mí y combate a mis enemigos»[\[126\]](#).

Esta hermosa realidad fue expresada ya por san Pablo: «*Porque todas las cosas son vuestras: ya sea Pablo o Apolo o Cefas; ya sea el mundo, la vida o la muerte; ya sea lo presente o lo futuro; todas las cosas son vuestras, vosotros sois de Cristo, y Cristo de Dios*»[\[127\]](#).

San Juan de la Cruz cantará a su manera la «realeza cristiana» que se nos otorga por el bautismo:

«Míos son los cielos y mía es la tierra; mías son las gentes, los justos son míos, y míos los pecadores; los ángeles son míos, y la Madre de Dios y todas las cosas son mías, y el mismo Dios es mío y para mí, porque Cristo es mío y todo para mí. Pues, ¿qué pides y buscas, alma mía? Tuyo es todo esto, y todo es para ti. No te pongas en menos ni repares en meajas [sic] que se caen de la mesa de tu Padre. Sal fuera y gloriáate en tu gloria; escóndete en ella y goza, y alcanzarás las peticiones de tu corazón»[\[128\]](#).

LA MANSEDUMBRE SE OPONE A LA VENGANZA

En el Sermón de la Montaña, a continuación de las Bienaventuranzas, se encuentra una invitación paradójica de Jesús, difícil de interpretar, que constituye un ejemplo práctico de la mansedumbre:

«Habéis oído que se dijo: “Ojo por ojo y diente por diente”. Pero yo os digo: no repliquéis al malvado; por el contrario, si alguien te golpea en la mejilla derecha, preséntale también la otra. Al que quiera entrar en pleito contigo para quitarte la túnica, déjale también el manto. A quien te fuerce a andar una milla, vete con él dos. A quien te pida, dale; y no rehúyas al que quiera de ti algo prestado»[\[129\]](#).

¿Cómo interpretar este texto, que nos parece tan fuera de la realidad, en un mundo donde con frecuencia hay que pleitear?

Un primer nivel es relativamente fácil de entender (lo que no quiere decir que sea fácil vivirlo): no hay que responder al mal con el mal. Si se responde al mal con la venganza, el mal no hará más que propagarse y multiplicarse, y yo seré su cómplice. Solo el perdón detiene la propagación del mal. Volveremos sobre esto a propósito de la bienaventuranza de los misericordiosos.

Sin embargo, parece que Jesús quiere ir más lejos.

No es que nos pida practicar siempre literalmente lo que acaba de decir (presentar la mejilla izquierda, no hacer valer los derechos, etc.). Hay situaciones en que es legítimo defenderse (y sobre todo defender a los débiles) contra la agresión y la violencia. A veces es necesario reivindicar nuestros derechos: si he trabajado para un patrón que no me da el salario justo, es normal que me querelle con él.

Pero hay también situaciones en que el Espíritu Santo nos invita a no defendernos, no protegernos, no reclamar nada, dar más de lo que exige la mera justicia, remitiéndonos enteramente a Dios. ¿Por qué eso es necesario a veces?

Una primera razón es que a menudo estamos encerrados en nuestros temores, nuestros mecanismos de defensa y de protección, nuestros cálculos humanos, nuestra avaricia; hay que saber superar eso en algunas ocasiones para encontrar una verdadera libertad.

Además, el Espíritu Santo nos llama en ciertas circunstancias a salir de una lógica de equilibrio y mera justicia, en el sentido habitual del término, para pasar a otro nivel, el de la lucha interior. No debemos oponernos al otro, sino a lo que en nosotros corre el riesgo de convertirse en violencia contra el otro. Para que el mal sea vencido en su esencia, y no simplemente limitado en sus manifestaciones, necesitamos a veces, como el mismo Jesús, aceptar el sufrimiento de un mal, pues es mejor soportar un mal que cometerlo. Al exceso del mal debe responder un exceso de amor. En ocasiones tenemos que aceptar sufrir algunas injusticias, pues si no lo hacemos, seremos nosotros los que acabaremos siendo injustos, al querer exigir siempre lo que estimamos se nos debe. No se trata de una ley general para toda situación, sino de una llamada particular en algunas circunstancias: una llamada a la que todo discípulo de Jesús deberá responder en algunos momentos de su vida.

Debemos ser conscientes de que la justicia humana no puede resolver todos los problemas del mundo. Solo la locura de la caridad pondrá término al mal.

Por amor a Cristo y a nuestro hermano, por nuestra propia conversión, y por amor a la paz, debemos en algunos momentos dejar de lado nuestras exigencias de justicia, aceptar ser perjudicados, juzgados, mal comprendidos, callarnos y remitirnos a Dios, el único que juzga con justicia. Eso nos libra de nuestros cálculos y defensas humanos, y nos permite entrar en la pobreza de abandonarnos totalmente en manos de Dios. Se nos llama a sufrir a veces una injusticia como medio para estar en comunión con Cristo en su Pasión. Solo un exceso de amor puede salvar el mundo. Estamos ya aquí en la bienaventuranza de los que aceptan la persecución, sobre la que volveremos.

MANSEDUMBRE E IRA

Hablar de la mansedumbre nos obliga a decir algo sobre la ira. Uno de los aspectos esenciales de la práctica de la mansedumbre es dominar la ira. Jesús nos invita con fuerza:

«Habéis oído que se dijo a los antiguos: “No matarás”, y el que mate será reo de juicio. Pero yo os digo: todo el que se llene de ira contra su hermano será reo de juicio»[\[130\]](#).

Es normal que a veces nos enfademos, es una de las emociones humanas más comunes. Pero no podemos dar libre curso a la cólera, pues puede llegar a ser un pecado

(uno de los siete pecados capitales, es decir, uno de los que traen consigo otros) y resultar destructiva para los demás y para nosotros mismos. Hay algunas iras santas. Jesús se enfada a veces en el Evangelio, pero nunca para defenderse él, sino para defender a los pequeños o para salvaguardar algunas realidades espirituales esenciales para el hombre, como la santidad del Templo. La cólera de Dios es siempre contra lo que hace daño al hombre. Dios se enfada no para protegerse, sino para proteger al hombre de sí mismo. Tenemos tendencia a canonizar nuestros enfados, a veces bien humanos, pretendiendo que tengan el calificativo de «santas iras». Con el pretexto de defender algo que estimamos esencial, es nuestro amor propio o nuestros intereses lo que, en realidad, estamos tratando de proteger.

De entrada, la cólera es una reacción positiva, una protección de la vida. Es la reacción del animal que defiende su territorio porque lo necesita para sobrevivir. Es también la reacción normal ante la injusticia, pues la necesidad de justicia, de verdad, es esencial a la vida humana. Pero la cólera puede corromperse como algo negativo cuando se expresa en violencia contra el otro, o cuando enmascara un interés egoísta. Cuando se está roído por la ira, se puede hacer daño a los demás, devenir violento, pero también podemos hacernos mucho daño a nosotros mismos. El corazón lleno de ira pierde su paz, su lucidez y su libertad, y eso esteriliza el progreso en el amor. Se puede tener derecho a enfadarse, dice san Pablo, pero es preciso que no se ponga el sol sobre nuestra ira: *«Si os enojáis, no pequéis; no se ponga el sol estando todavía airados, y no deis ocasión al diablo»*^[131]. A veces tenemos derecho a enfadarnos, pero es un deber absoluto irnos a dormir en paz... Es un deber reaccionar contra las injusticias, pero mantener la paz interior es un deber aún mayor. Ese será el contenido de la séptima Bienaventuranza.

¿Cómo manejar nuestras reacciones de ira? En un primer momento debemos tomar conciencia de la cólera, saber explicárnosla a nosotros mismos, identificar los motivos por los que sobreviene en esa ocasión concreta, y a veces hablar de ella con quien puede ayudarnos a recuperar la calma. Las iras silenciadas, guardadas o ahogadas, son destructoras.

En un segundo momento conviene plantearse la siguiente pregunta: ¿cuál es el bien que pretendo defender a través de esta ira? ¿Es un bien real, objetivo, o solo me lo parece, y por eso veo necesario defenderlo? Hay personas, por ejemplo, que se enfadan en una comunidad en cuanto alguien transgrede la regla más nimia; en realidad, con el pretexto de defender la regla, defienden únicamente su necesidad psicológica de seguridad: inconscientemente, están convencidas de que si no se respeta la ley se hundirá el mundo. Y eso no va a pasar. La ley es útil, pero no es ella la que salva el mundo, es la misericordia de Dios. Muy a menudo, los bienes que defendemos con nuestra ira no tienen nada de vitales, son a veces ilusorios y no tenemos ninguna razón seria para enfadarnos o inquietarnos.

Si el bien que nuestra ira pretende defender es objetivo y real, tenemos que plantearnos una segunda pregunta: ¿soy yo el responsable de defender este bien? A veces, enfermamos defendiendo causas que no son de nuestra incumbencia, sino de la de otro. No estamos encargados de salvar el mundo entero. Discernir entre lo que depende o

no de nuestra responsabilidad es con frecuencia delicado, pero indispensable. Hay tareas a las que debemos renunciar para dejarlas al cuidado de otras personas o remitirlas a Dios; no es esa nuestra guerra.

Si el bien que mi enfado pretende defender es legítimo, y soy por tanto responsable, conviene plantearse una última cuestión: ¿cuál es el medio menos violento y menos destructivo para defender ese bien? ¿Qué medio realista, legítimo, a mi alcance, puedo poner para lograr el objetivo? Es la respuesta a estas preguntas la que debe guiar nuestra conducta.

Si sometemos nuestras iras, de manera honesta, a la luz de Dios, y las hacemos pasar confiadamente por el filtro de estas preguntas, llegaremos a gestionarlas de manera sana. La energía que desprende la ira será entonces canalizada para el bien y no para el mal. Un diálogo y una ayuda exterior pueden ser necesarios en estas situaciones, a veces difíciles por nuestras cargas emocionales y nuestras heridas.

También debemos aplicar este sistema a las iras que podamos tener contra nosotros mismos, que habitualmente no son más justificadas que las que nos provocan otros. La mayor parte proceden del orgullo. La mansedumbre con uno mismo es un paso necesario para mostrarse manso con los demás. «Manso es el que sabe sufrir al prójimo y sufrirse a sí mismo», dice san Juan de la Cruz^[132]. Hablaremos de eso en el próximo punto.

Con la gracia de Dios, y dejando al margen algunos primeros movimientos involuntarios, la ira podrá desaparecer poco a poco de nuestra vida: lo cual es un gran beneficio para uno mismo y para los demás. Quedará la confianza, la capacidad de combatir por la justicia, la valentía para salir en defensa de la verdad, pero despojadas de todo componente pasional o violento en el sentido negativo. Y todo irá mejor.

LA MANSEDUMBRE CONSIGO MISMO

También nos enfadamos de vez en cuando con nosotros mismos, lo que habitualmente no está más justificado ni es más productivo que la ira contra los demás. Me gustaría citar solamente a este propósito unas palabras de san Francisco de Sales. Pienso que no se puede encontrar mejor guía para este asunto, que él aborda con gran sabiduría, realismo y humor. Vale la pena leer todo el capítulo que dedica a este tema en su *Introducción a la vida devota*. Me contentaré con algunos pasajes, adaptados a un lenguaje más moderno:

«Una de las mejores prácticas de la mansedumbre, en la cual nos deberíamos ejercitar, es aquella cuyo objeto somos nosotros mismos, de manera que nunca nos enojemos contra nosotros ni contra nuestras imperfecciones, pues si bien la razón quiere que, cuando cometemos faltas, sintamos descontento y aflicción, conviene, no obstante, que evitemos un descontento agrio, malhumorado, despechado y colérico. En esto cometen una gran falta muchos que, después de haberse encolerizado, se enojan de haberse enojado, y sienten despecho de haberlo sentido; porque, por este camino, tienen el corazón amargado y lleno de malestar, y si bien parece que el segundo enfado ha de destruir el primero, lo cierto es que sirve de entrada y de paso a un nuevo enojo, en cuanto la primera ocasión se presente; aparte de que estos disgustos, despechos y asperezas contra sí mismo vienen del orgullo y no tienen otro origen que el amor propio, que se turba y se impacienta al vernos imperfectos.

»[...] Luego, cuando tu corazón caiga, levántalo con toda suavidad, y humíllate mucho delante de Dios por el conocimiento de tu miseria, sin maravillarte de tu caída, pues no nos ha de sorprender que la enfermedad esté enferma, ni que la debilidad esté débil, ni que la miseria sea miserable. Detesta, pues, con todas tus fuerzas, las ofensas que Dios ha recibido de ti, y con gran aliento y confianza en su misericordia, emprende de nuevo el camino de la virtud del que te habías alejado»[\[133\]](#).

¿CÓMO SE ENDURECE EL CORAZÓN DEL HOMBRE?

Adquirir la mansedumbre evangélica supone que estemos atentos para que nuestro corazón no se endurezca. El endurecimiento del corazón es denunciado con frecuencia en la Escritura. ¿Cuáles son sus principales causas? Me parece que se pueden sugerir estas:

— Ante todo, el *orgullo*. Ya lo hemos dicho: tanto como la humildad conduce a la mansedumbre, el orgullo es fuente de dureza. Sobre todo, la peor forma de orgullo, que es el orgullo espiritual: creernos mejores que los demás, atribuirnos a nosotros mismos el bien que hacemos. Hemos ya mencionado la dureza de los fariseos contra el pueblo sencillo. El orgullo, en sus diferentes aspectos (del saber, del poder, de la inteligencia) nos hace duros con los demás. Si mis títulos y mis competencias me llevan a juzgar a los demás, más valdría que no los tuviera.

— Otra fuente fundamental de dureza, según la Escritura, es la *falta de fe* y de confianza en Dios. El capítulo cuarto de la Carta a los Hebreos propone un comentario del Salmo 94, el que contiene el versículo: «¡Ojalá escuchéis hoy su voz! No endurezcáis vuestro corazón». El autor de la carta atribuye claramente este endurecimiento a la incredulidad, a la falta de confianza en Dios y a la desobediencia para con él, que impide «*entrar en el descanso de Dios*», descanso que, sin embargo, Él ha preparado para su pueblo. Nuestras faltas de fe nos quitan la paz, nos hacen prisioneros de nuestros temores y de nuestras inquietudes, y esto nos endurece. Con frecuencia es el miedo lo que endurece y cierra el corazón del hombre, e incluso lo vuelve violento. La confianza y la esperanza, por el contrario, le amansa, le abre, le vuelve disponible y acogedor respecto al otro.

Una sociedad que pierde la fe, donde la gente no tiene ya confianza en Dios, y no tiene más que la vida presente como única esperanza, será una sociedad amenazada de endurecimiento. Eso se ve claro en nuestro mundo occidental moderno. Allí donde desaparece la fe, desaparecen también el amor y la ternura.

— Otra causa de endurecimiento del corazón, contra la que Jesús nos pone fuertemente en guardia, es el *apego al dinero* y a las riquezas materiales. El dinero puede ser un buen servidor, pero es un mal amo. Si el amor al dinero gobierna el corazón del hombre, puede endurecerlo de modo terrible. El ejemplo del rico de la parábola de san Lucas[\[134\]](#), que banquetea a diario con suntuosos vestidos, sin preocuparse por la miseria del pobre Lázaro, que encuentra más compasión en los perros que lamen sus llagas que en el rico, es una punzante ilustración. El apego al dinero y la avaricia provienen con frecuencia del miedo a que nos falte, y de nuestra falta de confianza en la providencia divina. Eso nos lleva a la precedente causa de endurecimiento: el miedo.

Jesús nos pone en guardia en el Sermón de la Montaña contra la preocupación por el mañana, pues sabe que un corazón preocupado e inquieto se endurecerá necesariamente. «No os preocupéis por el mañana, porque el mañana traerá su propia preocupación. A cada día le basta su contrariedad»[\[135\]](#).

— La última causa de endurecimiento del corazón que querría subrayar, extremadamente común también, son los *sufrimientos no aceptados*. La gestión del sufrimiento es evidentemente una cuestión difícil y compleja. Se puede constatar que hay algunas personas a las que la huella del sufrimiento las vuelve humildes, mansas, comprensivas con los demás. Otras, por el contrario, se vuelven amargas y quedan decepcionadas, es decir, se convierten en malas y agresivas, a causa de los sufrimientos padecidos. Todos nos hemos encontrado con esas personas que, porque han sufrido mucho, se creen autorizadas a hacer sufrir a los demás.

Para que el sufrimiento no se convierta en una causa de endurecimiento, es necesario aceptarlo, confiarlo a Dios. Así, le encontraremos poco a poco un sentido y será ocasión para que nos visite el Espíritu Santo. Tenemos derecho a sufrir, pero no tenemos derecho a malearnos o endurecernos a causa de nuestros sufrimientos. De ahí la necesidad de abrimos al consuelo de Dios, que ha sido objeto de la anterior Bienaventuranza.

Para concluir este punto, diré que, de hecho, todas las causas de endurecimiento que acabamos de describir encuentran su raíz última en una falta de fe y confianza en Dios. Se comprende la insistencia de Jesús sobre la fe.

[114](#) Sal 134, 3.

[115](#) Sal 118, 156.

[116](#) Sal 33, 9.

[117](#) Canción 2, 17.

[118](#) Mt 11, 28-30.

[119](#) 2 Co 10, 1.

[120](#) 1 P 2, 23.

[121](#) Col 3, 12.

[122](#) Ef 4, 2.

[123](#) Dichos de luz y amor 30.

[124](#) Sal 24, 9.

[125](#) Dt 3, 20.

[126](#) Pequeño diario, n. 1719.

[127](#) 1 Co 3, 21-23.

[128](#) Dichos de luz y amor, 26.

[129](#) Mt 5, 38-42.

[130](#) Mt 5, 21-22.

[131](#) Ef 4, 26-27.

[132](#) Dichos de luz y amor, 175.

[133](#) *Introducción a la vida devota*, III, cap. IX.

[134](#) Lc 16, 19-31.

[135](#) Mt 6, 34.

BIENAVENTURADOS LOS QUE TIENEN HAMBRE Y SED DE JUSTICIA

«Buscad al Señor todos los humildes de la tierra, que cumplisteis sus mandatos.
Buscad la justicia, buscad la humildad».
(So 2, 3)

«Mi alma está sedienta de Dios, del Dios vivo. ¿Cuándo podré ir a ver el rostro de Dios?».
(Sal 41, 3)

«Abro la boca y aspiro el aliento, pues ansío tus mandatos».
(Sal 118, 131)

La justicia de que se trata en esta cuarta Bienaventuranza, aunque incluye el sentido habitual del término (justicia en las relaciones entre los hombres), posee además en la Escritura un significado mucho más amplio.

La justicia es en primer lugar una cualidad divina, que canta a menudo la Biblia: «*El Señor es justo en todos sus caminos, misericordioso en todas sus acciones*»[\[136\]](#). Dios no hace acepción de personas, sino que trata a cada uno con una equidad absoluta. Esta justicia divina es una exigencia para el hombre, que debe mantenerse en verdad ante Dios sin escapatoria posible, pero es también una gran fuente de confianza: decir que Dios es justo significa que es fiel, que su amor no podrá jamás decepcionarnos, que tiene en cuenta lo que somos, nuestra buena voluntad, así como nuestras limitaciones. «Espero tanto de la justicia de Dios como de su misericordia», dirá Teresa de Lisieux[\[137\]](#).

Decir que Dios es justo es también afirmar que, fiel a su amor y a su verdad, es el Dios que quiere salvar al hombre. Justicia y salvación están con mucha frecuencia asociadas, como sinónimas: «*No he escondido tu justicia dentro de mi corazón; he proclamado tu fidelidad y tu salvación, no he ocultado tu bondad y tu lealtad a la gran asamblea*»[\[138\]](#).

El Dios justo es el Dios que justifica, el Dios salvador. En las cartas de san Pablo, la justicia designa la justificación, el acto gratuito por el que Dios concede su gracia al pecador para transformarlo y revestirlo de su propia santidad.

EL DESEO DE SANTIDAD

Aplicado al hombre, el término justicia se refiere sobre todo a su relación con Dios: el hombre justo, el *tzadik*, es quien tiene una relación verdadera con Dios, quien practica

con amor la ley del Señor, quien responde plenamente a lo que Dios espera de él. En este sentido, la justicia no es otra cosa que la santidad. Con todo, hay que subrayar que la revelación bíblica, en el Antiguo, pero aún más en el Nuevo Testamento, insiste mucho en la unión profunda que hay entre la verdad de la relación con Dios y la justicia con el prójimo. Se podrían citar muchos textos, como el pasaje de Isaías que nos recuerda que el ayuno que agrada a Dios es «*romper las cadenas de la iniquidad, soltar las ataduras del yugo, dejar libres a los oprimidos, y quebrar todo yugo*» (Is 58, 6), o el capítulo 25 del evangelio de san Mateo sobre el juicio final, donde Jesús afirma que todo lo que hagamos —o dejemos de hacer— al más pequeño de nuestros hermanos, es a Él a quien lo habremos hecho o dejado de hacer. Una relación con Dios que no se concreta en justicia y amor al prójimo es una ilusión o una pura mentira. La justicia con el otro mide exactamente la calidad de nuestra relación con Dios. Las dos realidades son absolutamente inseparables, ya en el Antiguo Testamento. Y esa unión se hace aún más fuerte por el misterio de la Encarnación y las palabras de Jesús.

El primer aspecto del hambre y sed de justicia no es pues otra cosa que un verdadero deseo de santidad, que se expresará en un indisociable amor a Dios y al prójimo: «¡No quiero ser santa a medias!», decía Teresa de Lisieux [\[139\]](#) .

Eso supone un deseo sincero de conversión. Deseo que no es solo sentimental, sino que implica determinación y valor: aceptar dejarse trabajar por Dios, y por todos los medios que él emplea en su sabiduría misericordiosa: dejarse trabajar por su Palabra, por los sucesos de la existencia, por los demás...; aceptar ser a veces como la piedra de la montaña que se deja arrastrar por el torrente y frotar por los otros guijarros, o se deja caer a izquierda y derecha para llegar a estar bien lisa y pulida; ser la piedra que se deja tallar por el cantero para ajustarse bien en el edificio a que está destinada. La sed de justicia es una sed de dejarse ajustar: ajustarse a Dios y a los demás, lo cual exige consentir un trabajo muchas veces doloroso.

DESEAR LA SALVACIÓN PARA TODOS

Si tomamos la palabra justicia en el segundo sentido que mencionamos más arriba, el hambre y la sed de justicia es el deseo ardiente de que Dios nos salve a todos.

Uno de los más bellos textos del Antiguo Testamento que expresa el deseo de esta salvación de Dios es el pasaje de los capítulos 61 y 62 de Isaías. Allí resulta claro que la justicia deseada y esperada es infinitamente más rica que una cuestión social —aunque esta no puede ser descuidada—, pues la justicia es la obra divina de salvación en favor del hombre, cantada en términos espléndidos, como las bodas entre el Esposo y la esposa:

«Reboso de gozo en el Señor, y mi alma se alegra en mi Dios, porque me ha vestido con ropaje de salvación, me ha envuelto con manto de justicia, como novio que se ciñe la diadema, como novia que se adorna con sus joyas. Lo mismo que la tierra echa sus brotes, y el huerto hace germinar sus semillas, así el Señor hace germinar la justicia y la alabanza ante todas las naciones...» (Is 61, 10-11).

«Serás corona gloriosa en la mano del Señor, diadema real en la palma de tu Dios. Ya no te dirán más: “Abandonada”, ni de tu tierra dirán ya “Desolada”, sino que te llamarán: “Mi-delicia-está-en-ella”, y a tu tierra: “Desposada”, porque el Señor se ha complacido en ti, y tu tierra tendrá esposo. Como un joven se desposa con una virgen, contigo se desposará tu constructor, y como se alegra el novio con la novia se deleitará en ti el Señor» (Is 62, 3-5).

En este contexto, el hambre y la sed de justicia son pues el deseo de que venga por fin, en todo su esplendor, el Reino de Dios. Deseo con el que termina la Escritura en el libro del Apocalipsis:

«El Espíritu y la esposa dicen: “¡Ven!” Y el que oiga, que diga: “¡Ven!” Y el que tenga sed, que venga; el que quiera que tome gratis el agua de la vida» (Ap, 22, 17).

Deseo que se resume y se expresa, algunas líneas después, con el «*¡Maranatha, ven Señor Jesús!*», que repetimos en cada eucaristía.

El hambre y sed de justicia, el deseo del Reino, lejos de ser una espera pasiva, supone un compromiso en el anuncio del Evangelio y la transformación de la sociedad, según la vocación propia de cada uno. Implican también una perseverancia en la oración, una presión amorosa a Dios para que apresure los tiempos. La oración de la Iglesia, como la de la Virgen en Caná, tiene el poder de adelantar la hora de la gracia, como alude san Pedro en su segunda carta: «*¡Cuánto más debéis llevar vosotros una conducta santa y piadosa, mientras aguardáis y apresuráis la venida del día de Dios!*»[\[140\]](#).

Como dice Isaías en los capítulos ya mencionados, tener hambre y sed de justicia significa no dejar a Dios reposo hasta que cumpla sus promesas:

«Por amor de Sion no callaré, por amor de Jerusalén no descansaré hasta que su justicia despunte como la aurora, y su salvación arda como una antorcha» (Is 62, 1).

«Sobre tus murallas, Jerusalén, he puesto centinelas. Ni de día ni de noche, jamás callarán. Los que invocáis al Señor no toméis descanso. No le deis descanso hasta que restaure y haga de Jerusalén la alabanza de la tierra» (Is 62, 6).

Dios mismo nos pide que no le dejemos en paz hasta que sus promesas de salvación se realicen totalmente.

Se encuentra este conmovedor pasaje en las Lamentaciones de Jeremías, después de la destrucción de Jerusalén por los babilonios:

«¡Clama al Señor con todo el corazón, por la muralla de la hija de Sion! Que corran torrentes de lágrimas día y noche. No te permitas descanso, ni tengan tregua las niñas de tus ojos. ¡Levántate! Grita en la noche cuando empiezan los turnos de centinela. Que tu corazón se derrita como agua en la presencia del Señor. Alzale tus manos por la vida de tus niñitos, que desfallecen de hambre en la esquina de cada calle» (Lm 2, 18-19).

Se encuentran de nuevo aquí las lágrimas de compasión y súplica de las que hemos hablado en la Bienaventuranza de los afligidos.

Una de las expresiones más auténticas de la sed de justicia es pues la oración incesante. Eso nos lo recuerda la conclusión de la parábola de la viuda inoportuna del Evangelio, esta pobre viuda que terminó por obtener, a fuerza de insistir, que un juez que no temía a Dios ni a los hombres se ocupase de su causa. Jesús propone esta parábola para exhortar a «*orar siempre y no desfallecer*», y la concluye con estas palabras:

«¿Acaso Dios no hará justicia a sus elegidos que claman a Él día y noche, y les hará esperar? Os aseguro que les hará justicia sin tardanza. Pero cuando venga el Hijo del Hombre, ¿encontrará fe sobre la tierra?» (Lc 18, 7-8).

Cuando pedimos a Dios que nos haga justicia, no hay que entenderlo como una llamada para que castigue a los que nos perjudican, sino más bien para que apresure nuestra conversión personal: ¡Señor, no es justo que yo te ame tan poco, siendo Tú merecedor de ser tan amado! No es justo que yo ame tan poco a mi prójimo, que tiene tanta necesidad de amor. Hazme por fin justicia. Es decir, ven a convertirme y transforma mi corazón, abrasándolo de amor por ti y por el prójimo.

EL DESEO DE VERDAD

La sed de justicia es una sed de conversión, de transformación interior. No tanto en busca de perfección personal como guiada por la voluntad de responder al deseo de Dios. Incluye las lágrimas de arrepentimiento de las que hablamos en la segunda Bienaventuranza.

Me parece que una expresión importante de esta sed de conversión es el deseo de verdad. Hemos de rechazar toda forma de ilusión, renunciar a engañarse a uno mismo, dejarnos de compromisos y de «más o menos» en lo que concierne a nuestra vida con Dios y con los demás. Hemos de aceptar poner toda nuestra vida bajo la mirada de Dios. Hemos de tener el valor de la verdad. La pequeña Teresa de Lisieux decía, unos momentos antes de su muerte: «¡No he buscado más que la verdad!»[\[141\]](#). La experiencia muestra que las personas que progresan más en la vida espiritual no son forzosamente las más virtuosas o las más dotadas, sino las que tienen mayor exigencia de verdad sobre ellas mismas y ponen medios concretos para estar en verdad ante Dios: oración, examen, confrontación de la propia vida con la Escritura, acompañamiento espiritual, tiempos de retiro, etc. Lo grave no son nuestras heridas o nuestras faltas, sino negarnos a ponerlas bajo la mirada de Dios.

La exigencia de verdad supone pobreza de corazón y humildad, tratadas ya en la primera Bienaventuranza. El que es humilde acoge la verdad, acepta ponerse en entredicho cuando es necesario. El orgullo, por el contrario, es una de las principales causas de ceguera. Acoger la verdad supone someterse a algo que está por encima de nosotros, que nos supera. Pero solo la verdad nos hace libres, como afirma Jesús en el evangelio de san Juan (Jn 8, 32).

¿CUÁL ES MI DESEO MÁS PROFUNDO?

Una cuestión que plantea la cuarta Bienaventuranza es la pregunta siguiente: ¿cuál es tu deseo más profundo?

El hambre y la sed son la imagen del deseo humano, en lo que tiene de más vital y más esencial. Conviene preguntar a nuestro corazón: ¿cuál es tu deseo más profundo? ¿De qué tengo yo verdaderamente hambre y sed? ¿Cuál es el deseo que unifica mi vida?

Es normal que tengamos muchos deseos. Pero nos pueden dispersar, es decir, dividirnos, y el cumplimiento de nuestros deseos puede conducirnos a *impasses* o decepciones. De una parte, habrá un discernimiento para optar entre nuestros diferentes deseos, entre los que vienen de la «carne» (nuestro psiquismo herido) o los que provienen del «espíritu» (las aspiraciones auténticas que van en el sentido de nuestro verdadero bien, los deseos que despierta en nosotros el Espíritu Santo, etc.), por decirlo con palabras de san Pablo.

De otra parte, entre nuestros diferentes deseos, es preciso que uno de ellos dé la nota dominante que pueda reunir y unificar a todos los demás. Se encuentra esta hermosa petición en un salmo: «*Enséñame, Señor tu camino, para que ande en tu fidelidad. Haz mi corazón sencillo, para que tema tu Nombre*»[\[142\]](#), y Jesús nos dice en el Evangelio: «*El que no recoge conmigo, desparrama*»[\[143\]](#). Quien no orienta hacia Dios su deseo corre el riesgo de desparramarse, de dispersarse.

Dichoso aquel cuyo deseo más profundo no se limita a una ambición humana, sino que consiste en el deseo de santidad, el deseo de agradar a Dios y de hacer su voluntad, el deseo de amar a Dios y al prójimo con todo su corazón. Lo que desea le será concedido y se verá colmado.

Una de las cuestiones esenciales en cuanto al deseo es esta: ¿cómo mantener vivo un deseo de santidad, un deseo de Dios? Este deseo puede desaparecer... Se ven religiosos que desean ardientemente la santidad en el noviciado, y, cuarenta años más tarde, solo tienen como única ambición mantener una dulce mediocridad. La cuestión es evidentemente compleja. Me parece que una de las principales razones de la pérdida del deseo es la falta de fidelidad a la oración: es gracias al contacto fiel con Dios como el deseo puede mantenerse o despertarse si es necesario. Además de por la oración, como toda llama, el deseo debe mantenerse y alimentarse por la lectura, los actos gratuitos de amor, los sacrificios aceptados, y también se alimenta al compartirse con otros creyentes, etc.

Otra gran razón de la extinción del deseo es el desaliento: la experiencia cotidiana de mi miseria y mi pobreza puede a veces conducirme a renunciar a toda ambición de santidad. El remedio es entonces la humildad, reconocer mi impotencia, junto a una audaz esperanza y una confianza ciega en la misericordia y el poder de Dios.

Todo el proceso de la vida espiritual es una purificación del deseo, en dos aspectos: en su objeto y en su fundamento. De una parte, se trata de que el deseo del alma se unifique con el deseo de Dios, dejando poco a poco de lado toda aspiración ajena a la voluntad divina; y de otra parte, se ha de lograr que el fundamento del deseo no sea ya la

confianza en nuestras posibilidades humanas, sino únicamente la esperanza en la misericordia de Dios, hasta «*esperar contra toda esperanza*», según las palabras de san Pablo (Rm 4, 18). Cuanto más miserable y pobre me veo, más lo espero todo con fe de la misericordia infinita de Dios.

Este deseo no es siempre sensible, por supuesto, y no hay que inquietarse. Nos gustaría sentir siempre deseos ardientes. Todo sería más fácil. Pero esto no es posible, ni deseable. Forma parte de las pruebas normales de la vida espiritual estar a veces seco, pobre y sin deseo, y no poder presentar a Dios más que una humilde buena voluntad. Eso basta. Esta experiencia de pobreza purifica el deseo y lo apoya solo en Dios.

QUE LA SED DE JESÚS SEA NUESTRA SED

Es bueno preguntarse sobre la propia sed, saber orientar y despertar el deseo. Pero hay que tomar conciencia de una cosa: hay una sed mucho más ardiente que todo deseo humano, es la sed que experimenta Dios, la sed del mismo Jesús. La sed que Dios tiene de amarnos, de darse a nosotros. «*Dame de beber*», dijo Jesús a la Samaritana, y antes de expirar, dirá: «*¡Tengo sed!*» (Jn 19, 28). «Dios no necesita nuestras obras, sino solamente nuestro amor», dice Teresa de Lisieux[144]. Se sabe también cuánto ha inspirado toda la vida de madre Teresa esta sed de Jesús en la cruz.

Nuestro deseo de Dios no es nada al lado del deseo que Dios tiene de nosotros. Nos ama y nos desea infinitamente, más de lo que podemos desearle y amarle.

Aunque nuestro deseo puede conocer altibajos, el deseo que Dios tiene de amarnos nunca podrá disminuir ni apagarse. Dios querrá siempre, cualesquiera sean nuestras infidelidades y tibiezas, amarnos, dársenos, salvarnos. Es este deseo de Dios el que podrá despertar y estimular el nuestro. Se trata de creer eso, de ofrecernos en eso, sin dejarnos jamás desanimar por nuestra miseria. Creer que Dios quiere unirse a nosotros a pesar de nuestra fealdad y dejarle hacer sencillamente, sin ocuparnos de nosotros mismos. Es él quien, con su mirada, nos hará dignos y nos revestirá de belleza.

Si nos dejamos visitar por el Señor, nos hará participar de su propia sed. Es hermoso constatar en la vida de los santos cómo el corazón humano puede ser devorado por la sed que le comunica Dios, una sed de amor, una sed del Reino, un deseo ardiente de salvar almas, mucho más vivo a veces que las más locas pasiones humanas. Teresa de Lisieux ha vivido eso a la edad de catorce años, poco después de la curación de Navidad, y esta experiencia orientará toda su vida en el Carmelo:

«Él [Jesús] hizo de mí un pescador de almas; sentí un gran deseo de trabajar en la conversión de los pecadores, deseo que no había sentido tan vehemente... El grito de Jesús en la cruz resonaba continuamente en mi corazón: “Tengo sed”. Estas palabras encendían en mí un ardor desconocido y muy vivo... Quería dar de beber a mi Bien Amado y me sentía devorada por la sed de almas. Aún no eran las almas de los sacerdotes lo que me atraía, sino las de los grandes pecadores. Ardía en el deseo de arrancarlas de las llamas eternas»[145].

Pidamos a Jesús que nos comunique sus propios deseos y que venga luego Él mismo a saciarlos. Seremos colmados entonces más allá de toda medida.

Notemos también que cuanta más sed tengamos y vayamos a beber en la fuente del corazón de Dios, más nos convertiremos en fuente para los demás. Jesús lo promete en el evangelio de san Juan:

«En el último día, el más solemne de la fiesta, estaba allí Jesús y clamó: “Si alguno tiene sed, venga a mí; y beba quien cree en mí. Como dice la Escritura, de sus entrañas brotarán ríos de agua viva”» (Jn 7, 37-38).

Así mismo, cuanta más hambre tengamos de Jesús, de la Eucaristía en particular, más viviremos de él, más estaremos en condiciones de ser alimento para los demás. Estamos llamados a responder al hambre y la sed del hombre, tan grandes en la actualidad. *«Dadles vosotros de comer»*, dijo Jesús a los discípulos ante la multitud hambrienta (Lc 9, 13).

REPARAR LA INJUSTICIA DE LA QUE DERIVAN TODAS LAS DEMÁS

En última instancia, la injusticia más profunda que recorre la historia humana es que Dios no sea amado tanto como debería, que sea tan olvidado, tan abandonado. Que el hombre sea tan poco agradecido con su Creador y su Salvador. Que los invitados a las bodas encuentren mil excusas para no responder a la llamada que les dirige[146]. Muy numerosos son los pasajes de la Biblia que expresan el sufrimiento de Dios a causa de su amor despreciado. Pensemos en las palabras de Jeremías: *«Mi pueblo ha cometido dos males: me abandonaron a mí, fuente de aguas vivas, y se cavaron aljibes, aljibes agrietados que no retienen el agua”»*[147]; o en las palabras de Oseas: *«Cuando Israel era niño, Yo lo amé, y de Egipto llamé a mi hijo. Cuanto más los llamaba, tanto más se alejaban de Mí»*[148]. Pensemos también en las lágrimas de Jesús sobre la Ciudad santa: *«¡Jerusalén, Jerusalén!, que matas a los profetas y lapidas a los que te son enviados. ¡Cuántas veces he querido reunir a tus hijos, como la gallina reúne a sus polluelos bajo las alas, y no quisiste!»*[149].

El desprecio del amor y de la misericordia divina es la mayor injusticia, y es lo que se encuentra en la raíz de todas las demás injusticias. Si el hombre es a veces tan duro con su prójimo, es porque no conoce ni ama a Dios. Isaías anuncia el conocimiento de Dios como lo que puede liberar al mundo de la injusticia: *«Nadie hará mal ni causará daño en todo mi monte santo, porque la tierra estará llena del conocimiento del Señor, como las aguas que cubren el mar»*[150].

El hambre y sed de justicia, en lo que tienen de más profundo, es el sufrimiento porque Dios no sea amado. Lo que apenas más a los amigos de Dios no son sus desgracias personales, sino el hecho de que Dios no sea amado. El salmista lo expresa así: *«Ríos de agua derraman mis ojos porque no observan tu Ley»*[151]. «El amor no es amado», decía llorando san Francisco de Asís.

Expresamos esta hambre y sed de que Dios sea reconocido y acogido por lo que Él es, cada vez que recitamos el Padre Nuestro: «Santificado sea tu nombre, venga a nosotros tu Reino».

En última instancia, tener hambre y sed de justicia es desear ardientemente que Dios sea más conocido y amado, es querer responder a la ingratitud de los hombres con un crecimiento en el amor. Querer acoger a Dios por todos los que no le acogen, amar a Dios por todos los que no le aman, confiar en él por todos los que no esperan en Él.

[136](#) Sal 144, 17.

[137](#) Carta 226.

[138](#) Sal 39, 11.

[139](#) Ms A, 10, vº.

[140](#) 2 P 3, 11.

[141](#) *Cuaderno amarillo*, 30 de septiembre 1897.

[142](#) Sal 85, 11.

[143](#) Mt 12, 30.

[144](#) Ms B, 1, vº.

[145](#) Ms A, 45, vº.

[146](#) Ver la parábola de los invitados a las bodas en Mt 22, 1-14.

[147](#) Jr 2, 13.

[148](#) Os 11, 1-2.

[149](#) Mt 23, 37.

[150](#) Is 11, 9.

[151](#) Sal 118, 136.

BIENAVENTURADOS LOS MISERICORDIOSOS

«Sed benévolos unos con otros, compasivos, perdonándoos mutuamente como Dios os perdonó en Cristo»[\[152\]](#).

La quinta Bienaventuranza tiene una estructura particular, que es distinta de las otras: la recompensa prometida (la misericordia) es idéntica a lo que se pide practicar.

Se encuentra una estructura análoga en diferentes pasajes del Evangelio, en particular en el capítulo 6 de san Lucas, que es también una invitación de Jesús a la práctica de la misericordia.

«Sed misericordiosos como vuestro Padre es misericordioso. No juzguéis y no seréis juzgados; no condenéis y no seréis condenados. Perdonad y seréis perdonados; dad y se os dará; echarán en vuestro regazo una buena medida, apretada, colmada, rebosante: porque con la misma medida con que midáis se os medirá»[\[153\]](#).

LAS LEYES DE LA VIDA

Este texto expresa una verdad fundamental. No se trata de castigo y recompensa, sino de algo infinitamente más profundo, de una ley esencial que gobierna la condición humana y de la que conviene tomar conciencia. Ley tan rigurosa como las de la física, podríamos decir.

Existe un vínculo extremadamente profundo entre la relación con Dios y la relación con el prójimo, y el pensamiento bíblico pone en evidencia a menudo esa unión. Cerrar el corazón al hermano es automáticamente cerrarlo a Dios y a su gracia. Abrir el corazón al otro, es ciertamente abrirlo a Dios y a la abundancia de sus bendiciones. La bendición divina sobre mi vida se medirá por mi actitud hacia mi prójimo.

Todo el bien que haga a otro me será devuelto en vida y bendición; todo el mal que haga a otro, lo que diga o incluso piense de él, se volverá contra mí, pronto o tarde, de manera absolutamente cierta. Maldecir a otro, es maldecirse a sí mismo. Detestar o despreciar a otro es destruirse a sí mismo. Acabamos siempre por ser nosotros mismos las víctimas del mal que deseamos o hacemos a los demás.

Es una ley inexorable de la vida. Más vale conocerla y tenerla en cuenta para vivir plenamente en lugar de autodestruirse. Es como la ley de la gravedad. Si se la respeta, se pueden poner satélites en órbita; si no se la respeta, nos aplastamos contra el suelo. Puedo decir personalmente que, cada vez que en mi vida me he permitido juzgar a

alguien, lo he pagado muy pronto por la experiencia dolorosa de mi propia miseria. No estoy aún completamente curado, pero espero que me curaré.

La quinta Bienaventuranza expresa un aspecto particular de esta ley. Cuanto más misericordioso sea yo con mi hermano, más lo será Dios conmigo. «*Ante todo, mantened entre vosotros una ferviente caridad, porque la caridad cubre la multitud de los pecados*», dice san Pedro[154]. Según las palabras de Teresa de Lisieux: «Acordándome de que la caridad cubre la multitud de los pecados, recurro a esta mina fecunda que Jesús me ha abierto»[155], se trata de una mina inagotable que Jesús pone a nuestra disposición para obtener el perdón que tanto necesitamos.

Muchas veces en el Evangelio, Jesús insiste en la relación esencial entre el perdón recibido de Dios y el perdón concedido al prójimo. Dios está pronto a perdonarnos las deudas más enormes, a condición de que estemos dispuestos a perdonar las deudas —tan pequeñas, muchas veces— de nuestros hermanos, como enseña la parábola del acreedor despiadado en el evangelio de san Mateo[156].

Conocemos el contexto de esta parábola. Pedro se acercó al Señor con esta pregunta: «*¿Cuántas veces tengo que perdonar a mi hermano cuando peque contra mí? ¿Hasta siete?*». Pedro esperaba sin duda felicitaciones por parte de Jesús: «Eres un tipo formidable, capaz de perdonar hasta siete veces. Algunos no perdonan nunca, otros dos o tres veces. ¡Fantástico, tú llegas hasta siete, he hecho bien en nombrarte jefe de mis apóstoles!». ¡Pobre Pedro! La reacción de Jesús no será la que él esperaba, sino esta otra: «*No te digo que perdones hasta siete veces, sino hasta setenta veces siete*». El perdón de Dios para nosotros no tiene límites; el nuestro no debe tampoco tenerlos. Sed misericordiosos como vuestro Padre es misericordioso.

La quinta Bienaventuranza, bien entendida, toca todos los aspectos de la misericordia, no solo la cuestión del perdón. Se aplica a todas las formas de bondad, de amor, de benevolencia, de paciencia, de soportarse unos a otros... como se nos sugieren repetidas veces en el Nuevo Testamento. Nada atrae tanto la gracia de Dios sobre nuestra vida como la caridad humilde y paciente que ejercitamos unos con otros. Por cierto, el perdón es una de las formas más elevadas, pero también de las más difíciles de la misericordia, y vale la pena extendernos más sobre el asunto.

LA FUENTE DEL PERDÓN

El perdón es una cuestión compleja, ya lo he dicho en un libro anterior[157]. Ahora quisiera simplemente hacer algunos comentarios para animar a perdonar cuando seamos llamados a hacerlo.

El perdón es difícil, a veces heroico, pero es indispensable. Sin perdón, el mal no cesa de multiplicarse. Solo el valor de perdonar pone fin a la propagación del mal.

Conviene que consideremos otro aspecto, del que no siempre somos conscientes. Si he sufrido heridas por parte de otra persona que me ha maltratado, únicamente por el perdón podré curarme completamente de esas heridas. Hoy en día se está más atento a las personas que han sido víctimas de un modo u otro. Se pone mucho cuidado en

comprenderlas, acompañarlas, permitirles expresar su sufrimiento, su enfado, su sentimiento de injusticia; se hace lo máximo que se puede para que obtengan reconocimiento y reparación por el mal que han sufrido. Todo eso está muy bien, evidentemente. Pero se olvida a veces una cosa: ayudarlas a comprender que, si no perdonan a las personas que las han maltratado, no podrán curarse plenamente de las heridas recibidas.

El amor de Dios es bastante poderoso para curarlo todo, pero es necesario decidirse con valentía a pasar por la «puerta estrecha» del perdón. Esta elección es más exigente que la tendencia espontánea a dejarse llevar por el rencor y la acusación, pero es una decisión de vida.

PADRE, PERDÓNALES...

Una cosa puede a veces hacer más asequible el difícil asunto del perdón. Algunas personas me han hablado en estos términos: «Me resultaba imposible decir “perdono”; por el contrario, utilizar las palabras de Jesús en la Cruz: “*Padre, perdónales, porque no saben lo que hacen*”, ha sido más asequible...».

Hay una verdad importante en esta experiencia. Solo Dios puede verdaderamente perdonar, porque solo Dios puede curar el mal que ha sido cometido, solo Dios puede resucitar lo que está muerto. La fuente última del perdón es el corazón misericordioso del Padre. Nosotros no podemos perdonar más que volviéndonos hacia esta fuente, pidiendo con humildad y fe la gracia de poder perdonar, acogiendo en nuestro propio corazón el amor misericordioso del Padre. Las palabras de Jesús nos invitan a acudir en primer lugar al Padre. Nos ayudan también a convencernos de que el hombre no sabe lo que hace, no mide nunca verdaderamente el mal del que es autor. Es conmovedor oír a Jesús no acusar, sino excusar a los que le hacen sufrir. Repetir las palabras de Jesús nos hace entrar en sus disposiciones interiores, su apertura al Padre y su benevolencia con los hombres, y eso facilita la acogida por nuestro corazón humano de la gracia del perdón.

A veces es necesario mucho tiempo para obtener esta gracia. El primer paso es pedirla, desearla. Pasa con frecuencia un largo tiempo entre la decisión de perdonar y la total pacificación. Hay altibajos, momentos en que vuelven con fuerza las iras y las indignaciones. Eso es normal, pero hay que emprender este camino con determinación y paciencia, y vendrá un día la gracia de la curación completa.

PERDÓN, ACTO DE FE Y DE ESPERANZA

Una realidad muy valiosa para facilitar la decisión de perdonar es comprender que, aunque el perdón es un acto de caridad, es también un acto de fe y de esperanza.

Lo que hace difícil el perdón, incluso imposible, es a menudo el sentimiento de que el mal cometido es un mal irreparable. A causa del comportamiento de esta persona, la

víctima, yo mismo o una persona a la que quiero, se ha visto afectada de una manera irremediable. Algo se ha roto en su vida que no se recuperará nunca. En adelante, ya nada será como antes. Desde el punto de vista humano, se experimenta con frecuencia este sentimiento, lo cual es comprensible, y eso vuelve prácticamente imposible el perdón.

Pero ¿qué nos dice la fe cristiana? Nos dice que Dios es capaz de curar toda herida. Nos dice que *«una vez que se multiplicó el pecado, sobreabundó la gracia»*^[158]. Nos dice que *«los padecimientos del tiempo presente no son comparables con la gloria futura que se va a manifestar en nosotros»*^[159]. Nos dice en la segunda Bienaventuranza que ya hemos meditado: *«Bienaventurados los que lloran, porque serán consolados»*. Si tenemos esta fe y esta esperanza, que de todo mal soportado Dios puede sacar un bien mayor, que las heridas recibidas por el pecado de otros no solo serán un día curadas, sino que se convertirán en fuente de una vida y una dicha sin proporción con el mal que nos causaron, es cierto entonces que el perdón se hace más fácil... No tenemos ya razón para mantener el rencor contra los que nos hicieron mal si sabemos, en la fe y la esperanza, que obtendremos de Dios un bien mayor que el mal recibido. Se trata evidentemente de un acto de fe, no tenemos ninguna garantía humana, solamente la Palabra de Dios. Pero debemos ser coherentes con nuestra fe cristiana, con su afirmación central de la Resurrección de Cristo, que es para nosotros la certeza de que toda muerte puede ser transformada en abundancia de vida.

Disponemos de numerosos testimonios que pueden animar nuestra fe y nuestra esperanza en este campo. Muchas personas han pasado por un doloroso sufrimiento causado por otros, pero han sido capaces luego de perdonar y han llegado así a una grandeza de alma, a una plenitud de caridad, a una libertad de amar mucho más elevada de la que hubiesen conocido si todo hubiera sido fácil en su vida. Los ejemplos son innumerables, como el de Maïti Girtanner, joven resistente francesa, cuya vida quedó rota tras las torturas que le infligieron los nazis. Muchos años más tarde, pudo encontrar a su verdugo y asegurarle su perdón.

El perdón es un acto de fe y de esperanza ante las heridas que hemos sufrido personalmente, pero también respecto a la persona a quien perdonamos. Negarse a perdonar es identificar a alguien con el mal que ha cometido, considerar que la persona que nos ha hecho sufrir es irremediabilmente mala, y que no cabe considerarla de otra manera. ¿Tenemos derecho a eso? Una persona es siempre más que sus actos malos, no se la puede reducir a eso.

Entre los numerosos santos que figuran en nuestras iglesias, con sus aureolas de luz, sus espléndidas vestiduras y sus rostros angelicales, ¿cuántos de entre ellos no han sido asesinos, adúlteros o personas que han hecho llorar a sus madres durante treinta años como san Agustín? ¿No se encuentra entre ellos a grandes pecadores, hasta que les llegó la gracia de la conversión? Negarse a perdonar es, en cierto sentido, desesperar de la posible conversión del que nos ha hecho sufrir. Pero Dios no desespera nunca de nadie y espera siempre la conversión del criminal... ¿Acaso no debemos imitarle?

Perdonar a mi enemigo es realizar un acto de esperanza en su posible conversión. Esta persona me ha hecho sufrir, ha cometido un mal a veces muy grave, que no se trata de negar ni subestimar. Sin embargo, no quiero condenarla, pues quiero esperar en la futura conversión de su corazón.

La esperanza supone una enorme fuerza. Me gusta mucho la imagen que utiliza san Pablo en el capítulo 12 de la Carta a los Romanos. En ese texto, el Apóstol nos invita a no devolver mal por mal, a no tomarnos la justicia por nuestra mano, a poner las cosas en manos de Dios y a amar a nuestros enemigos. «*Si tu enemigo tuviese hambre, dale de comer; si tuviese sed, dale de beber; al hacer esto, amontonarás ascuas de fuego sobre su cabeza. No te dejes vencer por el mal; al contrario, vence el mal con el bien*»[160].

¿Qué entiende san Pablo por esa expresión: «*Amontonarás ascuas de fuego sobre su cabeza*»? ¿Se trata de invocar el castigo de Dios para destruir al culpable, como los apóstoles Santiago y Juan querían hacer caer el fuego divino sobre un pueblo de Samaría que no les habían acogido (y que recibieron una severa reprimenda de Jesús)?[161]. El sentido es muy diferente, como lo hace entender el padre Joseph Marie Verlinde en una homilía:

«En realidad, el Apóstol hace alusión a un proceso metalúrgico utilizado en los tiempos bíblicos. Se introducía el metal a purificar en el horno, donde se depositaba sobre una capa de carbones encendidos. Se “amontonaba” sobre el material otra capa de “ascuas ardientes”, para hacer que el metal se fundiese, de manera que se desprendiera de sus impurezas.

»Las obras de caridad, es decir las buenas acciones realizadas en el Fuego del Espíritu Santo, que san Pablo nos invita a realizar gratuitamente en favor de nuestro enemigo, tienen por fin “hacer que se funda” su corazón, a fin de purificarlo de las escorias de malicia que le impiden convertirse».

Se encuentra la misma expresión en una carta de santa Catalina de Siena, que invita a la paciencia con los que nos han perjudicado:

«Por la paciencia y la caridad, arrojáis carbones encendidos de amor sobre su cabeza, y la fuerza del amor apaciguará su cólera y sus persecuciones»[162].

Hay una gran fuerza en el perdón y la misericordia; es mucho más que un asunto privado. Cada vez que perdonamos, acumulamos por así decir, el fuego del Espíritu Santo sobre la persona de quien tenemos misericordia, y cuando tenga bastante, este fuego descenderá para fundir y convertir su corazón. Cada acto de misericordia prepara una Pentecostés.

Se pueden interpretar en este sentido las palabras de Jesús en el Evangelio: «*Todo lo que desatéis en la tierra quedará desatado en el cielo*»[163]. Si en la tierra tengo el valor de desatar a alguien de una posible venganza, mediante la decisión de perdonarle, eso tiene repercusiones inmensas en el cielo: una Pentecostés, una poderosa efusión del Espíritu se prepara, y llegará un día. No sabemos cuándo ni cómo, pero esta esperanza es cierta. «*La esperanza no decepciona*», dice san Pablo[164].

Cada vez que en la tierra ejercemos la misericordia, la bondad, la paciencia, el perdón, adelantamos el reino de Dios, de esta inmensa efusión de amor que transformará el corazón de todos los hombres.

EL PERDÓN NOS HACE LIBRES

Otra consideración puede ayudarnos mucho a perdonar: el perdón me libera. Sin duda le hace bien a la persona a quien perdono, pero me hace aún más bien a mí. Me hace recuperar libertad y paz, algo que no tiene precio.

No perdonar significa seguir atado al pasado. Si me han hecho sufrir hace veinte años y no he perdonado, eso quiere decir que sigo en cierto modo encadenado a mi pasado, atado a lo que sucedió entonces, y no dispongo de una plena libertad para vivir la belleza de lo que se me da hoy. Una parte de mí está cerrada a la bendición del hoy, pues es prisionera del pasado. Recuerdo el encuentro con una señora de más de noventa años, durante una misión parroquial en Italia, que estaba devorada por el resentimiento contra las monjas del colegio donde había estado a los doce años. Ese era el tema principal de sus conversaciones, volvía siempre sobre ese asunto. No puedo juzgar a esa mujer, pero qué tristeza ver cómo se puede alguien quedar atado al pasado, a una edad en que la única cosa importante es prepararse gozosamente al próximo encuentro con Dios.

No perdonar significa conservar en nuestro corazón sentimientos y pensamientos de rencor, de cólera, de amargura, que nos quitan energías, nos impiden estar disponibles a la riqueza de la vida y desplegar lo mejor de nosotros mismos. Es una forma de dependencia emocional. Se piensa tanto en alguien a quien se detesta como en alguien a quien se ama. Somos claramente dependientes de aquellos a quienes detestamos. Además, el odio nos hace semejantes al enemigo que odiamos, nos desfigura. Es preciso liberarse lo más pronto posible, cueste lo que cueste, de esas ataduras que aprisionan y envenenan; solo el perdón puede conseguirlo.

Jorge Valls, que pasó veinte años en las cárceles de Fidel Castro, declaró: «Si no hubiese perdonado, hubiera acabado como mis perseguidores, lleno de odio. El perdón nos impidió convertirnos en animales rabiosos. El perdón nos puso por encima de la desgracia, del odio, del desprecio. Mi enemigo se convertía en mi hermano»[\[165\]](#).

PERDONAR TODA DEUDA

Cuando habla del perdón, Jesús utiliza con frecuencia en los Evangelios la imagen de la condonación de una deuda. Esta analogía se encuentra en la parábola del «deudor despiadado» del capítulo 18 del evangelio de san Mateo, mencionado más arriba. Se encuentra también en el texto del Padre Nuestro, que dice literalmente: «Perdónanos nuestras deudas, como también nosotros perdonamos a nuestros deudores».

Esta metáfora de la deuda es interesante, pues pone en evidencia realidades muy significativas desde el punto de vista psicológico, y que conoce bien el lenguaje popular. Cuando una persona sufre algo por culpa de otro, la expresión que surge espontáneamente es: «¡Me lo pagarás!».

Si alguien me ha perjudicado, considero que esta persona tiene una deuda conmigo y que yo tengo un derecho contra ella: el derecho a reclamar una reparación, por no decir el derecho de vengarme, de hacerle sufrir lo mismo que me ha hecho a mí. Tenemos a

menudo tendencia a pensar que los sufrimientos que hemos padecido nos dan un cierto derecho a hacer sufrir a los demás, pero eso es infantilismo. No nos vamos a reconstruir destruyendo al otro, todo lo contrario. Eso no hace más que amplificar la propagación del mal y aumentarlo en nosotros mismos.

Detrás de esta manera de reaccionar hay una exigencia de justicia que, por supuesto, es legítima. La dificultad está en que, con mucha frecuencia, queremos tomarnos la justicia por nuestra mano, con nuestros criterios estrechos, nuestro resentimiento emocional, y acabamos por hacer más mal que bien. Nuestras pretensiones respecto de los demás raramente son equilibradas, pues intervienen ahí todas nuestras emociones negativas (insatisfacciones frente a la vida, resentimientos, cóleras...) así como nuestra aspiración infinita a la plenitud y la felicidad. Lo que conlleva que, cuando queremos «ajustar cuentas» con alguien, lo hagamos raramente de manera justa y equitativa.

Más vale, como nos invita el Evangelio, remitir nuestra causa a Dios, dejar en sus manos el restablecimiento de la justicia (habrá menos daños colaterales) y renunciar a nuestras pretensiones.

Nos vemos abocados a conservar cuidadosamente en nuestra memoria el recuerdo del mal del que hemos sido víctimas. Cada sufrimiento que nos han infligido, cada decepción sufrida, se transforma, por decirlo así, en una «factura» que registramos en nuestra contabilidad, a la espera del día en que podamos agitarla ante el rostro del causante y reclamarle una contrapartida por los perjuicios soportados. Frente al que nos ha hecho sufrir, nuestra actitud psicológica es a menudo esta: por el momento, no me muevo, pero tenlo en cuenta, todo está bien anotado y un día tendremos que ajustar cuentas.

No perdonar significa conservar una cantidad a veces considerable de tales «facturas», cuidadosamente registradas... Pero este montón de reivindicaciones acaba infaliblemente por envenenarnos la vida. Alimenta amarguras, reproches, esperas de reparaciones que son casi siempre irreales. Lo que hemos perdido nunca podrá ser restituido como quisiéramos. Nuestras exigencias devienen pronto excesivas, nos colocan entonces en una actitud de dependencia respecto de la persona contra la que alimento rencores. Echar al fuego todas esas facturas, «perdonar las deudas» como nos pide el Evangelio, es recuperar la libertad.

SALIR DE UNA LÓGICA DE INTERCAMBIO

Subrayemos que, desde un punto de vista psicológico, enseguida hemos considerado que el otro nos debe algo, lo que nos confiere un derecho, y por tanto un cierto poder sobre él. Acabo de recordar el caso de alguien que me ha perjudicado. Pero sucede lo mismo cuando le he procurado un bien a alguien. He sido generoso contigo, te he prestado un servicio, tienes por tanto una deuda conmigo. Tengo derecho a que lo reconozcas, a una retribución de una u otra forma. Ahí aún, como antes, hay una parte de legitimidad, pero nos arriesgamos a quedar encerrados en una espera, una dependencia,

una exigencia que no podrá ser nunca plenamente satisfecha y nos dejará frustrados. Si, por ejemplo, unos padres esperan de sus hijos un reconocimiento proporcionado a todo lo que han hecho por ellos, quedarán sin duda decepcionados.

Estimamos con frecuencia que el bien que hemos hecho a los demás nos confiere derechos particulares sobre ellos, pero eso es un gran error. Debemos realizar el bien de manera gratuita, so pena de alienar nuestra libertad.

Todo esto indica que, psicológicamente, funcionamos de hecho según una lógica de intercambio, de contrato. No se trata de descalificar completamente esta lógica, pues en un cierto nivel, en el plano social, por ejemplo, tiene su razón de ser y debe ser respetada. Es normal que alguien que ha sufrido una injusticia reciba reparación y pueda recurrir a un tribunal para obtenerla. Es normal también que quien ha realizado un trabajo a beneficio de otro reciba a cambio un pago por ese trabajo y pueda acudir a la justicia si es necesario. O incluso si, en una pareja, es siempre el mismo el que da y el otro el que recibe, sin que haya un intercambio mutuo de afecto, de servicios, es legítimo que la parte que se siente lesionada acabe por enfadarse, y pida un diálogo para reajustar las cosas.

Sin embargo, aunque esta lógica de la reciprocidad encuentra su razón de ser en un cierto nivel, tampoco puede cubrir todo el campo de las relaciones humanas. Tiene sus límites, nunca será totalmente respetada; hay que continuar viviendo felices, aunque no funcione y tengamos el sentimiento de ser tratados de manera injusta. Y, sobre todo, hay que saber discernir los momentos en que se nos pide dejar esta lógica de intercambio para entrar en la economía del don gratuito, la única lógica que permite crecer en el amor y alcanzar la verdadera felicidad. La única que perdurará en el Reino, donde la única regla será el amor.

NADIE ME DEBE NADA

Por eso el Evangelio nos invita, no a reivindicar el pago de las deudas, sino a perdonarlas. Que una persona te perjudique o que tú le hayas procurado un bien, considera que por eso no te debe nada. Renuncia a reclamar lo que sea. Aprende a amar sin pedir nada a cambio. Jesús tiene palabras fuertes, escandalosas, que no pretenden ponernos en situaciones insoportables, sino arrancarnos de la lógica del intercambio, para que seamos al fin libres para amar.

«Habéis oído que se dijo: Ojo por ojo y diente por diente. Pero yo os digo: no repliquéis al malvado; por el contrario, si alguien te golpea en la mejilla derecha, preséntale también la otra. Al que quiera entrar en pleito contigo para quitarte la túnica, déjale también el manto. A quien te fuerce a andar una milla, vete con él dos»[\[166\]](#).

Estas palabras de Jesús nos chocan, pero nos abren un camino de libertad: salir de nuestros cálculos, de nuestros «ajustes de cuentas», de nuestros miedos, de nuestros mecanismos de defensa, de nuestras reivindicaciones estériles. Para gustar de la alegría de amar de verdad, libremente y gratuitamente.

Uno puede preguntarse: ¿qué es lo que hace tan fuerte nuestra crispación respecto al sistema de intercambio, la lógica mercantil de la deuda y el derecho? ¿Por qué tenemos tanta dificultad psicológica para renunciar a eso?

Me parece que es fundamentalmente a causa de nuestros temores, que provienen de una falta de fe. Queremos «garantizar» nuestra vida. Queremos asegurarnos por nosotros mismos de tener todo lo necesario para ser felices, en lugar de poner nuestra confianza en Dios para eso. En particular, este sistema de mercadeo nos autoriza a tener un cierto dominio sobre los demás, a controlarlos, lo cual es una tendencia muy enraizada. Pero no se puede amar verdaderamente si no se renuncia a todo intento de controlar al otro, de manipularlo, a toda pretensión de tener cualquier derecho sobre él.

Tenemos miedo de perdonar las deudas porque tememos vernos vacíos, desposeídos, sin ningún medio para procurarnos lo que nos parece legítimo, lo que puede asegurar nuestra felicidad. Pero ese es un mal cálculo. Es una manera de querer «guardar la vida» y por tanto perderla finalmente, como enseña el Evangelio. Porque acabamos por reclamar, de los demás, cosas que solo Dios puede darnos (seguridad, paz, felicidad).

Por el contrario, si confiamos en la Palabra de Dios, podemos tranquilamente perdonar cualquier deuda, porque estamos seguros de encontrar en Dios todo lo que es indispensable para dar sentido y valor a nuestra vida. Dios es fiel y devuelve multiplicado por cien lo que perdonemos por él. *«El Señor es mi pastor, nada me falta»*[\[167\]](#).

Si queremos ser libres y dichosos, hemos de tener la valentía de decirnos a nosotros mismos: «¡Nadie me debe nada!». Ni los que me han hecho mal, porque he perdonado, ni aquellos a quienes he hecho bien, pues quiero amarlos gratuitamente. Debemos decidir perdonar cualquier deuda, arrojar al fuego nuestro montón de facturas. Es una de las formas esenciales de la pobreza de espíritu a la que nos invitan las Bienaventuranzas. *«Quien no renuncia a todos sus bienes no puede ser mi discípulo»*, dice el Señor. Entre los bienes a los que es más necesario (y a veces más difícil) renunciar, están nuestros pretendidos «derechos» sobre los demás. Si tenemos ese valor, salimos entonces de la lógica del intercambio, de la trampa de la reivindicación, entramos en el mundo de la gratuidad del amor y es allí donde encontramos la felicidad: *«Hay más felicidad en dar que en recibir»*.

La experiencia de la vida muestra algo sorprendente: cuanto más se reivindica, más se exige a los demás, y menos se recibe. Y, por el contrario, cuanto menos se pretende y exige de los demás, más se termina por recibir de ellos. Es una de las verdades fundamentales de la existencia humana.

Subrayemos también que el apego a una lógica mercantil en las relaciones humanas termina por introducir una cierta forma de violencia en el trato entre las personas. Exigir demasiada justicia conduce pronto o tarde a la injusticia. Si la justicia no va acompañada por la misericordia, se hace en definitiva injusta.

UNA PEQUEÑA HISTORIA DE PERDÓN EN UNA PAREJA

Quisiera contar un suceso que ilustrará algunas de mis afirmaciones precedentes.

Hace algunos años, durante un retiro que predicaba, encontré a una señora que quería hablarme porque tenía una gran dificultad para perdonar. Su marido la había engañado algunos años antes, la aventura no había durado largo tiempo, pero la había herido mucho. Eso es en efecto comprensible: aunque la mentalidad moderna piense otra cosa, el adulterio es una falta grave, es la traición a una alianza, a una intimidad, que es muy dolorosa para quien es la víctima. Pero esta mujer, cristiana practicante, sentía que pese a su sufrimiento era preciso que terminase por perdonar a su marido. «He leído todos los libros sobre el perdón, me decía, pero no lo consigo...».

Me pareció entender dónde estaba el obstáculo. Para esta mujer, el no perdonar al marido ofrecía un doble beneficio: el primero era que, en su pareja, ella era la víctima, la santa inocente, mientras que él era el pecador. Finalmente, es una posición bastante interesante. Perdonar requiere mucha humildad. Eso significa renunciar a esta posición de superioridad en relación al otro y ponerse a su mismo nivel: los dos somos pobres pecadores, tú has pecado contra mí, pero yo tampoco me he portado bien contigo. Quizá es algo menos aparente, pero es tan real como lo tuyo. Perdonar quiere decir reencontrarnos en igualdad; somos en adelante dos pobres, pero muy decididos a caminar juntos aceptándonos mutuamente con nuestras limitaciones...

El otro beneficio al que le costaba renunciar es que esta falta de su marido le daba de algún modo un medio de «tenerle agarrado», de creerse autorizada a hacerle reproches por todo, sin importar qué, de «tenerle vigilado», de ser exigente con él. En suma, de creer justificada una cierta manipulación, un cierto dominio. Perdonar significa renunciar a todo dominio, a todo poder sobre el otro... Es doloroso, pero, a fin de cuentas, es fuente de paz y de felicidad, pues es un camino de libertad. Desato al otro del yugo que hacía pesar sobre él y, en consecuencia, me libero yo mismo de una actitud falsa en la que corría el riesgo de encerrarme. «¿*El ayuno que prefiero no es más bien romper las cadenas de la iniquidad, soltar las ataduras del yugo?*»[\[168\]](#).

¡Cómo merecería esta sabiduría de la Escritura ser mejor comprendida y practicada hoy!

Una última observación a propósito del perdón. Encontramos en san Pablo esta recomendación: «*No debáis nada a nadie, a no ser el amaros unos a otros; porque el que ama al prójimo ha cumplido plenamente la Ley*»[\[169\]](#). Me parece que se pueden comprender estas palabras así: que vuestras relaciones recíprocas no estén gobernadas por un sistema de deudas y reivindicaciones, de derechos y deberes, sino por la generosidad del amor. Es así como el Reino estará en medio de vosotros.

EJERCER LA MISERICORDIA NOS HACE BIEN

El ejercicio de la misericordia nos hace bien a nosotros mismos. Esta verdad queda ilustrada de manera magnífica en el capítulo 58 del libro de Isaías. Vamos a continuar con el pasaje recientemente citado de este espléndido texto, que leemos al comienzo de la Cuaresma:

«¿El ayuno que prefiero no es más bien romper las cadenas de la iniquidad, soltar las ataduras del yugo, dejar libres a los oprimidos y quebrar todo yugo? ¿No es compartir tu pan con el hambriento, e invitar a tu casa a los pobres sin asilo? Al que veas desnudo, cúbrelo y no te escondas de quien es carne tuya.

»Entonces tu luz despuntará como la aurora, y tu curación aparecerá al instante, tu justicia te precederá y la gloria del Señor cerrará tu marcha. Entonces clamarás, y el Señor te responderá, pedirás socorro y Él te dirá: “Aquí estoy”.

»Si apartas de enmedio de ti el yugo, el señalar con el dedo, y la maledicencia, y ofreces tu propio sustento al hambriento, y sacias el alma afligida, entonces tu luz despuntará en las tinieblas y tu oscuridad será como el mediodía.

»El Señor te guiará de continuo, saciará tu alma en las regiones áridas, dará fuerza a tus huesos, y serás como huerto regado, como manantial cuyas aguas no se agotan».

Lo sorprendente de este texto es la cantidad de promesas, la abundancia de bendiciones concedidas a quien practica el amor al prójimo. Santa Teresa de Lisieux quedó impresionada por este pasaje y lo citaba a menudo a las novicias que tenía a su cargo. Su hermana Celina nos hace un bello comentario[170]. Teresa interpreta la frase «dejar libres a los oprimidos» del modo siguiente: cuando se hable delante de ti de algún defecto de una de tus hermanas, no te sumes nunca; busca, por el contrario, sin faltar a la verdad, destacar sus cualidades. Rompe todo lo que supone carga para los demás.

En la misma línea, se podría comprender el «vestir al desnudo»: cuando la pobreza y la miseria de alguien se ponen en evidencia, no cargues tú la mano todavía más. Revístelo más bien con el manto de la misericordia.

Convendrá que meditemos esto hoy, cuando el asunto principal de los *media* suele ser poner de relieve la pobreza, la fragilidad, los errores de los hombres, y entregarlos complacientemente a la curiosidad de las masas. No se trata evidentemente de ser cómplice de la injusticia, de una «ley del silencio» malsana, sino de no complacernos en destruir la reputación de las personas o de las comunidades, no desnudarlas ante la mirada de todos. Estoy convencido de que toda persona que se complace en divulgar el pecado y las debilidades de los demás verá un día expuestas su propia desnudez y su miseria bajo una terrible luz. Seremos tratados exactamente como hemos tratado a los demás. Algunos periodistas, como cada uno de nosotros, harían bien en reflexionar sobre esto.

[152](#) Ef 4, 32.

[153](#) Lc 6, 37-38.

[154](#) 1 P 4, 8.

[155](#) Ms C, 15, vº.

[156](#) Cf. Mt 18, 23-35.

[157](#) *La libertad interior*, Rialp, 2003.

[158](#) Rm 5, 20.

[159](#) Rm 8, 18.

[160](#) Rm 12, 20-21.

[161](#) Lc 9, 51-55.

[162](#) Catalina de Siena, Carta, 85.

[163](#) Mt 18, 18.

[164](#) Rm 5, 5.

[165](#) Cf. Jorge Valls, *Veinte años y cuarenta días*.

[166](#) Mt 5, 38-41.

[167](#) Sal 22, 1.

[168](#) Is 58, 6.

[169](#) Rm 13, 8.

[170](#) Cf. Teresa de Lisieux, *Conseils et Souvenirs recueillis par Sr Geneviève*. Cerf.

BIENAVENTURADOS LOS LIMPIOS DE CORAZÓN

«Amados de corazón intensamente unos a otros, como quienes han sido engendrados de nuevo no de un germen corruptible, sino incorruptible, por medio de la palabra de Dios, viva y permanente».
(1 P 1, 22-23)

La pureza de corazón mencionada en la sexta Bienaventuranza tiene consecuencias magníficas: «*Todo es limpio para los limpios*», dice san Pablo en la Carta a Tito [\[171\]](#). La pureza ilumina enteramente la existencia y transforma la mirada sobre la vida. La pureza o la impureza no está en las cosas, sino en la mirada que tenemos sobre ellas.

Va acompañada de una bella promesa: ver a Dios. No solo verle un día en el Paraíso, mediante una visión que nos colmará de felicidad, sino, desde ahora, conocer a Dios en verdad y reconocer también la acción de Dios en nuestra vida. No hay nada más grande que conocer a Dios. «*Esta es la vida eterna: que te conozcan a Ti, el único Dios verdadero*» [\[172\]](#).

A veces creemos que Dios está ausente, pero es quizá que nuestro corazón no es lo bastante puro para discernir las señales de su presencia y su acción en nuestra vida. ¡Estamos con tanta frecuencia cegados por nuestro amor propio!

Jesús habla de la *pureza de corazón*. Así invita a comprender la verdadera pureza, no como la pureza ritual a la que estaban apegados los fariseos (evitar los alimentos impuros, cumplir fielmente determinados ritos de purificación exterior, abluciones...), sino como la pureza del corazón. Jesús, en particular en el Sermón de la Montaña, nos lleva siempre al corazón, a lo íntimo, a las intenciones y disposiciones profundas, y no solamente a una conducta exterior conforme a unas reglas.

LA PUREZA DE CORAZÓN EN EL ANTIGUO TESTAMENTO

Sin embargo, esta noción se enraíza, como todas las del Evangelio, en el Antiguo Testamento, y conviene decir algo sobre esto.

La noción de «corazón puro», bien presente en los salmos, los profetas y otros textos, está a menudo asociada a otras tres nociones interesantes:

— La noción de *rectitud*, de honradez, de sinceridad. El hombre de corazón puro es el justo, el *tzadiq*, el que, de manera sincera, busca agradar a Dios, obedecerle, cumplir sus mandamientos. Esta noción se opone a la hipocresía, a la duplicidad. Caracteriza a aquel cuyo comportamiento exterior refleja su actitud interior y a quien tiene rectitud de

intención en todo. Recordemos las palabras de Jesús a propósito de Natanael: «*Aquí tenéis a un verdadero israelita en quien no hay doblez*»[173]. La perfección de la pureza de corazón es no tener otro deseo que el de agrandar a Dios, ninguna otra voluntad que la de Dios.

— La noción de *simplicidad*: opuesta a la de mezcla, complicación, designa un amor de Dios y del prójimo que no está mezclado con otras cosas, con cálculos y mercadeos humanos. Una imagen que se podría también evocar es la de un mantel bien planchado: no un corazón complicado, con muchos pliegues y repliegues, sino por el contrario un corazón simple, liso, abierto a Dios y disponible a su acción, en lugar de estar replegado sobre sí mismo. El repliegue sobre sí es una de las cosas que más se oponen a la pureza de corazón. El corazón impuro es el que se mira sin cesar, en lugar de mirar a Dios. La enfermedad de los «*selfies*» que marca a nuestra sociedad, esa preocupación obsesiva por la propia imagen, por la imagen que se da ante los demás, es lo opuesto a la pureza bíblica. El corazón puro es el que está vuelto hacia Dios y no hacia sí mismo. Entre todos los ídolos que uno puede fabricarse, el peor de todos es uno mismo. Nada es más opresivo (y deprimente) que el amor narcisista. Nada más liberador, por el contrario, que el olvido de sí, para dar el corazón enteramente a Dios.

— La noción de *unidad*. Un corazón puro es un corazón unificado por el amor de Dios, todo entero orientado hacia Dios, y no un corazón dividido por mil deseos contradictorios, o incluso compartido entre Dios y los ídolos. Se encuentra esta bella expresión en un salmo: «*Enséñame, Señor, tu camino, para que ande en tu fidelidad. Unifica mi corazón para que tema tu Nombre*»[174].

Esta unificación del corazón en el amor de Dios es un aspecto central del *Shemá Israel* que todo judío piadoso recita dos veces al día, citando el texto del Deuteronomio: «*Escucha, Israel: el Señor es nuestro Dios, el Señor es Uno. Amarás al Señor, tu Dios, con todo tu corazón, con toda tu alma y con todas tus fuerzas*»[175]. Dios es único; amándole con todas sus facultades, el hombre realiza la unidad de su corazón y de su existencia.

En esta perspectiva, un modo esencial de comprender la pureza de corazón es este: un corazón puro no es un corazón absolutamente perfecto, sin herida ni defecto. Eso no existe entre los hombres. Es, sobre todo, un corazón *enteramente decidido* por Dios. Lo contrario de un corazón puro, según los profetas, es el corazón compartido, porque queda indeciso, irresuelto. El corazón de quien no ha hecho verdaderamente la elección entre Dios y el resto, el que no ha puesto toda su confianza y todo su amor en Dios.

En el relato del sacrificio en el Monte Carmelo, en el libro de los Reyes, Elías, que ha quedado como el único profeta del verdadero Dios, se enfrenta a los 450 profetas de Baal y amonesta al pueblo en estos términos: «*¿Hasta cuando andaréis cojeando con dos muletas? Si el Señor es Dios, id tras Él; y si es Baal, id tras él*»[176].

El profeta reprocha al pueblo que no se decida verdaderamente por Dios, y esté dudando entre Dios y los ídolos. El sábado por la mañana van a ofrecer un sacrificio a Yahvé, pero como no están seguros de que eso funcione, van por la tarde a ofrecer un poco de incienso a Baal, diciéndose que al menos uno de los dos les escuchará. Un

sacerdote siciliano que asistía a una de mis prédicas sobre este asunto exclamó: eso es lo que pasa con algunos de mis feligreses. El domingo por la mañana asisten a misa, y por la tarde van a consultar a una vidente. ¡Hay que poner a favor todas las posibilidades!

El corazón impuro es el de quien nunca se ha decidido por Dios, por una fe plena en él. Pedro, en los Hechos de los Apóstoles, hablará en cambio de los paganos cuyo corazón «*ha sido purificado por la fe*»[\[177\]](#). El de quien ha elegido de verdad creer plenamente en Dios, esperar plenamente en él, amarle con todo su corazón. Se sabe con cuánta frecuencia en sus escritos, sobre todo a propósito de la fidelidad a la oración, Teresa de Jesús insiste sobre la *determinación*. Esa es la misma lógica. Lo que consigue la pureza de corazón no es ser perfecto, sino determinarse verdaderamente por Dios, en particular mediante la fidelidad a la oración.

Se puede comprender también en este sentido el versículo del Salmo 50, el precioso salmo de penitencia, donde David pide perdón a Dios de su pecado: «*Aparta tu rostro de mis pecados y borra todas mis culpas. Crea en mí, Dios mío, un corazón puro, y renueva en mi interior un espíritu firme*».

Hay dos hermosas ideas en este versículo. Por una parte, obtener un corazón puro es el fruto de una nueva creación; solo el poder y la gracia de Dios pueden devolver al hombre la pureza de corazón, reorientar su corazón plenamente hacia él. Por otra parte, el versículo pone en relación la pureza del corazón con la idea de un espíritu renovado y firme, un espíritu decidido de nuevo a creer, a esperar, a amar. En esto consiste la pureza de corazón.

Se encuentra con frecuencia en el Antiguo Testamento la expresión de los «labios» puros o impuros. Isaías exclama en su visión: «*¡Ay de mí, estoy perdido, pues soy un hombre de labios impuros [...], y mis ojos han visto al Rey, al Señor de los ejércitos!*»[\[178\]](#). El profeta Sofonías se expresa así: «*Entonces volveré puros los labios de los pueblos, para que invoquen, todos ellos, el Nombre del Señor, para que le sirvan todos juntos*»[\[179\]](#).

¿Dónde está la diferencia? Los labios puros son los de quienes invocan a Dios, mientras que los labios impuros dan culto a los ídolos. La pureza es sobre todo una cuestión de orientación: ¿hacia qué, hacia quién se vuelven mi esperanza, mi oración, mi deseo? Nada purifica tanto el corazón del hombre como alabar y bendecir a Dios. Un corazón agradecido es un corazón puro.

TU CUERPO ES TU CORAZÓN

La pureza de corazón, aunque se refiere en primer lugar a la relación con Dios, tiene evidentemente implicaciones fundamentales en la relación con el prójimo. Significa estar decidido a amar de manera sincera, a respetar, a no hacer nunca del prójimo un instrumento que se utiliza para satisfacer los propios intereses. El otro no es nunca un objeto a mi disposición. Debo respetarle absolutamente en su libertad, su propia vocación, su corazón, sus emociones, su cuerpo... Rechazar apropiarse del otro, negarse a hacer de él un objeto, una mercancía, un medio, antes bien respetarlo en tanto que

persona en lo que tiene de único e inaprensible: aquí se encuentra el valor de la pureza en el campo de la vida afectiva y sexual, que es evidentemente muy importante.

La noción de pureza es por supuesto más amplia que la esfera sexual a la que se la ha reducido a veces. Hay formas de impureza, de falta del respeto al otro y a sí mismo, actitudes mentirosas, de egoísmo o de orgullo, más graves a veces que las faltas por debilidad en la esfera de la sexualidad. El Señor se sirve además con frecuencia de las tentaciones y caídas en este campo para purificarnos del orgullo, que es un mal más radical. Se conoce la observación que hizo un obispo a propósito de las monjas jansenistas de Port-Royal: ¡puras como ángeles y orgullosas como demonios!

Pero es cierto que la ausencia de pureza de corazón en el ejercicio de la sexualidad, la mercantilización de los cuerpos, el hipererotismo de las relaciones entre personas, la desaparición de la menor noción de pudor y de castidad en los *media*, la pérdida de los puntos de referencia en cuanto al sentido de la sexualidad humana, entrañan consecuencias absolutamente dramáticas para las personas, destruyen a los jóvenes y a las familias. No podemos estar silenciosos y pasivos ante todo lo que se hace hoy para destruir a la persona humana, para separar a los matrimonios y a las familias. ¡Qué tristeza ver todos los esfuerzos que se hacen para descontaminar nuestros ríos o hacer más puro el aire que se respira, mientras que se está pasivo ante una polución mucho peor y mucho más invasiva que sumerge a nuestras sociedades occidentales!

No hay pureza de corazón sin pureza del cuerpo. Las dos están demasiado unidas. El cuerpo es el joyero del corazón, de la interioridad, de la intimidad, y es el medio a través del que se expresa el corazón.

Se acusa al cristianismo de ser una religión que desprecia el cuerpo. Es verdad que las sociedades cristianas han sido influidas a veces por visiones muy estrechas, es decir, negativas respecto al cuerpo y a la sexualidad. Pero esas son las escorias de la historia, que no corresponden a lo esencial de la Revelación bíblica. Nos podemos preguntar: ¿quién desprecia más el cuerpo humano? ¿Una religión que cree en la resurrección de la carne, en la participación del cuerpo en la gloria de Dios, que proclama que es miembro de Cristo, templo del Espíritu, lugar del don de la vida eterna mediante los sacramentos que lo ungen, instrumento de culto y alabanza mediante el canto, los gestos, la danza, que es un medio maravilloso de comunión entre las personas, e instrumento privilegiado por el que se ejercitan el servicio y la caridad? ¿O desprecia más el cuerpo una sociedad que lo expone desnudo en carteles y revistas, lo utiliza constantemente como cebo publicitario, lo reduce a la condición de mercancía mediante la pornografía y el comercio sexual, lo cubre con tatuajes feísimos, invadido de piercings, entregado al bisturí de los cirujanos para someterlo a los dictados de la moda o al capricho de los cambios de sexo? La respuesta es clara.

La pureza cristiana en el campo del cuerpo no es solo una realidad negativa: evitar tal o cual conducta señalada como mala. Es sobre todo positiva: descubrir el esplendor del cuerpo, su belleza humana y espiritual, como lo ha hecho Juan Pablo II. Los escritores cristianos de la antigüedad, como san Agustín, desarrollaron la afirmación bíblica de que el hombre fue creado a imagen de Dios, y se interesaron por la estructura

del alma, en la que descubren una analogía con la Trinidad. Las tres potencias del alma (memoria, entendimiento y voluntad) se ponen en relación con las personas del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo[180]. Me parece que, de modo análogo, se podría desarrollar una estupenda teología trinitaria del cuerpo. El cuerpo, como el Padre, es *memoria*, contiene toda la historia y la identidad de la persona. Como el Hijo, es *lenguaje*, medio extraordinario y precioso de comunicación (a veces el último y único medio de comunicación con un moribundo al que se le da la mano...). A imagen del Espíritu Santo, el cuerpo es *presencia*, es lo que hace presente en el mundo el misterio de la persona. No olvidemos que, por la Eucaristía, Dios ha querido estar *corporalmente* presente en medio de nosotros hasta el fin de los tiempos.

LA PUREZA DE CORAZÓN NOS HACE MISERICORDIOSOS CON TODOS LOS SERES

La Bienaventuranza de los limpios de corazón sigue a la de los misericordiosos, y no es por azar. La cima de la pureza de corazón es el ejercicio de la misericordia. Nada purifica tanto el corazón del hombre como la misericordia. Jesús dijo a los fariseos: «*Dad, más bien, limosna de lo que guardáis dentro, y así todo será puro para vosotros*»[181]. Eso se afirma de manera muy fuerte en los bellos textos de Isaac el Sirio, monje y más tarde obispo de Nínive en el siglo VII:

«Quien considera que todos los hombres son buenos y ningún hombre le parece impuro y manchado, ese es verdaderamente puro en su corazón»[182].

El grado último de la pureza de corazón consiste en no juzgar a nadie.

«En resumen, ¿qué es la pureza? Es un corazón compasivo ante toda la naturaleza creada [...]. ¿Y quien es compasivo? Un corazón ardiente por toda la creación, por todos los hombres, las aves, las bestias, los ángeles, por toda criatura. Cuando piensa en ellos y los ve, sus ojos derraman lágrimas. Tan fuerte y violenta es su compasión, y tan grande su constancia, que su corazón se aprieta y no puede soportar oír o ver el menor mal o la menor tristeza en el seno de la creación. Por eso reza con lágrimas y a toda hora por los irracionales, por los enemigos de la verdad y todos los que hacen daño, para que sean guardados y perdonados. En la inmensa compasión que se alza en su corazón, sin medida, a imagen de Dios, reza incluso por las serpientes»[183].

GUARDAR PURO EL CORAZÓN EN LA PRUEBA Y LOS SUFRIMIENTOS

La lucha por la pureza de corazón consiste en mantener el corazón libre de todo lo que, de un modo u otro, podrá lastimarlo, hacerle perder su capacidad de amar. En particular, todos los pensamientos negativos que nos asaltan tan a menudo: los juicios, las amarguras, las tristezas, las inquietudes, etc.

La Escritura establece una estrecha relación entre el corazón y el pensamiento. Se encuentra allí esta expresión: los «*pensamientos del corazón*». El pensamiento no es algo puramente cerebral, sin gran consistencia, sino una realidad que orienta el corazón y que termina infaliblemente por determinar el comportamiento. De ahí su importancia.

Ya comenté en mi libro *La libertad interior* las palabras de Jesús: «*Nada hay fuera del hombre que, al entrar en él, pueda hacerlo impuro; las cosas que salen del hombre, esas son las que hacen impuro al hombre*»[\[184\]](#). Lo que nos hace daño verdaderamente no es lo que nos llega del exterior, sino cómo reaccionamos desde el interior. Comenzando por los pensamientos que mantenemos.

Los golpes de la vida, los sufrimientos y decepciones que padecemos, hacen nacer en nosotros, evidentemente, muchos pensamientos negativos. Es inevitable. Pero es absolutamente vital no dejar libre curso a esos pensamientos, no mantenerlos voluntariamente, sino sustituirlos por pensamientos positivos, pensamientos de fe, de esperanza, de amor. Este es un aspecto esencial de la lucha interior. Los Padres de la Iglesia, al comentar el versículo 8 del Salmo 136, «*¡Hija de Babel, devastadora! Dichoso el que te devuelva el pago que nos diste. Dichoso el que agarre y estrelle a tus niños contra la peña*», lo interpretan de esta manera: dichoso el que rompa de raíz, contra la roca que es el nombre de Jesús, a los hijos de Babilonia (es decir, los malos pensamientos, negativos y destructores, que surgen en su corazón). No medimos con exactitud las consecuencias de nuestros pensamientos, negativos o positivos. El pensamiento acaba siempre por tomar cuerpo, por orientar las decisiones concretas.

Muy fácilmente, por ejemplo, el sufrimiento se transforma en acusación, en amargura, en juicio, en pesimismo, en desaliento, en inquietud, etc. Es eso (y no el sufrimiento mismo) lo que nos hace mucho daño y ensucia nuestra alma. Es pues fundamental, en tiempos difíciles, guardar nuestro corazón puro, en cuanto a los pensamientos que alberga. No es fácil, soy bien consciente, pero es vital.

Estemos muy vigilantes en particular ante los *pensamientos de juicio* respecto a otro y a los *pensamientos de inquietud*. Que nos asalten es inevitable, y no suponen ninguna falta. Que los acojamos y alimentemos, es una catástrofe.

Quisiera hacer una observación que puede facilitar la lucha. A la Bienaventuranza de los limpios de corazón que promete la visión de Dios podría dársele la vuelta: «Bienaventurados los que ven a Dios, pues guardarán puro su corazón». El medio más poderoso para guardar el corazón es el *espíritu de fe*, es ver en toda realidad a la que nos enfrentemos, no las solas causas humanas, sino la mano de Dios. No la falta de este o el error del otro, sino la misteriosa permisión divina. Es lo que hacen los santos con mucha razón, pues eso los hace libres. En una carta a sor Inés, Teresa de Lisieux se compara con una débil caña, pero «no sabría romperse porque, ante cualquier cosa que le pase, no quiere ver más que la dulce mano de Jesús»[\[185\]](#).

[171](#) Tt 1, 15.

[172](#) Jn 17, 3.

[173](#) Jn 1, 47.

[174](#) Sal 85, 11.

[175](#) Dt 6, 4-5.

[176](#) 1 R 18, 21.

[177](#) Hch 15, 9.

[178](#) Is 6, 5.

[179](#) So 3, 9.

[180](#) Ver también las meditaciones de santa Catalina de Siena sobre este asunto. Por ejemplo, la Oración n.º 1, o el capítulo 25 del *Diálogo*.

[181](#) Lc 11, 41.

[182](#) *Obras espirituales*, discurso 85.

[183](#) *Ibid.* Discurso 81.

[184](#) Mc 7, 15.

[185](#) Carta 55 a sor Inés de Jesús.

BIENAVENTURADOS LOS PACÍFICOS

«Según su promesa, esperamos unos cielos nuevos y una tierra nueva, en los que habita la justicia. Por lo tanto, queridísimos, a la espera de estos acontecimientos, esmeraos para que él os encuentre en paz, inmaculados e intachables».
(2 P 3, 13-14)

«Porque así ha hablado el Señor Dios, el Santo de Israel:
[...] en la serenidad y la confianza estará vuestra fuerza.
Pero no habéis querido».
(Is 30, 15)

«Que la paz de Cristo se adueñe de vuestros corazones: a ella habéis sido llamados en un solo cuerpo».
(Col 3, 15)

La Bienaventuranza de los pacíficos es la séptima. Y no es por casualidad. Se conoce la significación del número siete en la tradición bíblica: indica una perfección, una plenitud. Dios ha creado el mundo en seis días, y el séptimo descansó, contento de contemplar la belleza y la bondad de sus obras. «*Vio que era bueno*». El séptimo día, el día del *shabbat*, es el día en que el hombre está invitado de manera particular a entrar en reposo, a acoger la paz de Dios: *Shabbat Shalom* es el saludo judío para el día del *shabbat*. Desea una paz que no es solo ausencia de conflicto, sino orden, plenitud, cumplimiento, felicidad. Lo contrario de la paz no es solo la guerra, sino la frustración, el vacío interior, la insatisfacción, la inquietud...

La posición de esta Bienaventuranza en séptimo lugar manifiesta que la persona que vive las Bienaventuranzas precedentes obtiene una gracia de paz y se hace capaz de comunicar esta paz a su alrededor. Haciéndolo, realiza plenamente su vocación bautismal de ser hijo de Dios. Muy a menudo, lo que comunicamos alrededor nuestro, a veces sin tener conciencia de ello, son nuestras inquietudes, nuestros temores, nuestras actitudes partidistas, nuestra agitación... Mientras que, en virtud de la vocación cristiana, estamos llamados a transmitir la paz de Dios.

San Serafín de Sarov decía: «Adquiere la paz interior y una multitud encontrará la salvación a tu lado». Las Bienaventuranzas indican el verdadero camino de la pacificación interior. Se puede mostrar brevemente cómo cada una de ellas conduce a la paz del corazón:

— La pobreza de corazón: sin esta virtud, nunca se estará en paz. Se estará siempre en conflicto con uno mismo o con los demás. El apegamiento a las riquezas, cualquiera que sea su naturaleza —materiales, morales o espirituales—, será siempre fuente de

inquietud. El pobre de corazón se apoya totalmente en Dios, no tiene nada que defender, nada que perder, nada que conquistar, y encuentra la paz. La humildad conduce a la paz, mientras que el orgullo es uno de los peores enemigos de la paz interior. «*Los humildes heredarán la tierra, y gozarán de una gran paz*»[186].

— Las lágrimas y el consuelo: quien ha atravesado la prueba y ha gustado del consuelo divino recibe una gracia de paz que es capaz de compartir con los demás.

— La mansedumbre: la mansedumbre evangélica, la renuncia a la violencia, a la amargura, a la cólera, conducen muy evidentemente a la paz.

— El hambre y sed de justicia: los que buscan la justicia del Reino serán saciados, y por tanto estarán en paz: «*Completa es la paz de los que aman tu Ley*»[187].

— La misericordia: quien es misericordioso encontrará la paz, mientras que quien no sabe perdonar, nunca estará en paz.

— La pureza de corazón: quien ama con un amor verdadero y desinteresado encontrará la paz, mientras que quien se busca a sí mismo, nunca estará satisfecho ni tranquilo.

URGENCIA DE LA PAZ

No podemos transmitir la paz si no la tenemos en nuestro corazón. En la Carta a los Colosenses, san Pablo se expresa así: «*Que la paz de Cristo se adueñe de vuestros corazones: a ella habéis sido llamados en un solo cuerpo*»[188]. Es una verdadera llamada de Dios para que recibamos su paz. Estar en paz es un elemento esencial de la vocación cristiana.

Me parece que hay ahí una urgencia espiritual. Cuanto más avanza la Iglesia en su marcha por la historia, más llamada está a vivir cada una de las Bienaventuranzas, y muy especialmente la séptima.

Hay una invitación muy fuerte a dejarnos pacificar por Cristo, a recibir en nuestro corazón la paz de Dios. El primer deber de un cristiano no es ser perfecto, ni resolver todos sus problemas. Es estar en paz. Estoy de acuerdo con Etty Hillesum cuando se expresaba así, en 1942:

«Nuestra única obligación moral, es desbrozar en nosotros mismos amplios claros de paz y extenderlos de prójimo en prójimo, hasta que esta paz irradie hacia los demás. Cuanta más paz hay en los seres, más habrá también en este mundo en ebullición»[189].

Si mi corazón no está pacificado, sería vulnerable a todas las fuerzas de divisiones, a todas las espirales de miedo y violencia que agitan el mundo. Todo lo que no está pacificado en mí ofrece un agarradero al mal, es como una puerta abierta al demonio, a las fuerzas de disociación por las que quiere arrastrar al mundo a su perdición. Eso se comprueba muy a menudo en la historia del siglo XX: hemos visto a muchos en Europa durante la II Guerra mundial, o en Ruanda durante los años de violencia —que se llamaban buenos cristianos, e incluso comprometidos en la Iglesia—, arrastrados a

cometer barbaridades, actos de violencia o cobardías de las que nunca hubieran pensado ser capaces. La razón profunda es esta: cuando el corazón del hombre no está verdaderamente pacificado por Dios, cuando está aún habitado por los miedos y los mecanismos de defensa, cuando se encuentra sumergido en un contexto donde el mal se desencadena, donde la violencia, el odio y las actitudes partidistas se extienden, donde la presión social se hace cada vez más fuerte..., ese corazón es incapaz de resistir y se deja arrastrar a cometer el mal. En algunos momentos de la historia, la mera conducta moral del pasado ya no basta.

LA PAZ, PROMESA DIVINA

La paz, aunque exija un largo empeño, es más la acogida de una promesa que un ejercicio ascético. El largo discurso de Jesús después de la Cena, en el evangelio de san Juan, es muy significativo en este aspecto. Se inicia al principio del capítulo 14: «*No se turbe vuestro corazón*». Un poco más adelante, en el versículo 27, se encuentran estas palabras: «*La paz os dejo, mi paz os doy; no os la doy como la da el mundo. No se turbe vuestro corazón ni se acobarde*». La paz prometida por Jesús no es la del mundo (la tranquilidad de aquel para quien todo va bien, del que tiene sus problemas resueltos y sus deseos satisfechos, una paz bastante rara, en definitiva...); la paz de Jesús puede recibirse y experimentarse incluso en situaciones humanamente difíciles, pues tiene su fuente y su fundamento en Dios. Al final del capítulo 16, 33, justo antes de la oración sacerdotal dirigida al Padre, dice a los discípulos: «*Os he dicho esto para que tengáis paz en mí. En el mundo tendréis sufrimientos, pero confiad: yo he vencido al mundo*». Como si el objetivo último de todas las palabras de Jesús, su testamento espiritual, fuese establecer al creyente en la paz.

Nuestra paz no viene del mundo, de las circunstancias exteriores. Viene de nuestra comunión de fe y amor con Jesús, el Príncipe de la Paz. Es un fruto de la oración. Como las demás Bienaventuranzas, la paz es ante todo una cualidad divina. Dios es un océano de paz y cada vez que, por la oración, estamos en unión íntima con él, nuestro corazón recupera la paz. Es a veces urgente y un deber orar hasta que vuelva la paz. Pienso que esta experiencia de la oración como lugar de pacificación es uno de los criterios de discernimiento de la autenticidad de nuestra vida de oración. Poco importa que nuestra oración sea pobre y árida, si trae frutos de paz. Si, por el contrario, no tiene este efecto, hay motivo para plantearse preguntas. Puede ser que no recemos lo suficiente o que lo hagamos de una manera que no es justa.

Otro precioso texto de la Escritura donde encontramos esta promesa de paz (son numerosos) es el pasaje de la Carta a los Filipenses: «*El Señor está cerca. No os preocupéis por nada; al contrario: en toda oración y súplica, presentad a Dios vuestras peticiones con acción de gracias. Y la paz de Dios que supera todo entendimiento custodiará vuestros corazones y vuestros pensamientos en Cristo Jesús*»[\[190\]](#).

¿POR QUÉ BUSCAR LA PAZ?

La búsqueda de la paz interior es mucho más que una tranquilidad psicológica. Se trata de otra cosa: de abrirse a la acción de Dios. Hay que comprender una verdad sencilla, pero de gran importancia espiritual: cuanto más tendemos hacia la paz, más estamos en disposición de dejar actuar a la gracia de Dios en nuestra vida. Como un lago tranquilo refleja perfectamente el sol, así un corazón pacífico es receptivo a la acción y a las mociones del Espíritu. «El demonio pone todos sus esfuerzos para echar fuera de nuestro corazón la paz, porque sabe que Dios está en la paz y es en la paz donde opera grandes cosas»[\[191\]](#). San Francisco de Sales dice incluso a una de sus dirigidas: «Porque el amor no se asienta más que en la paz, estad siempre cuidadosa para conservar la tranquilidad de corazón que os recomiendo con tanta frecuencia»[\[192\]](#). Solo un corazón en paz es capaz de amar verdaderamente.

Esforzarse por conservar la paz de nuestro corazón, luchar contra la inquietud, el desorden, la agitación de espíritu, son condiciones indispensables para dejar a Dios actuar, y así crecer en el amor y dar a nuestra vida la fecundidad a la que todos somos llamados.

Añadamos que solamente en la paz tenemos un buen discernimiento. Cuando no tenemos paz, cuando nos encontramos alterados por la inquietud y la agitación, somos entonces juguete de nuestras emociones y no tenemos una representación objetiva de la realidad; estamos entonces tentados de verlo todo negro y de ponerlo todo en duda en nuestra vida. Por el contrario, cuando estamos en paz, vemos claro.

Diadoco de Fótice se expresa así: «Es necesario, por todos los medios, y sobre todo por la paz del alma, permitir al Espíritu Santo intervenir, para que brille siempre en nosotros la lámpara del conocimiento»[\[193\]](#). San Ignacio de Loyola lo comprendió bien, al distinguir en la vida espiritual periodos de «consolación» y de «desolación», invitando a no tomar decisiones comprometedoras para la vida en este último caso, sino permanecer fieles a lo decidido en el anterior periodo de paz[\[194\]](#).

Deberíamos deducir de aquí la siguiente regla de conducta: cuando un problema cualquiera nos hace perder la paz, lo urgente no es resolver el problema, esperando recuperar a continuación la paz. Lo urgente es recuperar antes un mínimo de paz y ver luego qué podemos hacer con ese problema. Evitaremos las decisiones repentinas y precipitadas, gobernadas por el miedo, y no buscaremos resolver a toda costa problemas ante los que somos impotentes, lo que sucede con frecuencia. ¿Cómo recuperar ese mínimo de paz? Esencialmente confiándonos a Dios en una ferviente oración, y con actos de fe y esperanza, acordándonos de palabras de la Escritura que nos invitan a la confianza... Y a veces, también, abriendo nuestro corazón a quien puede ayudarnos.

NECESIDAD DE UN SHABBAT DEL ALMA

Los pacíficos serán llamados hijos de Dios, pues reflejan el rostro del Padre, que es el Dios de la Paz. Los pacíficos reciben y difunden a su alrededor la inefable paz divina.

La vida cristiana es paradójica; consiste con frecuencia en un esfuerzo, en un combate, y a veces tenemos que luchar contra el pecado hasta la sangre. Los que se entregan a Dios nunca están en paro, tienen más trabajo del que quisieran. Se constata en el Evangelio que los escasos momentos en que Jesús se retira con sus discípulos para ofrecerles un poco de reposo son raramente coronados por el éxito, pues la multitud les sigue hasta allí donde pretenden esconderse. Sin embargo, el yugo del Señor es suave y su carga ligera, y Jesús no permite que los que le siguen carezcan del descanso del corazón que todo ser humano necesita[195].

Ser creyente significa trabajar con generosidad, pero saber también descansar en Dios. Hay un «*shabbat* del alma», un descanso del corazón que Dios ha preparado para sus hijos, en el que nos es absolutamente indispensable entrar. De otro modo nuestra vida quedaría desequilibrada.

Corremos el riesgo de dejarnos invadir por el activismo y el estrés, de perder de vista que el mundo es, ante todo, un don que acoger, antes que una materia para transformar. Corremos el riesgo de ocupar el lugar de Dios olvidando que somos siervos inútiles, y también corremos el riesgo de perder el sentido de la gratuidad, del asombro y la contemplación. Es un problema de hoy: por razones múltiples (presión de la productividad, inquietud ante el mañana, orgullo del éxito, invasión de las tecnologías de la comunicación), algunos están drogados por el trabajo y no saben ya tomarse el tiempo para cortar y descansar, dejando paso al descanso físico, psicológico o espiritual.

Por ejemplo, es nefasto para una sociedad perder el sentido del día de descanso semanal, donde abstenerse de todo trabajo productivo y poner en primer plano valores como la gratuidad, la acción de gracias, la oración, la acogida de la vida como don de Dios, las relaciones familiares, etc. La tradición judía afirma que no es el hombre quien guarda el *shabbat*, es el *shabbat* el que guarda al hombre: es ese día lo que protege y salvaguarda los valores esenciales de la existencia humana. Sin *shabbat*, el hombre es entregado a los ídolos de la productividad y se deshumaniza.

Es cierto que no podremos nunca tener una vida perfectamente equilibrada, ni encontrar siempre el descanso al que aspiramos en el plano humano. Creo, sin embargo, que quedará siempre una forma de descanso que Dios no nos negará nunca: abandonarnos con confianza a su amor. Me gusta mucho el Salmo 15, que Pedro utiliza en los Hechos para argumentar a favor de la Resurrección de Jesús[196]:

«Tenía siempre presente al Señor ante mis ojos, porque está a mi derecha, para que yo no vacile. Por eso se alegró mi corazón y exultó mi lengua, y hasta mi carne descansará en la esperanza; porque no abandonarás mi alma en los infiernos, ni dejarás que tu Santo vea la corrupción».

La «carne» designa al hombre en su fragilidad, a él que, sin embargo, está invitado a descansar en la esperanza. El descanso es necesario, pues nos procura la esperanza. Incluso en la tormenta, podemos ser niños que duermen en paz sobre el corazón de su Padre, como Jesús en la barca agitada por el viento y las olas.

La Bienaventuranza que estamos meditando establece una relación profunda entre la paz, el descanso y el hecho de ser hijos de Dios.

Es Jesús, el Hijo por excelencia, quien nos introduce en el descanso de Dios. Lleva a su cumplimiento el misterio del *Shabbat*. Él es nuestra verdadera paz, pues en Él el hombre se reconcilia con Dios, consigo mismo, con sus hermanos, con la existencia. Él ha traído la paz mediante la sangre de su cruz, dice san Pablo en la Carta a los Efesios[197]. Es Él la Tierra prometida donde el pueblo de Dios encuentra por fin el descanso. Es el Buen Pastor que nos lleva a las aguas del descanso, para rehacer allí nuestra alma (Sal 22, 2).

El comentario de la Carta a los Hebreos al Salmo 95[198] nos exhorta a no dejarnos endurecer en nuestros corazones por la incredulidad y a entrar *hoy* en el descanso preparado por Dios:

«Queda por tanto reservado un tiempo de descanso para el pueblo de Dios. Porque quien entra en el descanso de Dios, descansa también él de sus trabajos, lo mismo que Dios de sus obras. Apresurémonos a entrar en ese descanso, a fin de que ninguno caiga en la misma clase de desobediencia».

Un modo de comprender la séptima Bienaventuranza sería: bienaventurado quien sabe descansar en Dios, en la confianza y la esperanza. Bienaventurado el que permite a Dios reposar en su corazón, quien no «*fatiga a Dios*» con su incredulidad (por tomar la expresión que usa Isaías a propósito del rey Ajaz[199], cuando este se deja llevar por el miedo en vez de confiar en Dios). Bienaventurado aquel cuyo corazón pacificado se convierte también en un lugar de descanso para sus hermanos, y sabe acogerlos con ternura y bondad.

Estamos ante la paradoja del amor. El amor nunca está en reposo, pues siempre es activo, pero al mismo tiempo es el verdadero descanso. El que ama descansa en el amado y le ofrece su corazón como lugar de descanso. Este es un aspecto del «*permaneced en mí como yo permanezco en vosotros*» al que nos invita con frecuencia Jesús en los escritos de san Juan.

Si nos dejamos pacificar por Dios creciendo en la fe, la esperanza, el amor, la amistad con Jesús el Príncipe de la Paz, entonces seremos artífices de la paz, verdaderamente pacíficos; podremos ofrecer nuestro corazón como lugar de paz y descanso a quienes el Señor pone en nuestro camino. Acogiéndoles, queriéndoles con ternura, tal como son, les ofreceremos un poco de este consuelo, de este descanso, de esta paz que encuentra su fuente en Dios, y que es con frecuencia tan difícil de encontrar en el mundo de hoy. Este es un aspecto magnífico de nuestra vocación.

Para pasar a lo que sigue, añadiremos que solamente cuando la Paz de Dios reina en nuestros corazones, podemos vivir la octava Bienaventuranza: aceptar la persecución como una gracia.

[196] Sal 36, 11.

[197] Sal 118, 165.

[198] Col 3, 15.

[199] Etty Hillesum, *Une vie bouleversée*. Seuil, p. 169.

[190](#) Flp 4, 5-7.

[191](#) Lorenzo Scupoli, *El combate espiritual*.

[192](#) *Carta a la abadesa del Puy d'Orbe*.

[193](#) Lectura patristica de la liturgia de las horas para el miércoles de la 4.^a semana del tiempo ordinario.

[194](#) *Ejercicios espirituales*. Reglas para discernir los movimientos del alma, 5.^a regla.

[195](#) Cf. Mt 11, 28-30.

[196](#) Hch 2, 25-32.

[197](#) Cf. Ef 2, 14-18.

[198](#) Hb 3, 7. 4, 9-11.

[199](#) Is 7, 13.

BIENAVENTURADOS LOS QUE PADECEN PERSECUCIÓN POR CAUSA DE LA JUSTICIA

«Bienaventurados si os insultan por el nombre de Cristo, porque el Espíritu de la gloria, que es el Espíritu de Dios, reposa sobre vosotros».
(1 P 4, 14)

«Es buena cosa que uno, por consideración a Dios, soporte penas, sufriendo injustamente».
(1 P 2, 19)

«Si tuvierais que padecer por causa de la justicia, bienaventurados vosotros. No temáis ni os inquietéis».
(1 P 3, 14)

EL DISCÍPULO Y EL MAESTRO

Ya hemos llegado a las dos últimas Bienaventuranzas, la octava y la novena, que tienen el mismo objeto: la persecución por causa de la justicia. Ocho es la cifra de la Resurrección, del advenimiento escatológico del Reino, pero un advenimiento que pasa a través de la paciencia de la gestación y de los dolores del parto, de los que el nueve es el símbolo.

«Bienaventurados los que padecen persecución por causa de la justicia, porque suyo es el Reino de los Cielos.

»Bienaventurados cuando os injurien, os persigan y, mintiendo, digan contra vosotros todo tipo de maldad por mi causa. Alegraos y regocijaos, porque vuestra recompensa será grande en el cielo: de la misma manera persiguieron a los profetas de antes de vosotros».

En la expresión «persecución por causa de la justicia» (identificada con la persecución a causa de Cristo en la frase siguiente), la palabra «justicia» hay que tomarla en el sentido usado en la cuarta Bienaventuranza, más amplio que el de la justicia en las relaciones humanas. Alude a la verdad y fidelidad de Dios con vistas a la salvación del hombre.

Esta Bienaventuranza tiene una importancia particular. Es la última, la conclusión. Como en la primera, la recompensa prometida es la posesión del Reino, el hecho de que el amor de Dios venga a reinar enteramente sobre nuestra vida. ¿Qué se puede soñar que sea más grande que esto?

Se repite una segunda vez, ampliada, dirigiéndose más personalmente que en las precedentes a los discípulos y oyentes de Jesús: «*Dichosos vosotros...*». Se encuentra

ahí, en grado máximo, la paradoja de las Bienaventuranzas, la afirmación de una felicidad (que llega aquí hasta la exultación: ¡alegraos y regocijaos!) en el núcleo de la situación humanamente menos agradable que puede darse: ser objeto de persecución, de insulto, de infames calumnias.

Supone el cumplimiento del camino propuesto por las Bienaventuranzas, la cima del trabajo del Espíritu Santo en una vida humana: ser capaz de acoger el sufrimiento por Cristo como una dicha, de acoger la Cruz como un regalo. Tal es el grado último de la madurez y de la libertad espiritual, así como el testimonio más fuerte ante la faz del mundo.

La persecución siempre ha formado parte de la vida de la Iglesia. Sabemos que está presente hoy más que en ninguna otra época de la historia. Los cien años que acaban de pasar (desde el principio del genocidio armenio hasta las recientes ejecuciones del Daesh) han causado más víctimas entre los fieles que todos los siglos precedentes de la historia de la Iglesia. Y eso en todas las confesiones cristianas. El ecumenismo de la sangre es uno de los rasgos de la Iglesia hoy.

La persecución puede adoptar modalidades muy diferentes: el martirio sangriento, las restricciones de libertad y discriminaciones sociales de las que son objeto los fieles en algunos lugares, la presentación caricaturesca de la fe cristiana en los *media*, la voluntad de encerrar la religión en una esfera únicamente privada, el desprecio que sufre un joven en su colegio cuando se declara cristiano, las incomprendiones y luchas en el ámbito familiar de quien pretende simplemente seguir su vocación, etc.

Hoy reviste con frecuencia formas muy insidiosas, en particular en occidente, donde no hay una persecución abierta, sino una desconsideración y un rechazo de los valores cristianos. Por supuesto, los cristianos deben estar atentos para no caer en un «complejo de perseguidos», ni replegarse en una especie de gueto ante el mundo moderno. Pero hay que reconocer que vivir conforme a los valores del Evangelio y la doctrina de la Iglesia, hoy no es fácil. Lo saben bien los padres que se enfrentan dolorosamente al contraste entre la educación que ellos quieren dar a sus hijos en la familia y la que estos reciben en la escuela y a través de los *media*.

Jesús lo anuncia claramente: «*Os echarán mano y os perseguirán, entregándoos a las sinagogas y a las cárceles, llevándoos ante reyes y gobernadores por causa de mi nombre: esto os sucederá para dar testimonio*»[\[200\]](#).

Es inevitable que el discípulo conozca a veces la suerte de su maestro: «*No es el siervo más que su Señor. Si me han perseguido a mí, también a vosotros os perseguirán*» (Jn 15, 20).

Subrayemos que, entre las predicciones de Jesús sobre la persecución de sus discípulos, hay una que adquiere hoy una actualidad particular: «*Llega la hora en la que todo el que os dé muerte pensará que hace un servicio a Dios*» (Jn 16, 2).

CONTINUIDAD CON LA ANTIGUA ALIANZA

Como las demás Bienaventuranzas, la octava hunde sus raíces en la Antigua Alianza. La realidad de la persecución se encuentra allí bajo diferentes formas: la figura del justo perseguido por ser fiel a Dios y por anunciar su palabra (el profeta Jeremías es un buen ejemplo de ello), el pueblo de Dios que sufre a causa de su singularidad (basta evocar las diversas persecuciones padecidas por Israel en el curso de su historia y relatadas en el libro del Éxodo, en el libro de Esther o en el de los mártires de Israel)... Se constata ahí ya lo que es específico de la persecución: una hostilidad que no encuentra su causa última en razones históricas, sociales, políticas, etc., sino en el odio a Dios, en el intento del Adversario de destruir el plan de Dios atacando a sus hijos. «*Me han odiado a mí, y también a mi Padre. Pero tenía que cumplirse la palabra que estaba escrita en su Ley: Me odiaron sin motivo*», dice Jesús en el evangelio de san Juan, citando un salmo[201].

No se trata solamente de vicisitudes humanas, se trata de un combate espiritual, de una lucha feroz del misterio del Mal contra los planes de Dios. El demonio no soporta la elección de Israel ni la fundación de la Iglesia, como tampoco todas las demás manifestaciones de la misericordia divina que miran a la salvación de los hombres. El odio contra Israel, como el dirigido hacia los cristianos, puede explicarse por algunas razones humanas, pero son insuficientes: su raíz profunda es de orden espiritual, pues se trata de una hostilidad contra el mismo Dios y contra su obra de Creador y Redentor[202]. Esta hostilidad se expresa desde el principio del libro de los Salmos: «*Se alzan los reyes de la tierra, y los príncipes se confabulan contra el Señor y contra su Ungido*»[203].

Cuando se desencadenó una de las primeras persecuciones contra los apóstoles, narrada en los Hechos, estos rezaron este salmo para ponerse en manos de Dios. Después de esta ferviente plegaria, «*tembló el lugar en el que estaban reunidos y todos quedaron llenos del Espíritu Santo, y proclamaban la palabra de Dios con libertad*»[204]. El Espíritu Santo acude en socorro de los que sufren por el Reino.

En el Antiguo Testamento, la figura del profeta o del justo perseguido, objeto de la hostilidad y del odio de todos a causa de su pertenencia a Dios y de la palabra de la que es testigo, encuentra su expresión más profunda en los cantos del Siervo del libro de Isaías. Siervo que designa a la vez un pueblo y un individuo, pero con un extraordinario mensaje de esperanza: los sufrimientos del justo serán causa de salvación para todos, incluidos los que le maltratan... «*Justificará a muchos y cargará con sus culpas*»[205]. El evangelio de san Juan, citando al profeta Zacarías, dirá: «*Mirarán al que traspasaron*». Según el mismo profeta, la muerte del justo abre una fuente de gracia y de conversión: «*Aquel día habrá una fuente abierta para la casa de Judá, y para los habitantes de Jerusalén, para lavar el pecado y la impureza*»[206].

El sufrimiento del justo, culminando en la cruz de Jesús, es un escándalo, pero forma parte misteriosamente de la historia de la salvación y del designio de Dios. Es a la vez juicio y salvación, evidencia del pecado humano y fuente de salvación para este pecado.

LA GRACIA DE SUFRIR POR CRISTO

Según el Nuevo Testamento, lejos de ser causa de inquietud o de tristeza, la perspectiva de la persecución debe convertirse en fuente de confianza en la fidelidad y asistencia de Dios, e incluso en fuente de alegría (a causa de la proximidad con Cristo, que permite vivir, y de la recompensa futura que trae consigo). Santiago comienza su epístola diciendo: «*Considerad una gran alegría el estar cercados por toda clase de pruebas*»[207].

Uno de los textos más bellos en este sentido se encuentra en la primera carta de san Pedro:

«Queridísimos: no os extrañéis —como si fuera algo insólito— del incendio que ha prendido entre vosotros para probaros; sino alegraos, porque así como participáis en los padecimientos de Cristo, así también os llenaréis de gozo en la revelación de su gloria. Bienaventurados si os insultan por el nombre de Cristo, porque el Espíritu de la gloria, que es el Espíritu de Dios, reposa sobre vosotros. Que ninguno de vosotros tenga que sufrir por ser homicida, ladrón, malhechor o entrometido en lo ajeno; pero si es por ser cristiano, que no se avergüence, sino que glorifique a Dios por llevar este nombre»[208].

¿Es qué puede considerarse la persecución, en particular el martirio, como una gracia?

Es ante todo un fuego que purifica. Conduce a una decisión, a una ruptura radical y definitiva con el mundo del pecado, y hace entrar directamente en la santidad de Dios. Así se expresa san Pedro: «*Puesto que Cristo padeció en su carne, armaos también vosotros con esta consideración: quien padeció en la carne ha roto con el pecado*»[209].

Como era ya en la Antigua Alianza, el martirio se percibe como el cumplimiento del mayor de los mandamientos, la *Shemá Israel* que todo judío piadoso recita dos veces al día, mañana y tarde: «*Escucha, Israel: el Señor es nuestro Dios, el Señor es Uno*»[210].

El sufrimiento por Cristo eleva al máximo la temperatura de la fe, la esperanza y la caridad. La aceptación del martirio testimonia la fe entera en la fidelidad de Dios. Manifiesta con fuerza la esperanza en la resurrección de la carne y la vida eterna. Es la expresión del mayor amor: se puede amar a Dios más que a la propia vida. «*Nadie tiene amor más grande que el de dar uno la vida por sus amigos*»[211]. Es el mayor acto posible de amor a Dios y a los propios hermanos. Es amar hasta el extremo, como Jesús: «*Habiendo amado a los suyos que estaban en el mundo, los amó hasta el fin*»[212], dice el evangelio de san Juan.

La venida en nuestra carne y la Pasión de Cristo nos muestran hasta qué punto Dios ha amado al hombre. La aceptación del martirio muestra hasta qué punto el hombre, por la gracia de Cristo, se hace capaz de amar a Dios. En el tiempo de Navidad, el paso del blanco al rojo, de la fiesta de Navidad a la de san Esteban, es muy impactante. Al día siguiente de la fiesta gozosa del nacimiento del Salvador, está la fiesta de san Esteban, el primer mártir. Dios se entrega totalmente a nosotros para que podamos darnos totalmente a él. Nos ama sin medida para que podamos amarle sin medida, más que a nuestra propia vida.

El martirio es también un acto supremo de amor al prójimo: el mártir cristiano perdona, reza por los que le hacen sufrir y ofrece su vida por su salvación. Lleva hasta el extremo el amor a los enemigos al que nos exhorta el Evangelio.

Pero no olvidemos nunca que el martirio no es la expresión de un heroísmo humano, de una grandeza humana, sino el testimonio del poder de Dios que se manifiesta en la debilidad del hombre, como dice el prefacio para la misa de los santos mártires: «*En su martirio, Señor, has sacado fuerza de lo débil, haciendo de la fragilidad tu propio testimonio; por Cristo, Señor nuestro*».

Se encuentra varias veces, en las actas de los mártires de los primeros siglos, el contraste entre el asceta seguro de sí, que se presenta espontáneamente al juez en una época de persecución, y que termina por renegar de Cristo bajo tortura, y el de una débil muchacha de la que todo el mundo pensaba que no resistiría ni cinco minutos en manos de los verdugos, como santa Blandina en Lyon, y que se revela como la más valerosa de todos.

Lo que constituye la belleza de la gracia del martirio, la felicidad secreta que esconde, es la profunda comunión con Dios que ese martirio implica. «Dejadme que sea entregado a las fieras, puesto que por ellas puedo llegar a Dios», dice san Ignacio de Antioquía en su *Carta a los Romanos*. Sufrir el martirio es estar cierto de entrar para siempre en la casa del Padre: «Hay en mí un agua viva que murmura y dice dentro de mí: ¡Ven al Padre!»[213], exclama el mismo san Ignacio. Es la comunión y la identificación más profunda que se puede vivir con Cristo; ahí se cumple el «por Él, con Él y en Él» que dice el sacerdote en cada misa. En el martirio, es Cristo mismo quien sufre y reproduce su Pasión. Se conoce la réplica de santa Felicidad; detenida en Cartago en 202, gemía al dar al mundo a su hijo en la cárcel, poco antes de su martirio. Al carcelero que le decía: «Si tu gimes ahora, ¿qué harás cuando te echen a las fieras?», le respondió: «Ahora soy yo quien sufre, entonces habrá otro en mí que sufrirá por mí, porque es por él por quien yo sufriré entonces».

El martirio es la experiencia más fuerte de la asistencia del Espíritu. Hemos citado más arriba la frase de san Pedro: «*Bienaventurados si os insultan por el nombre de Cristo, porque el Espíritu de la gloria, que es el Espíritu de Dios, reposa sobre vosotros*».

Los relatos de martirios de los primeros siglos sacar a la luz con toda su fuerza este aspecto «carismático» del martirio. La presencia del Espíritu Santo, que reposa sobre los que sufren por Jesús y les da la fuerza necesaria, se manifiesta en palabras de sabiduría, profecías y visiones que acompañan a menudo el momento del martirio. El relato de los Hechos de los Apóstoles dice, a propósito de san Esteban: «*Lleno del Espíritu Santo, miró fijamente al cielo y vio la gloria de Dios y a Jesús de pie a la diestra de Dios*»[214].

He tenido ocasión recientemente de leer el testimonio de una pareja de dos ancianos que han sido testigos del asesinato del padre Jacques Hamel. Este anciano sacerdote fue degollado por dos jóvenes yihadistas mientras celebraba la eucaristía en Saint-Étienne du Rouvray para un pequeño grupo de fieles, entre otros esa pareja. Los yihadistas pidieron

al marido que filmase el asesinato del sacerdote con un teléfono móvil. Fue muy duro para él. Luego le golpearon, cayó al suelo y permaneció allí tendido, haciéndose el muerto. Así es como cuenta su experiencia: «Estaba convencido de que iba a morir, pero rezaba. Contemplaba mi vida y estaba tranquilo. Nunca he estado tan sereno. Completamente en paz. No tenía ningún remordimiento, solo amor en mí. De hecho, fue un momento de gran felicidad»[\[215\]](#).

Sentir una paz y una felicidad así en un momento tan trágico no puede ser sino obra del Espíritu Santo, que Él infunde en el instante mismo de la persecución. Este testimonio manifiesta cuán verdaderas son las promesas de Jesús.

¿CÓMO PRACTICAR ESTA BIENAVENTURANZA?

Para nosotros, que estamos en la vida «normal», fuera de los contextos particulares de las persecuciones que sufren algunas comunidades cristianas hoy, y en Oriente Medio en particular, ¿qué significa poner en práctica esta Bienaventuranza?

Se trata de estar preparados. Jesús nos lo dice en el Evangelio: «*Velad, porque no sabéis el día ni la hora*». Nos dice también: «*Velad y orad para no caer en tentación; el espíritu está pronto, pero la carne es débil*»[\[216\]](#).

Con las modernas formas de la persecución, no hay lugar protegido; la posibilidad de ser asesinado por nuestra fe puede llegar no importa cuándo ni dónde. Debemos estar preparados para todo. Esto no quiere decir que debemos inquietarnos, pues Jesús insiste en que no tenemos que preparar nuestra defensa: el Espíritu Santo se nos dará en el momento necesario. Pero debemos vivir fielmente nuestra vocación cristiana, perseverar en la oración y adherirnos a Cristo más que a ninguna otra cosa.

Me parece que podemos también estar atentos a los puntos siguientes:

— Ante todo, rezar por los cristianos que sufren. Nos beneficiamos con su sacrificio, y es un deber sostenerlos especialmente con nuestra oración. Si un miembro sufre, todos los miembros comparten su sufrimiento, dice san Pablo. Han sido a menudo demasiado olvidados (en la época de la persecución comunista en Europa del Este, el sufrimiento de nuestros hermanos ha tenido muy poco eco en las comunidades cristianas de occidente).

— Luego, aceptar que la vida cristiana es un combate: de fidelidad, de resistencia a las tentaciones, de conversión permanente, de luchas diversas al servicio de Dios y para anunciar el Evangelio. «*Comparte conmigo el sufrimiento como un noble soldado de Cristo Jesús*»[\[217\]](#), dice san Pablo a Timoteo. Todo predicador experimenta que, al tratarse de anunciar la Palabra de Dios, los combates no faltan: problemas materiales, angustias interiores y fatigas o tentaciones de toda suerte. No hay que ver combates espirituales por todas partes (por ejemplo, en un micrófono que no funciona, pues quizá lo que sucede es que simplemente hay que recargar la batería), pero es innegable que, detrás de las vicisitudes de la vida al servicio de Cristo, no hay solo casualidades humanas. Suelo pensar que la gente que no cree en el demonio es gente que no ha vivido

ni predicado seriamente el Evangelio. San Pablo se expresa, en su famoso capítulo sobre la lucha interior, en términos que me parecen más actuales que nunca:

«Reconfortaos en el Señor y en la fuerza de su poder; revestíos con la armadura de Dios para que podáis resistir las insidias del diablo, porque no es nuestra lucha contra la sangre o la carne, sino contra los principados, las potestades, las dominaciones de este mundo de tinieblas, y contra los espíritus malignos que están en los aires. Por eso, poneos la armadura de Dios para que podáis resistir en el día malo y, tras vencer en todo, permanezcáis firmes»[\[218\]](#).

No se trata de tener miedo, ni de ver al demonio en todo (eso sería honrarle demasiado), sino de estar lúcido en cuanto a la realidad del combate que vive la Iglesia y apoyarnos en las promesas de Dios con una confianza absoluta. Como dice san Pablo a Timoteo, el corazón del combate es *«el noble combate de la fe»*[\[219\]](#). Me gusta mucho la actitud de Teresa de Lisieux en su oración a Jesús: *«¡Quiero amarte como un niño pequeño, quiero luchar como un guerrero valiente!»*[\[220\]](#).

Me parece que debe destacarse uno de los aspectos de este combate: aceptar sufrir a veces la injusticia. Por supuesto que es necesario luchar contra todas las formas de injusticia, y es legítimo reivindicar y defender nuestros derechos, pero no podemos pretender ser tratados de manera perfectamente justa en todas las circunstancias de la vida. Esto es lo que dice san Pedro a los esclavos cristianos, osando afirmar que tener que soportar a veces la injusticia con paciencia, por amor e imitación de Cristo, forma parte de su vocación:

«Porque es buena cosa que uno, por consideración a Dios, soporte penas, sufriendo injustamente. En efecto, ¿qué mérito tenéis, si por vuestras faltas sois castigados y lo sufrís? En cambio, si obrando el bien soportáis el sufrimiento, eso es agradable a los ojos de Dios. Pues para esto fuisteis llamados, ya que también Cristo padeció por vosotros, dejándoos ejemplo para que sigáis sus huellas: él no cometió pecado ni en su boca se halló engaño; al ser insultado, no respondía con insultos; al ser maltratado, no amenazaba, sino que ponía su causa en manos del que juzga con justicia. Subiendo al madero, él mismo llevó nuestros pecados en su cuerpo, para que, muertos a los pecados, vivamos para la justicia: y por sus llagas fuisteis sanados. Porque erais como ovejas descarriadas, pero ahora habéis vuelto al Pastor y Guardián de vuestras almas»[\[221\]](#).

Tenemos, pues, que actuar con discernimiento: a veces, debemos defendernos, es una necesidad y un deber, pero con frecuencia podemos vernos llamados, por amor de Jesús, a aceptar sufrir algunas injusticias. Tanto más porque sucede a menudo que al exigir ser tratados siempre con una perfecta justicia, terminamos por convertirnos en injustos frente a los demás, según ya he dicho. Más vale sufrir el mal que cometerlo.

La última invitación que querría proponer sobre la octava Bienaventuranza y la cuestión del combate espiritual, que será también la conclusión de este libro, es que acudamos a María. Es nuestra más poderosa y eficaz auxiliadora en la lucha interior. Su corazón es un puerto de paz y de esperanza para todos los que se refugian en ella. Su intercesión es todopoderosa ante Dios. Su presencia y su apoyo son una fuerza inmensa en nuestras luchas y tentaciones. Su ternura maternal es dulce consuelo en la prueba. Su fe, su humildad, la pureza de su amor la hacen inexpugnable en el combate espiritual.

Ella es «*terrible como escuadrones en orden de combate*», según la expresión del Cantar de los cantares[222].

Si acudimos a María, si nos ponemos la ropa que ella nos propone (que no es otra que la librea blanca de la fe, verde de la esperanza y roja del amor, de la que habla san Juan de la Cruz)[223], si nos dejamos enrolar en esta santa milicia de pobres y pequeños, que ella convoca y reúne hoy bajo su manto para el combate de los últimos tiempos, nada nos podrá vencer, tendremos siempre la gracia de levantarnos y recomenzar la lucha, hasta la victoria final del Amor.

María ha vivido perfectamente cada una de las Bienaventuranzas, y nos ayuda eficazmente a comprenderlas y practicarlas. El tesoro de la madre pertenece al hijo, como dice Teresa de Lisieux[224], y si nos entregamos a ella completamente, Ella se entregará totalmente a nosotros y nos hará participar en todas las riquezas que ha recibido de Dios. Por Ella, seremos pobres de corazón, humildes y mansos; en sus brazos, seremos consolados; nos dará hambre y sed de Dios, nos volverá buenos y misericordiosos, nos comunicará la pureza de su corazón, nos establecerá en una paz profunda que podremos compartir a nuestro alrededor; Ella nos obtendrá la gracia de ser fuertes en la lucha y de acoger la Cruz como una gracia. Ella nos abrirá de par en par las puertas del Reino y de la verdadera felicidad.

[200](#) Lc 21, 12-13.

[201](#) Jn 15, 24-25 y Sal 68, 5.

[202](#) Una de las características del mundo moderno es que el rechazo de Dios se vuelve hoy contra la creación misma: destrucción del hombre y la mujer, de la familia; voluntad de fabricar un hombre que no tiene nada ya que ver con el proyecto de Dios, etc.

[203](#) Sal 2, 2.

[204](#) Hch 4, 31.

[205](#) Is 53, 11.

[206](#) Za 13, 1.

[207](#) St 1, 2.

[208](#) 1 P 4, 12-16.

[209](#) 1 P 4, 1.

[210](#) Dt 6, 4.

[211](#) Jn 15, 13.

[212](#) Jn 13, 1.

[213](#) San Ignacio de Antioquía, *Carta a los Romanos*. Obispo de Antioquía, fue martirizado en Roma hacia 107-110.

[214](#) Hch 7, 55.

[215](#) Entrevista a los que escaparon del ataque en *Famille Chrétien* del 28.9.2016.

[216](#) Mt 26, 41.

[217](#) 2 Tm 2,3.

[218](#) Ef 6, 10-13.

[219](#) 1 Tm 6, 12.

[220](#) Poesía 36.

[221](#) 1 P 2, 19-25.

[222](#) Ct 6, 4.

[223](#) *Noche oscura*, libro II, cap. 21.

[224](#) Poesía 54, «Por qué te amo, María».

JACQUES PHILIPPE

Tiempo para Dios

Guía para la vida de oración



PATMOS
LIBROS DE ESPIRITUALIDAD

Tiempo para Dios

Philippe, Jacques

9788432141195

128 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Todos los maestros de vida espiritual consideran que "hacer oración" es el medio indispensable para crecer en la vida cristiana, para conocer y amar a Dios, y para responder a la llamada de santidad que Él dirige a cada uno. Hoy en día, muchas personas tienen sed de vida espiritual, sed de Dios, y quieren hacer oración, pero no saben muy bien cómo empezar, o una vez iniciada la práctica de la oración, la abandonan en cuanto tienen dificultades. Pero la perseverancia en la oración -según el testimonio unánime de los santos- es la puerta estrecha que nos abre el Reino de los Cielos, y la fuente de la auténtica felicidad. Convencido de esta verdad, el autor ofrece en este breve y jugoso libro, sugerencias y consejos sencillos que orientan a toda persona deseosa de hacer oración, ayudan a perseverar y aportan respuesta a las dudas que puedan surgir. Para ello se apoya en las experiencias de grandes contemplativos de la Iglesia, como Juan de la Cruz, Teresa de Jesús o Teresa de Lisieux.

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Jacques Leclercq
Elogio de la pereza
Jacques Philippe
El instante presente



selección doce uvas

RIALP

Elogio de la pereza / El instante presente

Philippe, Jacques

9788432144349

64 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

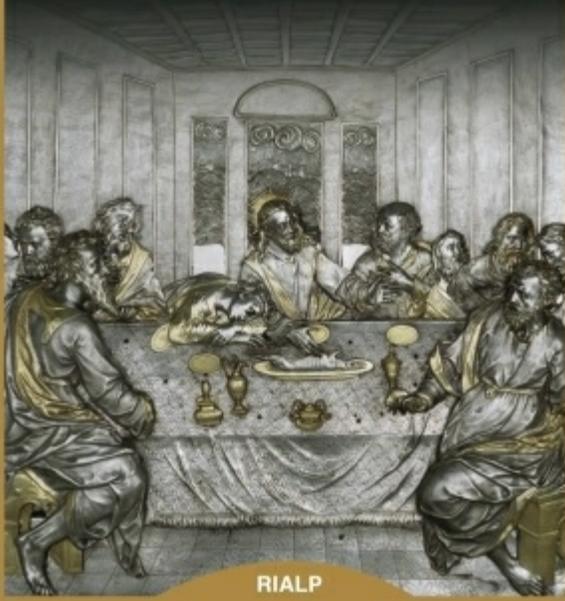
Selección Doce Uvas ofrece doce pequeños grandes libros cada año. Nace de las numerosas sugerencias de decenas de intelectuales que han propuesto títulos de lectura indispensable. Elogio de la pereza es el discurso de ingreso de Leclercq en la Academia Libre de Bélgica, en 1936, donde establece varias pautas para alcanzar la felicidad y la sabiduría. En El instante presente (parte de La libertad interior) Philippe defiende la libertad del hoy, donde el hombre puede siempre volver a empezar de cero, sin que el pasado lo impida o el futuro atormente.

[Cómpralo y empieza a leer](#)

GERMÁN MARTÍNEZ

EUCARISTÍA

VEINTE SIGLOS EN VEINTE GRANDES TEXTOS



RIALP

Eucaristía

Martínez, Germán

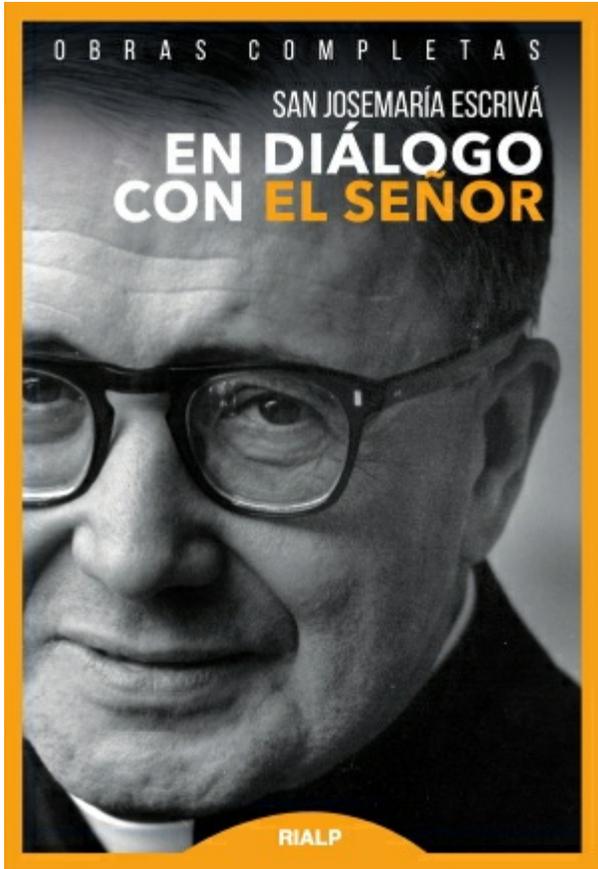
9788432149313

182 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Desde el relato evangélico de la Última Cena hasta nuestros días son innumerables los textos que tratan sobre la presencia real de Jesucristo en la Eucaristía. El autor ha escogido un escritor representativo de cada siglo, de las tradiciones de Oriente y Occidente y en el contexto de las grandes épocas culturales, y ha reunido aquí sus textos más relevantes. Logra así un recorrido de una continuidad maravillosa, que muestra la solidez de la tradición de la Iglesia y ofrece una bella lección de renovación y progreso para nuestra época postconciliar. Resultará útil para todo aquel que aspire a hacer del misterio eucarístico el centro de su vida personal y comunitaria, pero también para profesores y estudiantes de Teología, grupos parroquiales, etc.

[Cómpralo y empieza a leer](#)



En diálogo con el Señor

Escrivá de Balaguer, Josemaría

9788432148620

512 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Este volumen de las obras completas, primero de la serie Textos de la predicación oral, recoge el texto de veinticinco predicaciones de san Josemaría entre 1954 y 1975. Dirigidas en su momento a miembros del Opus Dei, sus palabras son ahora publicadas por primera vez para un público general, en el contexto de sus obras completas, para que "muchas otras personas —además de los fieles del Opus Dei— descubran una ayuda para tratar a Dios con confianza y afecto filial". Su título "manifiesta bien el contenido y finalidad de esta catequesis: ayudar a hacer oración personal", en palabras de Javier Echevarría. El estudio crítico-histórico ha sido llevado a cabo por Luis Cano, secretario del Instituto Histórico San Josemaría Escrivá de Balaguer y profesor de Historia de la Iglesia en el Istituto di Science Religiose all'Apollinare (Roma) y Francesc Castells i Puig, licenciado en Historia y doctor en Filosofía, y miembro del mismo Instituto.

[Cómpralo y empieza a leer](#)

JOSÉ LUIS GONZÁLEZ GULLÓN

ESCONDIDOS

El Opus Dei en la zona republicana
durante la Guerra Civil española (1936-1939)



Escondidos

González Gullón, José Luis

9788432149344

482 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

El inicio de la Guerra Civil española, en 1936, sorprendió al fundador del Opus Dei y a la mayoría de sus miembros en la zona republicana. Todos se escondieron para evitar la dura represión revolucionaria. Con el paso de los meses, los refugios y asilos dieron paso a las escapadas y expediciones. Gracias al desvelo de José María Escrivá, el Opus Dei sobrevivió en medio de la tragedia desencadenada por el conflicto armado.

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Índice

INTRODUCCIÓN	5
Una mirada de conjunto	5
La trinidad en las bienaventuranzas	7
Las bienaventuranzas, camino de madurez humana	10
Coherencia y unidad	11
Aspecto personal y comunitario de las bienaventuranzas	11
Realidad presente y cumplimiento escatológico	12
LA POBREZA DE ESPÍRITU	14
La pobreza en el antiguo testamento	15
La ternura de dios para con el pobre	17
La prueba del tiempo	19
La pobreza como espera y como gracia. La experiencia del desierto	20
Pobreza, humildad, mansedumbre	21
¿Cómo se convierte alguien en el hombre más humilde de la tierra?	22
El resto pobre de Israel	24
Ser pobre en la relación con Dios	26
Cuanto más pobres seamos, más ricos seremos	28
Siervos inútiles	29
Ser pobre en relación con uno mismo	31
Ser pobre en relación con el prójimo	32
Pobreza en la relación con la vida	34
Pobreza de espíritu y virtudes teologales	36
BIENAVENTURADOS LOS QUE LLORAN	40
Una promesa de consuelo	40
El mesías sufriente y consolador	42
¿Qué lágrimas recibirán consuelo?	43
El padre de las misericordias y dios de toda consolación	44
Buscar el consuelo en Dios	47
Convertirnos en consoladores	47
BIENAVENTURADOS LOS MANSOS	50
Dios, fuente de toda mansedumbre	50
La tercera bienaventuranza y el salmo 36	52
La mansedumbre evangélica y sus aspectos	52

¿Qué significa «poseerán la tierra»?	53
La mansedumbre se opone a la venganza	54
Mansedumbre e ira	55
La mansedumbre consigo mismo	57
¿Cómo se endurece el corazón del hombre?	58
BIENAVENTURADOS LOS QUE TIENEN HAMBRE Y SED DE JUSTICIA	61
El deseo de santidad	61
Desear la salvación para todos	62
El deseo de verdad	64
¿Cuál es mi deseo más profundo?	65
Que la sed de Jesús sea nuestra sed	66
Reparar la injusticia de la que derivan todas las demás	67
BIENAVENTURADOS LOS MISERICORDIOSOS	69
Las leyes de la vida	69
La fuente del perdón	70
Padre, perdónales...	71
Perdón, acto de fe y de esperanza	71
El perdón nos hace libres	74
Perdonar toda deuda	74
Salir de una lógica de intercambio	75
Nadie me debe nada	76
Una pequeña historia de perdón en una pareja	77
Ejercer la misericordia nos hace bien	78
BIENAVENTURADOS LOS LIMPIOS DE CORAZÓN	81
La pureza de corazón en el Antiguo Testamento	81
Tu cuerpo es tu corazón	83
La pureza de corazón nos hace misericordiosos con todos los seres	85
Guardar puro el corazón en la prueba y los sufrimientos	85
BIENAVENTURADOS LOS PACÍFICOS	88
Urgencia de la paz	89
La paz, promesa divina	90
¿Por qué buscar la paz?	91
Necesidad de un Shabbat del alma	91
BIENAVENTURADOS LOS QUE PADECEN PERSECUCIÓN	

POR CAUSA DE LA JUSTICIA	95
El discípulo y el maestro	95
Continuidad con la antigua alianza	96
La gracia de sufrir por Cristo	98
¿CÓmo practicar esta bienaventuranza?	100